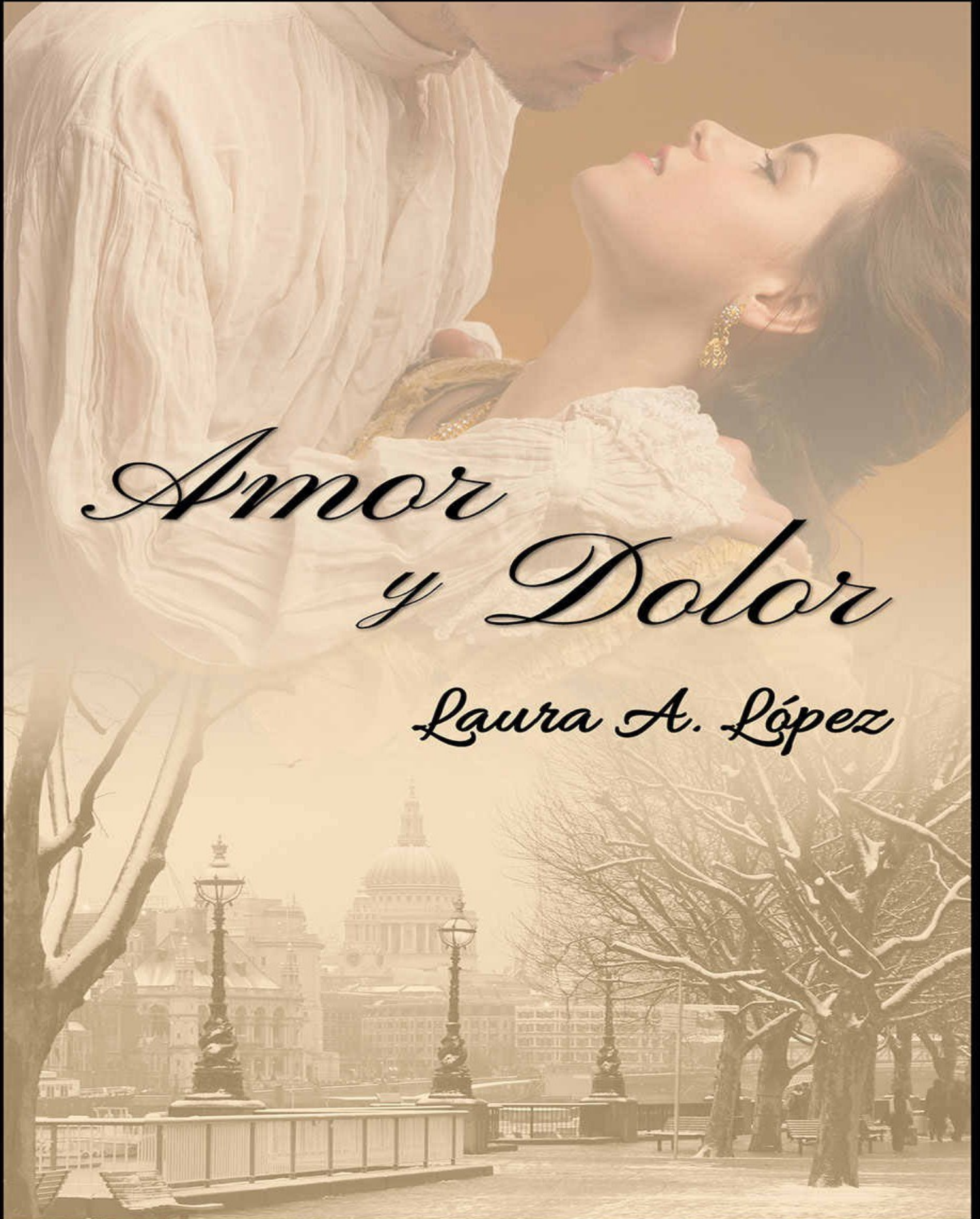


*Selecta*

*Amor  
y Dolor*

*Laura A. López*



Amor y dolor  
Serie Rosa blanca 3

*Laura A. López*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Capítulo 1

*Londres, 1836*

Lady Anne era una joven de 17 años, sencilla y vivaz, rubia de ojos entre azules y verdes, toda una beldad, tenía una prima a la que quería como una hermana, lady Cecilia Woods. Cecilia era extraña pero muy amistosa, la mejor amiga de Anne, y estaba la pequeña pelirroja lady Imogen de 12 años, quien vivía en su pequeño mundo de fantasía, y que pronto sería enviada a una escuela para señoritas.

Lord Charles Woods, conde de Torrington, amaba a las tres niñas y más a su sobrina Cecilia, pues había quedado huérfana a los 5 años de edad. Sus padres habían muerto en un incendio en su mansión y nunca supieron qué sucedió, solo Cecilia se había salvado.

—Charles, pronto presentaremos a Anne en sociedad, ¿crees que no habrá problemas para que consiga un buen matrimonio? —preguntó la condesa, preocupada por ubicar a su hija con un excelente partido.

—Ella es una joven bien educada y llena de gracia —mencionó, intentando calmar las inseguridades de su esposa.

—Está bien, la llevaré a la modista para que se haga preciosos vestidos, de esa forma, es probable que consiga los mejores partidos.

—No gastes mucho, querida, recuerda que el barón Hebert de Ros puede dejarnos en la ruina y debemos guardar cada penique.

—Lo sé, no hace falta recordar a ese estafador. Solo un buen matrimonio

para Anne nos salvaría de ese hombre.

—Anne lo conseguirá, potencial le sobra.

La condesa asintió y subió a ver a las tres niñas, que casi siempre discutían entre ellas.

—Anne, prepárate, vamos a salir —avisó su madre.

—Sí, madre —obedeció Anne, buscando su sombrero.

—¿Puedo acompañarlas, madre? —preguntó Cecilia.

—Cecilia, no puedes ir —agregó su madre.

—¿Madre, por qué? —la cuestionó.

—Porque le compraré vestidos a Anne para su presentación.

—¿Por qué solo a ella?! —se quejó haciendo un berrinche con los pies y moviendo su vestido como una niña malcriada.

—Porque ella cumple los requerimientos de la edad, Cecilia.

Con los brazos cruzados, enojada y llena de envidia, Cecilia observaba cómo su madre le colocaba correctamente el sombrero a Anne.

Ella odiaba que la dejaran de lado, pese que los condes jamás la habían tratado mal, incluso, la consideraban una hija más y por lo cual tenía las mismas oportunidades que el resto de las hijas del matrimonio.

—Madre, llevemos a Cecilia para que no se sienta mal, ¿podemos? —pidió mirando cómplice a su prima, amiga y hermana, Cecilia.

Anne tenía un gran corazón, amaba a su prima Cecilia, eran confidentes y se llevaban pocos años, por lo tanto se daban las palabras entre ambas.

—¿Y yo puedo ir, madre? —preguntó la pequeña, Imogen.

—Querida, ya seríamos multitud —manifestó su madre besando su frente.

—¿Quién querría llevar al fuego de las manos? —se burló Cecilia, haciendo referencia al pelirrojo cabello de Imogen.

—No seas así, Cecilia —dijo Anne—, por esta vez te quedas, pero luego te lo describiré todo, ¿estás de acuerdo, Imogen?

—¡Claro, Anne! ¡Gracias! —respondió juguetona y animada su hermanita.

Ambas eran bastante parecidas, solo el color del cabello era diferente, pero

tenían la misma alma transparente, amaban la música tanto que podían hacer un precioso dúo, Anne en el piano e Imogen, en el canto.

Las tres damas salieron de la residencia y se dirigieron a la exclusiva tienda de la señora Polett.

—Buen día, señora Polett —saludó, lady Vitoria—, venimos a ver unos vestidos para la presentación de Anne.

—Buen día, lady Vitoria. ¡Oh, claro! Pasen, les mostraré lo más nuevo que hemos diseñado.

Pasaron a donde los vestidos estaban siendo exhibidos.

—Oh, madre, mira este vestido, está hermoso. —Se emocionó Anne. Era un vestido de ensueño, color celeste confeccionado con las más finas telas.

—Es realmente maravilloso, creo que ese es tu vestido —la apoyó su madre—, ¿qué opinas, Cecilia?

Cecilia lo miraba en silencio deseando que ese vestido fuera suyo.

—¡Claro que es tu vestido, Anne! —expresó sonriendo.

—Entonces, me lo probaré —decidió Anne mirando a la señora Polett.

—Acompáñeme, lady Anne —le pidió la modista para llevarla a los probadores.

Se probó el vestido, y era lo más maravilloso que habían visto sus ojos y sentido su piel.

—¡Es este, definitivamente lo es! —exclamó Anne, emocionada girando en el frente a su madre y Cecilia.

—¡Lo llevaremos! —declaró la condesa. Sabiendo que aquel vestido le quedaba tan perfecto como un guante, aquella prenda, sumada a la belleza de Anne, lograría atraer a los mejores partidos.

—Gracias, madre.

Al salir de la tienda de la señora Polett, las tres mujeres se cruzaron con el barón Hebert de Ros, un hombre de unos 50 años, de cabellos negros, alto de 1,85, y atractivo pese a su edad.

—Lady Vitoria —saludó el mismo.

—Lord de Ros —expresó la mujer con cierto aire temeroso, no quería que se fijara en sus niñas.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¿Quiénes son estas jovencitas? —preguntó observando a Anne y a Cecilia con una sonrisa.

—Son mis hijas —contestó con temor —, Anne y Cecilia.

El barón, directamente, fijó sus ojos en Anne.

—Un placer, lady Anne —cumplió, mirándola deseoso.

Al escuchar aquel tono de voz y la mirada que le había proferido, se sintió cohibida, no le agradaba ese hombre, pero aun así le pasó la mano y él la besó.

—Un gusto —respondió fría, pues sabía la situación en la que ese hombre tenía a su familia.

—Aún no ha sido presentada en sociedad, ¿no es así?

—No, milord, lo haremos en esta temporada —replicó velozmente la condesa, observando el comportamiento del barón con su hija—, ya nos retiramos. Con su permiso, milord.

—Que tengan un buen día —se despidió, mirando con fijeza a Anne.

El barón quedó enamorado de la belleza de lady Anne, pese a su edad, deseaba una mujer como ella. Sin duda, tenía ventaja sobre el resto para intentar hacer un cortejo por las buenas, pero si no resultaba lo haría por las malas, pues tenía el poder sobre su padre.

—Ese hombre no me gusta, madre —masculló Anne—, me da miedo. Además, ya sabemos qué clase de persona es.

—No le hagas caso, Anne —recomendó Cecilia.

—No piensen en ese caballero, su padre se encargará. —Les sonrió la condesa mientras guiaba a las jóvenes para cruzar la calle.

\*\*\*

En casa del duque, Brandon y Bradley llegaron de una cacería, no muy lejos

de la ajetreada Londres.

—¿Quién mató más patos? —increpó Bradley a su gemelo mientras colocaban los cuerpos sobre la mesa de la cocina.

—Tú, Brad, eres más diestro con un arma que yo, pero solo un poco, ahora que lo pienso, ¿para qué cazaste tantos? —respondió Brandon.

—No lo sé. Quizás a la abuela le gusten los patos —dijo sin encontrar una explicación racional a la cantidad que habían llevado.

—Un pato creo que le gustará, pero no seis, no somos tantos.

—¿Y si hacemos una gran cena e invitamos a nuestros tíos y sus familias?

—Sería una excelente idea, vayamos por Lía a preguntarle.

Ambos buscaron al ama de llaves que estaba colgando manteles en la parte trasera de la mansión.

—Buenas tardes, Lía —saludó Bradley.

—Mi pequeño lord, ¿en qué te has metido para estar amable? —curioseó ante tan sospechosa actitud.

—Tenemos algo para ti, en la cocina —manifestó Brandon, sonriendo.

Entraron a la cocina, y Lía se tomó del pecho al ver a los patos muertos y sangrando sobre su mesa de trabajo.

—¡Mi Dios bendito, pequeños demonios! ¿Qué creen que haremos con tantos patos? —gruñó y los miró con los brazos en jarras.

—Lía, no grites. Podríamos hacer una gran cena o un gran almuerzo e invitar a todos nuestros familiares —sugirió Bradley.

—¿Tú quién crees que eres? Se lo contaré a milady —reprendió Lía.

—Soy el futuro duque de Malborough por si no estás informada —comentó con altanería Bradley.

—¡Mi querido lord estirado!, le diré una cosa, yo lo crie desde que era un bebé y, debí ser más exigente con ustedes —lamentó, fingiendo un sollozo.

—Lía, por favor, no llores, perdón —pidió Bradley, arrepentido.

—¡Caíste! —se burló el ama de llaves—, le preguntaré a milady.

—Jugaste con mis sentimientos —reprochó con los brazos cruzados mirando



a su gemelo.

—Te lo merecías por estirado —agregó Brandon.

Bradley le restó importancia haciendo un gesto con las manos.

—El asunto está solucionado. ¿Ahora qué haremos?

—Puede ser que vayamos a una de esas presentaciones, ¿no crees que es hora de divertirnos un poco? —sugirió Brandon, jocoso.

—Vayamos para ver quiénes creen que nos atraparán esta temporada.

—Es el momento de hacer volar a esas palomas.

Los gemelos Waldow eran los jóvenes más prometedores en todo Londres. Las madres casaderas estaban tras sus rubios cabellos y rellenos bolsillos.

Habían sido vistos en las calles, pero nunca aun en ningún acontecimiento, eran mujeriegos, con una vida nocturna muy agitada.

\*\*\*

En la sala de música, la pequeña Imogen intentaba tocar el piano y cantar a la vez. Cantar le nacía del alma, lo hacía como los ángeles, pero para tocar el piano, aun le faltaba mucho.

—Tocas como si te faltaran dedos, querida Imogen —pronunció Cecilia, acariciándose la punta de sus cabellos.

—Aún no sé cómo hacerlo bien, Anne me estaba enseñando.

—¡Pues creo que pierde su tiempo contigo! —musitó burlona.

—Cecilia, Imogen no está perdiendo el tiempo —la corrigió Anne, mientras la sacaba del banco del piano—. Imogen, canta mientras yo toco y te fijas en como lo hago.

Emocionada y sonriente, Imogen obedeció.

Anne tocaba como si hubiera nacido para ello, le encantaba su piano, era su pasión al igual que enseñarle a Imogen todo lo que sabía.

—Pues me retiro entonces —se despidió Cecilia, no muy contenta por las atenciones de Anne para su hermana.

Cecilia era egoísta, siempre trataba de quedar bien con todos, salvo con la pequeña pelirroja, a ella la odiaba, su extraña cabellera, sus pecas doradas y su labios rojos quizás podrían ser un gran problema en el futuro.

—Anne, tocas tan bien —la felicitó su hermana—, cuando tengas esposo será tan afortunado por tenerte, quisiera algún día ser como tú.

—Algún día serás grande como yo, y verás que no solo es importante tener talentos, Imogen, sino también corazón. Cuando cantas tan bien, sé que lo haces de corazón, al igual que yo cuando toco el piano.

—¿Ese es tu secreto?

—Sí, querida, ese es mi secreto. —Le sonrió—. Ahora práctica tú, hazle doler los oídos a Cecilia.

—Será un absoluto placer. —Rio Imogen, comenzando la tortura.

## Capítulo 2

Pasaban los días y se acercaba la presentación de Anne, todos en la casa esperaban que le fuera excelente, lo tenía todo para triunfar.

—Vamos, Cecilia, salgamos al parque —sugirió Anne, tomándola del brazo para llevarla hacia la puerta.

—Está bien, suena divertido.

Pidieron permiso y salieron de la casa rumbo al parque. Iban charlando animadamente sobre todo lo que veían en las vitrinas mientras caminaban, cuando no se fijaron por donde transitaban.

Un joven jinete había perdido las riendas de su caballo y como loco gritaba por las calles de Londres:

—¡Quítense, quítense!

Las dos damas pasaban las calles cuando Cecilia se percató de lo que ocurría.

—¡Cuidado, Anne! —advirtió Cecilia, pero Anne estaba petrificada, no podía moverse.

—¡Quítese, milady! —vociferó el hombre para que ella saliera, sin embargo, no se movía.

Cuando inminentemente iba a ser atropellada, sintió que alguien le estiró la mano y la colocó contra su pecho. Podía sentir y escuchar su corazón latiendo desenfrenado.

Bradley había llegado justo a tiempo, no era un pasatiempo salvar doncellas

en apuros, pero la situación lo ameritaba.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Bradley a la inconsciente dama.

—Yo... yo... no sé —murmuró. Anne no podía pensar coherentemente, casi la atropellan y un ángel salió de la nada para salvarla, y no se le ocurrió otra cosa más que preguntar— ¿Es usted un ángel?

—No, milady, pero casi tuvo un pasaje sin retorno para conocer a los ángeles.

—Lo siento —se disculpó ella volviendo en sí, y aun viéndose en los brazos de él, un joven alto, rubio, de ojos grises, muy apuesto, debían prohibir ser tan hermoso.

Bradley la fue soltando de a poco.

—Milord, gracias por salvar a mi prima —agradeció impresionada Cecilia por la gracia de Bradley.

—No hay porqué, milady —pronunció haciendo una reverencia.

—¿Cuál es su nombre, milord? —preguntó Anne.

—Yo soy...

—¡Oye, Brad! ¿Qué ha pasado...? He visto... —se quedó callado Brandon, al ver que las damas lo observaban como si fuera una alucinación.

—Creo que estar por morir hace que vea doble —comentó Anne sonriéndoles a los dos.

—No, milady, él es mi hermano gemelo, somos lord Bradley y lord Brandon, a su servicio —se presentó y presentó a su hermano, y ambos agacharon la cabeza en señal de saludo.

Mejor debería estar prohibido tener gemelos tan bellos, iba a sufrir un infarto. En lo poco que recorría por las calles, ningún hombre había llamado su atención hasta dejarla sin aliento, como sucedía en ese momento.

—Me presento, soy lady Anne Woods, hija del conde de Torrington y ella es lady Cecilia Woods, mi hermana.

—Es un placer conocerlos —dijo Cecilia mirando la doble visión completamente sorprendida.

—Encantado, milady. Bradley, te espero en lo del tío Harold —se despidió su hermano tocándole el hombro.

—Solo me aseguraré que lady Anne se reponga del susto —replicó a su hermano.

—Claro, milord, no se preocupe, estoy bien —alegó ella sin sentirlo en realidad—. Cecilia y yo íbamos al parque, pero ya no...

—Por favor, lady Anne, déjeme acompañarlas hasta el parque, quiero asegurarme que estén bien.

—Pues...

Las palabras no le estaban saliendo para nada. Estaba trabada, cohibida y alucinada con el caballero.

—¡Claro, milord! —gritó Cecilia emocionada asustando a Anne.

—Bien, vayamos entonces —contestó colocando sus brazos para que ambas damas lo tomaran.

Bradley quedó impresionado por la timidez y dulzura de lady Anne, era preciosa, rubia de ojos raros entre azules y verdes, era agraciada y muy bien proporcionada. Estaba contento de haber encontrado a esa dama antes de que perdiera todo atisbo de belleza al ser llevada por delante por un equino de ese tamaño.

Cuando estaban llegando al parque, Bradley tomó la palabra.

—Iré por una limonada para usted, lady Anne.

—No es necesario que se moleste, milord, se lo aseguro, estoy bien.

—Venga, siéntese aquí y me espera —mandó sentándola en una banca.

—Pero... —intentó reclamar.

—No acepto peros.

Anne se sonrojó y vio cómo caminaba con gracia y elegancia para buscarle una bebida.

—Cecilia, en qué lío me metí —expresó pensativa, viéndolo irse.

—En un lío muy bueno —admitió Cecilia sentándose a su lado.

—¡Calla! Ni lo digas, todo Londres nos está viendo con él, aunque nadie nos

conoce, no fuimos presentadas.

—Pues reza mucho, porque se nota que este es de esos libertinos.

—¿Qué? ¿Tú crees?

—No lo creo, estoy casi segura —murmuró cerca de su oído.

—¡Estoy arruinada! —exclamó tapando su rostro.

—No seas paranoica y disfruta de su compañía.

—¿Has perdido el juicio?

—Completamente, con esa gracia, sé que puede nublarne los pensamientos.

—Perdóname, pero ya te lo nubló.

—¡Cállate, ahí viene!

Bradley se acercó a Anne con la bebida en la mano.

—Milady, su bebida —dijo colocándola en su mano.

—Le dije que no se molestará más por mí. —La tomó avergonzada y con mucho miedo de que su reputación se viera comprometida por un libertino.

—Milady, casi sufre un fatal accidente, déjeme cuidarla unos minutos —sonrió con descaro.

El corazón de Anne latía frenéticamente al ver aquella dentadura, que estaba completa y era muy bonita.

—Milady, dígame, usted aun no ha debutado, ¿no es así?

—No, pero lo haré muy pronto.

—Sin temor a equivocarme, usted tendrá mucho éxito —manifestó besando la mano que Anne tenía libre.

Anne se sonrojó terriblemente.

—Gracias, milord —dijo a penas—. Cecilia y yo ya nos vamos, tenemos cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —preguntó falsamente Cecilia, no quería alejarse de Bradley.

—¿Qué no lo recuerdas? —musitó entre dientes—. Comprar listones.

Cecilia por fin comprendió la indirecta.

—¡Oh ya, claro, recuerdo!

—Está bien, no las distraigo más. Hasta pronto, lady Anne, adiós, lady Cecilia.

—Adiós, milord, y gracias una vez más por salvarme.

—Cuenta conmigo para lo que necesite, Anne —se despidió con una reverencia.

—Es muy amable, lo tendré en cuenta. Vamos, Cecilia.

—Adiós, milord —dijo coqueta Cecilia.

Bradley estaba muy contento de haber conocido a la tímida y escurridiza lady Anne, tenía una buena razón para ir a los bailes que se harían en Londres, durante la temporada; el lobo comenzaría a mostrar los dientes.

—¡Dios mío, espero que madre no se entere!

—¿De qué casi te atropellan? Te aseguro que ya debe saberlo.

—¡Por favor, Cecilia, no ayudas!

—Anne, estás histérica, ¿no puedes disfrutar un poco? —volteó los ojos mientras lo decía.

—No, ese hombre era un libertino demasiado amable, me da miedo encontrármelo nuevamente.

—¿Tienes miedo de caer ante sus encantos? —tentó Cecilia codeándola.

—¡Cecilia, eres escandalosa!

—Y tú una puritana, ya cálmate y vamos a casa.

En la puerta de la casa, la condesa las esperaba, ya sabiendo que casi habían sido atropelladas por un caballero inoperante con un caballo.

—¡Anne, Cecilia, están bien! ¡Por Dios! —exclamaba eufórica su madre.

—Sí, estamos bien, no nos pasó nada.

—Me contaron que uno de los gemelos Waldow te salvó.

—Yo... sí, madre —admitió. De nada serviría mentir, ya le habían dado la información completa, Londres era un pañuelo.

—Dime, ¿qué tal le pareció? —increpó con curiosidad su madre, llevándola hasta uno de los sillones de la sala.

—¿¿Qué?! —cuestionó sorprendida a su progenitora por su vivísima

imaginación.

—¡Si le agradaste!

—Y tú muriéndote de miedo por nada, me voy —avisó Cecilia, burlona.

—No lo sé, madre...

—¡Ese es un futuro duque, deberías tenerlo en cuenta como partido! — exclamó su casamentera madre.

—Si quisiera parecer un venado, madre, él sería mi candidato, es seguro un libertino.

—Esos a la larga son los mejores maridos.

—Si usted lo dice —dudó.

—Hija, piénsalo. Puede que quieran cortejarte viejos verdes.

Su rostro de horror era digno de retratarse.

—¡Oh no, por favor, prefiero al libertino! —decidió ante semejante presión.

—¿Lo ves? De los males, el menor —recomendó con sabiduría.

—¿Madre, qué le hace pensar que ese caballero podría estar interesado en mí?

—Sus atenciones, y evidentemente no dudo de tu belleza, sé que te compró una limonada.

—La gente en Londres no deja de ser chismosa. No es algo importante, madre, no se ilusione.

—Soñar con que seas una duquesa no cuesta nada...

—¿Qué haré con usted? ¿Y dónde está Imogen?

—Se está preparando para ir al internado de señoritas.

—¿Por qué lo hacen, madre?

—Porque no queremos que nadie vea aun a tu hermana, sabes que es bastante llamativa.

—¿Llamativa? Es pelirroja, no hay nada de malo —acotó Anne.

—Es exótica, hija. No quisiera que nadie se fije en ella.

—No sucederá, madre, es una niña.

—No lo creas, prefiero cuidar de ella.



La extraña belleza de Imogen les resultaba preocupante a sus padres. Si un aprovechado, en algún momento, quisiera tomarla como esposa o si alguien como Hebert de Ros los chantajeara para que la entregaran como pago a sus deudas, era algo que temían.

\*\*\*

—¿Qué tanto te distrajiste con lady Anne? —preguntó Brandon.

—Solo la lleve al parque para que se tomara algo.

—Eres mi hermano y te conozco, la joven te gustó —bromeaba su gemelo, haciéndole cosquillas en las costillas a Bradley.

—Deja de sacar conclusiones equivocadas.

—Se te nota en los ojitos grises.

—Es muy bonita.

—¿Lo ves? ¿A cuántos asistirás?

—¿Qué?

—¿Qué a cuantos bailes asistirás para buscarla?

—Quizás a algunos cuantos —admitió sonrojándose.

—¡Iremos entonces! Te informo que conseguiste un acompañante.

—Trata de no decírselo a madre, quizás piense que buscamos esposa, no queremos que tenga un infarto de la emoción, ¿o sí?

—Estás en lo cierto, callaremos nuestras salidas, que siga pensando que vamos de putas.

—¿Qué vulgaridad, Brandon! ¡No es de caballeros decir esas cosas! —emuló Bradley la voz de su padre.

Alen los había educado como unos perfectos caballeros. Su padre jamás le había levantado la voz a su madre, ni ella tampoco a él, eran una familia feliz y amorosa.

Ambos habían crecido en un entorno familiar idílico y lleno de cariño, eran una familia grande y muy unida.

## Capítulo 3

Aquel era el día en que Anne sería presentada. Oficialmente disponible en el mercado matrimonial, como decía su madre.

—¿Ya estás lista, Anne? —pronunció su hermana con el rostro ansioso.

—Imogen, aun no —respondió Anne.

—Es un vestido tan encantador, precioso y te sienta tan bien —admiró Imogen mientras su madre le arreglaba el pelo a Anne.

—Es perfecto —opinó lady Vitoria terminando el peinado.

—Estoy nerviosa y no me están ayudando a calmarme.

—Es el día más importante en la vida de una dama —explicó su madre —, de este día dependerá tu futuro.

—¿Madre, para qué sirve una presentación?

—Imogen, aun eres muy pequeña, pero significa que tu hermana está disponible para ser la esposa de algún caballero que desee casarse con ella.

—¿Y si Anne no desea casarse? —curioseó, haciendo que lady Vitoria se pusiera nerviosa.

—Basta ya, niña, ¿qué haces tú todavía despierta? Mañana partes a la escuela de señoritas. Ve a descansar, tienes que estar temprano para que pasen a recogerte.

—Lo sé, madre, pero quiero ver a Anne con su atuendo completo.

Su hermana Anne ya estaba lista, y le enseñaría a su pequeña hermana lo que deseaba.

—Ya puedes ver, está completo —anunció.

La niña había quedado impresionada con la belleza de su hermana. Le deseaba toda la felicidad del mundo.

—¡Presiento que esta noche consigues un marido! —Saltó emocionada la pequeña, riendo a carcajadas musicales.

—¡Imogen! —reprendió su madre, mientras ella corría hacia la puerta para obedecer e ir a dormir.

—¡Adiós, buenas noches!

Después de que Imogen se fuera, solo quedaron Cecilia, Anne y su madre.

Cecilia observó lo deslumbrante que Anne se veía, por sus venas corría la envidia a gran velocidad.

—Te ves muy bella —la felicitó Cecilia, pensando en lo bien que le quedaría a ella ese vestido, pero aun le faltaban dos años para que la presentaran.

—¡Gracias, Cecilia! —La abrazó agradecida—. Madre, vayamos por mi padre para poder partir.

Acompañada del brazo de su madre, Anne bajó las escaleras.

Los ojos de su padre estaban aguados por la emoción de ver a su hija a punto de ser presentada.

—¡Anne, estás radiante! —condescendió su padre.

—Gracias, padre —murmuró agradeciendo su cordialidad.

—Eres la joven más bella de Londres.

—Eso lo dice porque soy su hija, padre, no ve las cosas con objetividad.

—Déjame adularte solo por hoy, después vuelves a ser sensata —bromeó su padre.

—Solo por hoy —concedió enseñándole una de sus mejores sonrisas.

—Cecilia, cuida a Imogen, por favor, que no se meta en problemas — encomendó el conde la difícil misión de mantener a raya a aquel demonio pelirrojo.

—Claro, padre, no se preocupe, está en buenas manos.

Cecilia no apreciaba en demasía a Imogen, pues sentía que le robaba el afecto de sus tíos. No sentía lo mismo por Anne, de cierta forma eran cómplices por la edad.

Subieron al carruaje y lady Vitoria no dejaba de dar indicaciones de cómo debía verse y comportarse.

—Lo sé, madre, ya sé todo eso, me lo ha repetido infinita cantidad de veces.

—Solo por si se te olvidaba algo, recuerda que la familia está en tus manos. Nunca un recordatorio está de más.

—Lo sé, esperemos no encontrarnos con ese hombre.

—Estará presente, hija, le encantan los acontecimientos sociales.

\*\*\*

En la residencia de los duques de Malborough, los gemelos se preparaban para salir.

—¿A dónde van ustedes tan arreglados? —cuestionó lady Darline viendo a sus hijos a punto de salir de la casa.

—Vamos a buscar mujeres, madre —respondió Bradley, sabiendo que aquello molestaría a su madre.

—¡Bradley Waldow, modera tu lenguaje! ¿Ves, Alen? Debimos haberlos enviado a algún internado.

—Darline, hubieras sufrido mucho —justificó Alen con el rostro sonriente.

—Puede que tengas razón, pero ¿por qué estos pequeños no son como tú, tranquilos y caballerosos?

—Porque salieron como Brent y Harold.

—Había olvidado que teníamos malos ejemplos en esta familia, y que frecuentan tanto la casa de su tío Harold y se la pasan con Brian constantemente.

—Por Brian no se preocupe, madre, es un excelente médico. No es capaz de llevarnos por el mal camino, nosotros queremos arrastrarlo al lado oscuro. —

Rio Brandon, socarrón.

—Pues aprovechen antes que vaya para América en sus prácticas, pues más adelante debe volver. Su tío Brent no tuvo varones, así que el título pasará a Brian, probablemente —mencionó su madre.

—Brian será un conde ejemplar, no lo dudo —opinó Alen.

—¡Entonces adopten al perfecto Brian! —profirió Bradley, con un agresivo tono celoso.

—¿No piensan irse? Su madre y yo tenemos muchas cosas que hacer —acusó jocoso Alen, mirando a sus dos hijos para que se largaran de una vez.

—Esa información está demás, nos vamos —avisó Brandon, tomando a su hermano gemelo del brazo.

Salieron rumbo a su primer baile de la temporada. Bradley estaba ilusionado por ver a la lady Anne.

Ya habían sido anunciados los Woods, los jóvenes caballeros estaban acercándose para conocer a lady Anne, aunque entre esos jóvenes se encontraba el barón de Ros.

—Milady, que placer volver a verla —saludó el barón, enseñándole una gran sonrisa.

—Buenas noches, milord —respondió en honor de las buenas costumbres.

—¿Me concedería un baile?

Le entregó una trémula sonrisa. Por dentro quería gritar que no deseaba bailar con un hombre que estaba hundiendo a su familia en la miseria.

—¿Qué le parece uno campestre? Para nuestro primer baile está perfecto.

—Me parece excelente, la veré luego, lady Anne.

Al ver que el barón se alejó de ella, su padre fue corriendo hacia ella.

—¿Qué hacía el barón contigo?

—Me invitaba a bailar, padre —contó, todavía sorprendida por la desfachatez del hombre.

—Anne, cuídate de ese hombre, no lo quiero cerca de ti.

—Créame que yo tampoco lo quiero cerca de mí.

Los gemelos entraron al salón, y prácticamente todos se quedaron callados. Ambos parecían divertidos por ser el centro de las miradas.

—¡Qué sorpresa! —Rio Brandon con complicidad a Bradley.

—Mira esas caras, a jugar se ha dicho.

—Allá está Stephen —señaló Brandon, que divisó a uno de sus amigos.

—Ve con él y yo busco a lady Anne.

Su hermano asintió, y se retiró, dejándolo observar el salón a sus anchas.

Bradley divisó a lady Anne entre varios caballeros que la rodeaban, se veía tan bella, estaba perfecta. El vestido parecía haber sido hecho para que solamente ella lo usara.

Se acercó y el resto de los caballeros retrocedieron unos pasos para dejarlo pasar.

—Buenas noches, lady Anne —susurró una voz en su espalda.

Sintió cómo su corazón se aceleró al reconocer la voz.

—Lord Bradley —saludó volteándose—, que... gusto verlo por aquí.

—Disculpen, caballeros, pero ya tengo un baile reservado con lady Anne, y me gustaría ser el primero si no les molesta —espantó Bradley, con autoridad.

Anne quedó pasmada, él se había invitado solo, al igual que también se aceptó de la misma manera.

—Disculpe, lady Anne, por la mentira, pero si desearía una pieza con usted, ¿me la concede? —consultó con aquella brillante mirada.

Le sonrió sin darse cuenta de que, implícitamente, había caído en su juego.

—Acepto —concedió atrevida.

Ambos se colocaron para bailar el vals y todo lo que estaba a su alrededor parecía desaparecer, solo eran ellos dos mirándose directamente a los ojos.

—Cuénteme, lord Bradley, ¿por qué todo el salón quedó mudo cuando entraron usted y su hermano?

—Simplemente porque la sociedad no acostumbra a vernos. No hemos acudido a ningún baile, esta sería como nuestra presentación.

—Entiendo.

—Y usted es mi primera pareja oficial —delató coqueto.

—Es un honor, dígame, ¿por qué no invitó a otras damas?

—Es usted abrazada por la curiosidad, milady —la acusó—, porque usted ha llamado mi atención desde que la vi.

—Me siento... halagada. —Se sonrojó. Suponía que usaba esa misma frase con todas—. Seguro les dice lo mismo a las demás damas.

—Solo a quien lo merece, milady, cuénteme sobre usted.

—¿Qué desea saber para saciar su curiosidad?

—Qué cosas le gustan, por ejemplo.

Anne parecía pensarlo, aunque en realidad, no tenía demasiadas aficiones, solo el piano la apasionaba.

—Me gusta tocar el piano, lo hago muy bien, también canto un poco, pronto asistiré a la velada musical de los Hollister.

—Creo que por primera vez iré a una velada como esa.

—¿Por qué?

—Porque quiero oírla tocar.

Los dos reían amistosamente ante la mirada de Hebert de Ros. Uno de los gemelos del duque de Malborough estaba intentando alzarse con su botín, pero no lo permitiría.

La pieza estaba terminando, y el barón se acercó para reclamar su baile, pero Anne no lo deseaba.

Ella lo vio acercarse y se pegó al brazo de su acompañante.

—Hágame un favor, sáqueme de aquí, rápido.

—¿Por qué?

—El barón de Ros, quiere bailar conmigo y yo no lo deseo. Le contaré la historia...

Él miró alrededor para encontrar una salida rápida.

—Vamos...

Bradley la estiró y se la llevó hacia una de las alas de la mansión. Dieron unas vueltas hasta perder al barón y al lograrlo, salieron al jardín, se sentaron

en un banco y lady Anne comenzó su relato.

—El barón de Ros tiene a mi familia en sus manos, en cualquier momento nos dejará en la calle y tengo miedo de algo que vi en sus ojos.

—¿Y qué vio? —preguntó Bradley, intrigado.

—Está interesado en mí, y no soy una tonta, intentará que mi padre pague su deuda conmigo.

—Pero no...no puede ser... no lo permitiré —sentenció un indignado Bradley.

—Me conoció hace unos días... —pronunció incrédula de que pudiera ayudarla.

—No importa, milady.

—Disculpe que coja confianza con usted, me ha ofrecido su ayuda ese día en que me salvó —se pausó—, quisiera pedirle que me ayude a evitar que ese hombre me despose.

—Se lo prometo, lady Anne, ese hombre no la comprará —decidió Bradley, tomando la mano de la joven.

Anne lo miró a los ojos al sentir su contacto y le dijo:

—Probablemente una vez más me ha salvado...

—Pero...

—¿Pero, qué...? —cuestionó extrañada.

—Quiero un pago —exigió con una sonrisa ladina.

—¿De cuánto hablamos, milord? —Tragó saliva. No tenía dinero.

—Hablamos de dos o tres besos.

Anne colocó una sonrisa de oreja a oreja en su rostro. Lord Bradley era un rufián, que le encantaba.

—Pues uno puede ser...

—Me conformo por el momento —aceptó, descendiendo hacia los tiernos y rozagantes labios de Anne, rozándolos lentamente.

Ella lo seguía tímidamente a su mismo ritmo, hasta que se besaron apasionadamente.



Pese a su inexperiencia, a Bradley le encantaban sus besos, estaban llenos de tierna inocencia.

Ambos se detuvieron a tomar aire.

—Milady, usted ha hecho un buen negocio.

—Creo que me estafaron, me robaron mucho más que unos o dos besos — acusó sonriendo lady Anne.

## Capítulo 4

—Cariño, no sé dónde está Anne —comentó lady Vitoria a su esposo—, no la veo.

Se rebuscó con una ojeada rápida, pero no la divisó.

—Vamos a buscarla —mandó el hombre, preocupado porque a Anne le sucediera algo.

En el jardín Bradley y Anne estaban charlando animosamente agarrados de la mano, cuando aparecieron los padres de Anne.

—Anne... ¿qué haces aquí sola con este caballero?

—¡Padre! —reaccionó Anne, tomando distancia del encantador Bradley.

—Disculpe, milord, déjeme presentarme, soy lord Bradley Waldow. Seguro oyó sobre mi familia.

—He oído hablar de usted, milord, y de su hermano, no son muy buenas las referencias.

El rio nervioso. Sabía que no había construido su presente sobre un lecho de rosas.

—A pesar de mi juventud tengo mis canas al aire.

—Espero que no crea que mi hija es una... —el padre de Anne decidió no pronunciar ningún tipo de calificativo.

—Ella es una dama, milord —condescendió con la mirada gacha hacia Anne.

—Vámonos, Anne, si milord está interesado en ti, irá a casa y no te tendrá en

un jardín a la vista de todo Londres —masculló su padre tomándola del brazo.

—Pero padre...

—Lady Anne... mañana iré a verla —intentó calmarla.

—¿Lo promete? —preguntó siendo arrastrada por su padre.

—¡Lo prometo, adiós! —la despidió con la mano abierta hasta verla desaparecer.

Ya no tenía nada que hacer en aquel lugar, solo. Bradley fue junto a Brandon y a Stephen para al menos quedar acompañado.

—¿Cómo te fue? —preguntó su gemelo, mientras sorbía una copa.

—Muy bien.

—Simplemente, tu rostro no refleja lo que sale de tu boca, te ves preocupado —manifestó Stephen.

—¿Ven a aquel caballero, el barón de Ros? —aludió con la vista fija en el hombre.

Sus acompañantes asintieron.

—Creo que pretende a Lady Anne —comentó, sin quitarle la vista de encima.

Brandon observó al maduro barón. No era un hombre desagradable a la vista, y según se rumoreaba, era un hombre de recursos.

—No es un mal partido. Si no tienes nada que ofrecerle a esa lady, mejor es que te alejes de ella —recomendó Brandon con mucha razón, mientras Stephen asentía repetidas veces con la cabeza, apoyando al gemelo.

—No lo haré. Lady Anne es toda una dama, mañana iré a hacerle una visita —contó, sacándole la copa a su hermano para tomársela.

—¡Si madre se entera, te casará con ella! —exclamó su hermano, sorprendido de que tomara el asunto de las damas de cuna tan a la ligera.

—Que lo haga, ¿cuál es el inconveniente? —Hizo una mueca divertida, tirando los hombros hacia atrás, pareciendo desinteresado.

—Brian, ¿dónde estás cuando te necesitamos? Tenemos un enfermo aquí —se burló Brandon.

—Creo que tengo a una doncella en apuros para salvar. —Sonrió coqueto. Colocando la copa vacía en la mano de Stephen, dejándolos a ambos para dar unas vueltas por el salón.

Los gemelos iban retirándose de la fiesta, cuando fueron interceptados por el barón de Ros.

—Buenas noches, caballeros —saludó el barón.

—Buenas noches, milord —respondieron ambos.

—Disculpen la intromisión, pero ¿quién de ustedes estuvo con lady Anne esta noche?

—Yo, milord, Bradley Waldow —asumió.

El barón lo observó de pies a cabeza, aquel era todavía un joven.

—Pues bien, lord Bradley, queda usted advertido, esa dama será mi esposa próximamente. Como caballeros que somos, espero que no se vuelva a acercar a ella. He dejado claras mis intenciones con respecto a lady Anne.

—Lo siento, milord, también estoy interesado en lady Anne, y déjeme decirle que ella está interesada en mí. Sus posibilidades de tenerla son escasas —advirtió Bradley con suficiencia.

—Usted es muy joven, lord Bradley, mis años de experiencia le harán ver cuál es su realidad. No es rival para mí.

—Mi juventud es lo que me dará la victoria, milord. Pregúntele a lady Anne o a cualquier dama, si desea casarse con un viejo o con un vigoroso joven.

—No hace falta que ella esté dispuesta a casarse, solo necesito la aprobación del padre, que tendré muy pronto.

—Inténtelo, voy a la cabeza en lo que se trata de conquistar a lady Anne, use las armas que quiera, yo no le tengo miedo —desafió Bradley.

—Su excelencia crio pequeños gallitos, puedo ver —se jactó con una sonrisa burlona.

—Como mi padre nos haya criado, no es de su incumbencia —reprendió.

—Queda usted sobre aviso, milord —se despidió el barón, retirándose del baile.

El barón fue nuevamente enojado a su residencia, pensando en cómo quitarse a lord Bradley Waldow del camino. Era un bribón, lengua larga, pero se las pagaría.

Bradley estaba con el rostro serio, cavilando todo lo que había pasado, y también lo que iba a pasar.

Su hermano le tocó el hombro, y aquello fue como si le hubieran dado cuerda.

—¿Qué cree ese hombre?! ¿Amenazando al mejor tirador de Inglaterra? Debe tener pájaros en lugar de cerebro.

—Creo que piensa saber más de mujeres que tú. También tenías razón, va por tu dama.

—Que ni lo sueñe. Amaneceré en la casa de lady Anne... —Se quedó pensando—, que por cierto no sé dónde es.

Su hermano se llevó una mano al rostro, Bradley era un despistado.

—Seguro lo sabrá el cochero.

—Eres mi otro cerebro, Brandon —felicitó.

—No serías nadie sin mí, Brad.

\*\*\*

De vuelta en casa de lady Anne, Cecilia la estaba esperando ansiosa para preguntarle cómo le había ido en su presentación, en un año más sería la suya.

—¡Cuéntame, Anne, ¿cómo te fue?!

Anne se arrojó a la cama y recordó a Bradley, con un suspiro.

—¡Maravillosamente, Bradley me invitó a bailar! —Se levantó de un salto y con su camisón, emuló un vestido de baile.

—¿El libertino? —cuestionó su prima mirándola.

—¡Sí! Y sabes que...

—¿Qué?

—¡Me besó! —contó en voz alta, luego tapó su boca, dando vueltas y saltos

por su habitación—. Besa como... no sé cómo describirlo —sopesó sentándose—, suave, dulce...

Cecilia giró los ojos. Lord Bradley también le gustaba, pero aun estaba muy lejos de su alcance. Anne tenía la ventaja de que había debutado y a ella le faltaba más para competir por la atención de aquel caballero.

—Es un libertino, su ideal es seducir a niñas tontas como tú —cizañó Cecilia, intentando mermar las ilusiones de su prima.

Anne no pareció escucharla, continuaba feliz.

—Vendrá a verme mañana, me lo prometió frente a padre y es un caballero de palabra —aclaró confiando en Bradley.

—Eso lo sabremos mañana. Me voy a dormir —comunicó Cecilia, de mala gana.

—Que tengas buena noche, Cecilia —la despidió apagando la lámpara de su habitación.

Anne no notó nada raro en su prima, estaba demasiado animada con sus pensamientos sobre su beso con aquel joven, que no lograba notar el disgusto en su amiga y confidente.

Por la mañana, Bradley estaba muy nervioso por su encuentro con Anne.

Tenía pensado desayunar temprano sin que nadie lo viera, pero para su sorpresa toda su familia estaba despierta, y prestos a servirse el desayuno.

—Buen día, hijo, cuéntanos, ¿qué harás hoy? —preguntó emocionada Darline.

—Creo que Brandon los puso al tanto.

—No he dicho una sola palabra —se defendió su gemelo.

—¿Será que puedo creerte?

—¿Desde cuándo tienes secretos con tu madre, Bradley Waldow? Tu hermano no nos dijo nada, solo que bajamos temprano a desayunar.

—Brandon... —masticó su nombre con visible molestia.

—Es por una dama, evidente —opinó su padre sorbiendo su café.

—Si ese fuera el motivo, ¿cuál sería el problema?

—¡Irás a cortejar a una dama que tu madre no conoce, Bradley! ¿Cómo no me lo dijiste antes? —reclamó su madre, soplándose con una servilleta.

—Por favor, madre, no exagere, iré para conocerla mejor, es una joven muy bella y de buena familia.

—¿Qué familia?

—Woods, es la hija del conde de Torrington.

—Sabes que su situación no es muy buena, ¿no es así? Fueron estafados por el barón de Ros —alertó Alen.

—Lo ignoraba hasta que ella me lo dijo. El caso es que el barón quiere cobrarse la deuda casándose con lady Anne —relató relajado—. Y como soy un caballero, decente e interesado, gracias a usted, padre, con dinero suficiente para ayudarlos, y lo voy a hacer.

—Es tan noble de tu parte.

—No escatimes recursos, lo sabes. —Aplaudió su madre, tomando su mano en señal de apoyo.

—Estamos muy indignados por aquel proceder del barón. Tienes nuestro apoyo con esa jovencita, hijo, siempre y cuando te conduzcas correctamente —esclareció su padre, esperando que dejara su vida libertina.

—No se preocupe, padre, no espiaré a nadie desnuda, ni entraré por ventanas —se burló Bradley, dejando en jaque a sus padres.

Alen y Darline escupieron sus bebidas, mientras Angeline los miraba con los ojos desorbitados y Brandon no podía contener la risa.

—Alen, debimos haber dado a uno de los gemelos y ya sé quién debía ser el elegido —pronunció Darline con indignación—. ¡Qué ingratitud, tantos meses sufriendo por estos dos!

—Jovencito, no debes jamás dirigirte de esa manera a tus padres. ¿Quién te dio esa información?

—Tío Brent.

—También, ya sabemos con quién cortar relaciones, querido mío.

—Concuerdo contigo, cariño.

Continuaron desayunando por un tiempo más, y luego Bradley se levantó de la mesa.

—Con permiso, me retiraré —informó a sus padres, caminando a largas zancadas hacia la puerta.

—Llévate la rosa del jardín, la blanca —recomendó su padre.

—Sí, excelencia, lo haré.

Bradley cortó una bella rosa del jardín. Las rosas blancas eran solo entregadas a personas especiales para cada miembro de la familia. Para él, lady Anne era especial.

Subió a su caballo y emprendió el viaje de seis cuabras. No quedaba muy lejos, por lo que se lo tomaría con calma.

Anne se había levantado muy ansiosa y animada. En cualquier momento aparecería su salvador y quería verse hermosa. Su doncella ya le había preparado una ropa, pero no le pareció adecuada.

—No creo que ese vestido morado sea el adecuado para la visita de un caballero —objetó levantando el vestido y luego arrojándolo en la cama.

—Lady Cecilia me dijo que se le vería bien y quedaría decente.

Con una mueca disconforme, pensó unos segundos.

—Agarra el vestido de color celeste, los guantes de encaje blancos y los zapatos a juego.

—Entendido, milady.

Cecilia ya empezaba a sacar las uñas, no quería que su prima estuviera bien vestida para recibir a Bradley, por eso se había metido en la elección de la ropa para Anne.

Imogen ya tenía sus cosas puestas en el carruaje, iría a una escuela para señoritas en Francia, por unos años.

—Que te vaya muy bien, Imogen, recuerda practicar el piano, con el corazón, ya lo sabes —murmuró Anne, acariciando el rostro de su hermana.

—Adiós, Imogen —se despidió fría Cecilia.

—Te quiero, Anne, te extrañaré mucho.



—Adiós, Cecilia. —Sin ápice de emoción. Ya que no sintió su afecto, ella tampoco quiso dárselo—. Padre, madre, los quiero.

En verdad extrañaría a sus padres y a Anne, a Cecilia no demasiado.

—Hasta pronto, mi niña, escríbenos con regularidad —ordenó su madre.

Anne acompañó a Imogen hasta el carruaje y le dijo:

—Hoy viene a verme un joven, quizás pueda ayudarme a salvar a la familia, y también tal vez regreses pronto. Te escribiré para contarte.

—¿Cómo se llama?

—Lord Bradley, es un caballero muy agradable, es como un ángel para mí.

—Espero poder conocerlo, Anne —deseó sonriendo.

## Capítulo 5

**A**l salir de su casa, el carruaje de Imogen se cruzó con un caballero en un caballo blanco.

Bradley miró a la niña del carruaje e hizo una inclinación de cabeza. Imogen sonrojada hasta las orejas, agachó la cabeza continuando con su camino.

Llegó a casa de los Woods, tocó la puerta y esperó con tranquilidad.

La puerta se abrió, un hombre se paró frente a él.

—Buen día, vengo a ver a lady Anne —mencionó Bradley, entregando su tarjeta al mayordomo.

—Pase, milord.

El mayordomo lo guio a una pequeña salita de color dorado.

—Espere aquí, le avisaré a milord y a lady Anne que ha venido una visita. Con permiso.

Asintió con la cabeza y continuó mirando todo a su alrededor, esperando distenderse.

Cecilia había escuchado la voz de la ansiada visita de Anne. Bajó corriendo las escaleras y se metió a la salita.

—Buen día, milord —saludó interrumpiendo su paz.

—Buen día, lady Cecilia, ¿cómo se encuentra? —saludó inclinando la cabeza.

—Muy bien, milord, ¿y usted? —respondió estudiando sus facciones con más detenimiento que la primera vez que lo vio. Era demasiado apuesto para

una tonta Anne.

Cohibido por la insistente mirada de la joven, prefirió decirle con absoluta educación que no deseaba tal escrutinio.

—Excelente. Vine a ver a su hermana, espero que no le moleste que la espere solo, usted ya sabe —indicó refiriéndose a las buenas costumbres.

Cecilia se sintió ofendida, pero solo dijo:

—Claro, milord, hasta luego. Fue un placer verlo —se despidió Cecilia, chocando con el conde al salir.

El conde solo miró a Cecilia salir con rapidez del saloncito. Vio al hombre que estuvo anoche con su hija y gratamente se sorprendió.

—Pensé que no lo volveríamos a ver —manifestó, saludándolo de esa manera.

—Descuide, milord, no haga caso a mi reputación, no es del todo cierto. A veces, junto con mi hermano, hacemos algunas que otras jugadas. —Sonrió.

—Entiendo, milord. Su padre es un gran inversor, hace negocios con grandes lores como Norfolk, St. Albans, Huntly —comentó el conde, intentado convencerse a sí mismo que su apellido era de fiar.

—Ellos son amigos de la familia —hizo una pausa para abordar el problema de la deuda—. Milord, tengo conocimiento de la situación en la que se encuentra su familia. He hablado con mi padre para poder resolverlo.

—¿Cómo dice?

—Todo Londres sabe que el barón de Ros lo estafó.

—Estamos sumidos en la vergüenza, lo siento mucho.

—No se preocupe, todo saldrá a flote.

—Eso espero, por el bien de mis hijas.

—Padre —interrumpió Anne, ingresando a la estancia.

—Anne, hija, lord Waldow ha cumplido y vino a verte.

—Buen día, lord Bradley —saludó cohibida por la presencia de su padre.

—Buen día, lady Anne. Tengo un pequeño presente para usted —avisó, entregándole una rosa blanca.

—Permiso, un placer, milord —se despidió el conde.

—Hasta luego, milord —concedió mirando cómo entraba una doncella de carabina.

Anne miraba la rosa, luego inclinó un poco la cabeza para percibir su aroma.

—Es hermosa, milord, no se hubiera molestado.

—Es un sencillo detalle que la describe perfectamente, Anne.

—Qué cosas dice... —Se sonrojó sin poder mirarlo al rostro.

—Es hermosa y pura como usted.

Anne ya no podía subsistir de la pena. Aquel hombre sí que podía hacerla sonrojar como no tenía idea que podía hacerlo.

—No tengo nada para darle, milord. Me siento desdichada al no poder corresponderle con un presente similar.

—Pues solo deme algo especial. —Rio con picardía.

—¿Qué es ese algo especial?

—Uno de sus besos.

—No sé si pensar que es usted un negociante nato o un granuja aprovechado —opinó Anne con una iluminada sonrisa.

—Haremos una compensación, la rosa a cambio de sus besos, ¿qué le parece?

Ella miró a la doncella que estaba acompañándola y le pidió con un gesto que se girara.

—Es un trato —aceptó.

Bradley se acercó a lady Anne y posó sus labios sobre los suyos, haciendo que sus respiraciones se mezclarán y se convirtieran en uno.

La doncella ante aquel incomodo silencio, decidió girarse y observar. Vio las manos de lady Anne posadas en el torso del caballero.

Carraspeó la garganta para que notaran su inapropiado comportamiento con rapidez.

—¡Disculpe mi atrevimiento! —se disculpó casi trastrabillando la pobre Anne, avergonzada de que sus manos la traicionaran.

—¿Le ha gustado, lady Anne? —preguntó con su expresión lobuna.

Anne no decía nada, solo se limitaba a mirarlo.

—Responda, Anne, no tenga miedo. No me burlaré ni aprovecharé de usted.

—No es correcto admitir esas cuestiones, milord, pero me ha gustado.

—Entonces, puede usted continuar con su viaje, conociendo mis paisajes — otorgó jocoso, sabiendo que avergonzaría a la dama. Sin embargo, era muy agradable ver sonrojada a Anne.

Cecilia, que no podía dejar de ser curiosa, los observaba con envidia, y fue entonces a sembrar cizaña.

—¡Madre...madre...!

—Dime, Cecilia —habló su madre, haciendo unas costuras.

—Anne y lord Bradley están haciendo cosas indecentes en el salón —acusó.

—¿Qué? ¡Qué cosas dices, Cecilia!

—Él la está besando.

—Eso es bueno, está interesado. ¡Qué bendición!

—¡Madre, la está manoseando! Puede comprometer su reputación, ¿qué sucedería si ese lord solo quiere jugar con ella?

—¡Eso sí no puedo permitirlo! —profirió corriendo rumbo a la salita, pero lo que vio, hizo que no entrara.

Ambos estaban hablando tímidamente agarrados de las manos, ante la atenta mirada de una doncella.

—¿Cecilia, qué ganas con mentirme? Ven y observa —ordenó la condesa—, no están haciendo nada malo —echó en cara a Cecilia que no creía lo rápido que se había dado vuelta la situación.

—Pero madre...

—Vete a tu cuarto ahora, Cecilia —ordenó su madre, haciendo que ella tuviera un gesto enfurruñado mientras levantaba sus faldas y gruñía, por haber desperdiciado la oportunidad de alejarlos.

Anne escuchó que los pasos se alejaban.

—Gracias —sonrió a la doncella que le había avisado que escuchó pasos

mientras ellos se estaban besando—. Aquí hay gente muy chismosa, lord Bradley.

—Y usted es camaleónicamente astuta —felicitó—, de estar besándonos en un momento, y al siguiente tomados de las manos, fue muy rápido.

Quedaron un rato riendo como tontuelos, hasta que Bradley decidió abordarla y confesarle su interés.

—Lady Anne, quisiera hablarle de lo nuestro...

—¿Lo nuestro? —preguntó confundida.

—Iré directo a lo que me interesa —se pausó y la observó con detenimiento, mientras ella fruncía la frente confundida—. Quisiera poder, usted sabe, cortejarla.

Ella ya no se puso roja, estaba blanca como un papel. Tenía entendido que había empatía entre ambos, pero no se imaginaba directamente que quisiera cortejarla en tan poco tiempo.

—¿Está hablando en serio? Pero si es usted un libertino, apenas nos conocemos, y...

—¿No cree que los libertinos puedan enamorarse a primera vista?

—Mi madre dice que los libertinos son los mejores esposos. —Sonrió tranquilizadora.

—Opino que siempre hay que hacerle caso a las madres.

Ante aquel chasco que le hizo el caballero, dejó que él besara su mano en señal de aceptación a la propuesta del cortejo.

—Me pone contento saber que no le soy indiferente —alegó Bradley, llevándola hacia el piano—. Le pido que me llame por mi nombre, después de que hable con su padre, esto se hará oficial.

—No hace falta, que le diga que usted tiene la misma concesión que me da.

—Anne, ¿puedo pedirle que toque algo para mí?

—¿Qué melodías le son gratas?

—Me gustan las melancólicas. También toco el piano, pero no tan bien como usted debe hacerlo.

—¿Lo toca también, Bradley?

—Sí, quizás toquemos juntos algún día.

—Sería hermoso. ¿Asistirá a la velada musical de lady Almost?

—Si va, yo estaré ahí.

—No sería capaz de perderme una velada musical.

—De aquí en más, yo tampoco. Pese a que le huía por cuidar mi salud.

Anne destapó el piano y lo tocó, mientras Bradley se sentaba para escucharla. Habían pasado dos horas y aun seguían compartiendo su pasión por la música.

—Debo irme, Anne. Se me hizo tarde —comentó mirando su reloj de bolsillo.

—¡Lo siento tanto! Perdóneme.

—No se preocupe. Vendré mañana por más de usted y para hablar con su padre.

\*\*\*

Hebert, barón de Ros, estaba en su despacho haciendo las cuentas de lo que le debía el conde de Torrington.

—Con esto compraré una hermosa esposa —dijo mientras iba sumando más y más números.

Estaba esperando deseoso por ir mañana a su casa y pedir su mano. Podía asegurar que se la darían, no le quedaba otra opción, de lo contrario, haría efectivo su embargo.

El conde tenía bien escondida a su hija, y era por una sola razón, su preciosa belleza y seguramente para cazar a un marido que lo ayudara a salir del hoyo en el que estaba metido.

No tenía hijos, solo un sobrino, Dorian Krauser, quien heredaría su título y sus propiedades al morir. Tenían mucha afinidad, aparte de que ya le había enseñado cómo llevar los negocios como barón, sería un digno sucesor. Era

físicamente muy parecido a él cuando era joven, alto de cabello oscuro, ojos marrones y muy atractivo. Pronto llegaría de Francia para residir de manera permanente en Londres, cosa que lo ponía muy contento.



## Capítulo 6

Anne esa noche estaba más que feliz, y Cecilia, envidiosa y curiosa, le preguntaba sobre la visita de Bradley.

—¿A qué vino lord Bradley? —preguntó desdeñosa.

—Vino a decirme que quiere cortejarme, Cecilia, ¿puedes creerlo? Tenemos tantas cosas en común... —contaba emocionada.

—¿No te habrás enamorado del él, verdad?

—Puede que sí. Además comparte mi más grande pasión, la música, cómo no enamorarme de un caballero tan sensible como él.

—¿Cuándo se lo dirá a nuestro padre?

—Mañana. Espero que mi padre no dude en aceptarlo.

—Cuidate, Anne, que no vaya a decepcionarte... —advirtió su celosa prima.

—¿Por qué lo dices así, Cecilia, qué te sucede?

—Nada, Anne, nada... Solo me preocupo por ti, eres mi hermana...

—¡Oh Cecilia, gracias! —dijo tomando la mano de ella—, pero créeme que estoy bien con él. Nos salvará a todos estoy segura.

—¿Salvarnos del barón?

—Sí, ese hombre malvado —comentó con resentimiento.

—Esperemos que así sea.

—Estoy segura que por su culpa enviaron lejos a Imogen. Pobre niña, ojalá vuelva pronto.

Cecilia lo último que deseaba era que volviera la pequeña fiera pelirroja.

\*\*\*

El barón de Ros había llegado a la residencia de los Woods. Estaba deseoso de proponer su oferta al conde y escuchar que este la aceptara.

Tocó la puerta y salió el mayordomo.

—¿En qué puedo ayudarlo, caballero?

—Deseo ver al conde, ¿se encuentra?

El mayordomo se hizo a un lado, dejándolo pasar. Le señaló la recepción para que esperara un momento mientras iba por el conde.

—Milord, se encuentra aquí el barón de Ros y desea hablar con usted — anunció su empleado.

—Lo que me temía —sentenció asustado—. Hazlo pasar aquí.

—Sí, milord.

Lo guio hasta el despacho del conde, dejándolo dentro.

—Buen día, lord Hebert, ¿qué lo trae por aquí?

—He venido a hacerle una propuesta.

—¿Una propuesta? ¿De qué se trata?

—Se trata de saldar su deuda conmigo.

—Usted me ha robado y encima de todo le debo. ¡Es el colmo su desfachatez!

—Negocios son negocios, milord —mencionó cínico.

—Hable.

—Deme la mano de lady Anne y yo le perdono todas sus deudas y también le daré dinero extra. Además no exigiré ninguna dote para ella.

—Es un trato estúpido, vaya quitándoselo de la cabeza —discrepó con enojo el conde.

—¿Ni siquiera va a pensarlo?

—No. Mi hija no está en venta. ¡Largo de aquí! Jamás le daría la mano de Anne a un hombre como usted, desgraciado ladrón.

—Le daré unos días para que piense en el futuro de sus otras hijas —

amenazó con el rostro pasivo.

—¿Qué insinúa?

—Tiene dos más. Cuando queden en la calle, ¿quién querrá casarse con ellas?

—¡Deje de amenazarme y váyase de aquí!

—Piénselo. Pobres de lady Cecilia y lady Imogen, quizás a lady Anne le vaya bien con uno de los hijos del duque de Malborough, pero sus otras hijas lo pagarán, milord. Una hija a cambio del bienestar de las otras dos.

—¡Desgraciado! ¡Jamás le daré la mano de Anne! ¡Fueraaaaaa...! —gritó el conde.

Anne estaba escuchando todo escondida cerca de la puerta. Los gritos eran tan fuertes cuando ella iba pasando que no pudo resistir la tentación de quedarse y escuchar, algo que no debió hacer, tendría que haber quedado ignorante a ese hecho de que el futuro de Cecilia y de Imogen estaba en sus manos.

Antes que el barón saliera, Anne corrió escaleras arriba hasta su habitación y se encerró ahí.

Odiaba al barón, no quería casarse con él. Bradley la ayudaría, esperaría por él y se lo diría todo.

Frente a la casa de Anne, Bradley estaba llegando con una gran sonrisa en el rostro hasta que vio a un iracundo barón saliendo de la mansión.

—Buen día, milord. Volvemos a encontrarnos —saludó Bradley tentando al hombre.

—¿Ha venido a perder el tiempo aquí?

—No. He venido a cortejar a lady Anne oficialmente.

—Pues yo acabo de presentar mi propuesta de matrimonio al padre, creo que no podrá rechazar mi oferta.

—¿Qué hizo? —farfulló en tono cansino.

—Ya lo sabrá. Lady Anne será mi esposa. Hágase a la idea antes que sufra.

—No me haga reír, milord, esto solo empieza, usted no tiene las de ganar.

—Tengo todo para ganar y lo haré.

—Juegue sus cartas con inteligencia, no las muestre todas.

—No perderé el tiempo con un jovencito como tú.

—Vaya pensando cómo alimentar a los gusanos, mi buen barón de Ros, a su edad pronto les hará compañía —se burló con descaro continuando su camino.

—¡Insolente!

Bradley solo quería fastidiar al barón, pero no le agradó que estuviera de visita en casa de Anne. Entró, pues la puerta había quedado abierta, parecía desierto y llamó:

—Anne, Anne... —Pero no fue Anne quien apareció, sino Cecilia.

—Buen día, lord Bradley. ¿Cómo está?

—Bien, lady Cecilia, ¿ha visto a Anne?

—No. Estuvo aquí con el barón y se veía bastante emocionada —mintió con mala intención.

—¿Qué dice?

—Sí, creo que vino a pedir su mano y quizás ella acepte.

—No... —dijo Bradley confundido. Anne no parecía ser una dama que jugaba a dos puntas.

—Mire, milord, quizás ella no está interesada en usted —intentó consolarlo Cecilia, acercándose a él—, pero otras damas podrían estarlo.

—Disculpe, lady Cecilia, pero...

Ella lo silenció con un soplido.

—No diga nada, lord Bradley. Sé que aun soy joven, pero usted me agrada —pronunció y, sorprendentemente, se arrojó sobre los labios de él.

Anne había escuchado que Bradley la había llamado. Salió corriendo para bajar las escaleras, recibirlo y contarle sus desventuras.

—¡Bradley! ¡Ya voy!

Pero al llegar a las escaleras, palideció. Vio a Bradley besando a Cecilia.

—No... —Se tapó la boca y regresó a seguir llorando en su habitación.

—Suélteme, lady Cecilia. Estoy interesado en Anne y espero que ella me

diga si está interesada o no, en casarse con el barón.

—Pues vayamos a ver si quiere verlo...

Ambos subieron la escalera y tocaron la habitación de Anne.

—¡Anne! Lord Bradley está aquí y quiere hablar contigo —anunció Cecilia.

—¡Dile que se vaya... que nunca más quiero volver a verlo! —respondió dolida, casi ahogada en lágrimas. Su única salvación resultó ser una farsa.

—Ya oyó —apoyó.

—¡Anne, salga y hábleme de frente!

—¡No, estamos mejor lejos!

—Es por el barón, ¿no es así? Pues entonces cátese con él —sentenció Bradley saliendo enfurecido de la casa de Anne.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Anne. ¿Qué tenía que ver el barón con su enojo? Él había seducido a la pequeña Cecilia, quizás como lo hizo con ella.

Bradley no podía dejar de pensar en las palabras y el acoso de Cecilia, y en cómo se había complicado su cortejo con Anne. Debía hablar con Anne y lo haría en la velada musical de los Hollister, haría que le dijera en la cara que prefería casarse con aquel hombre sucio que con él.

—Buen día, primo, ¿qué cara traes, eh? —saludó Brian que estaba de visita en casa de sus tíos.

—Déjame en paz, Brian. —Pasó a su lado.

—Dime qué te pasa, aun tengo tiempo antes de ir a ver a unos pacientes.

—La mujer que se ganó mis atenciones parece querer casarse con otro.

—¿Te lo dijo directamente?

—No. Su hermana me lo dijo.

—¿Qué clase de persona es su hermana? ¿Es fiable?

—Creo que no porque ella me besó.

—Pues ahí lo tienes, patrañas para separarlos. ¿Puedes fiarte de las palabras de alguien así?

—Tienes razón.

—Me voy. Ve en paz y piensa nuevamente en qué hacer.

—No sabía que podía sacar cosas tan productivas de una charla tan corta con un médico —bromeó Bradley a su primo.

Su primo le golpeó el brazo y se retiró.

Brian Lowel era primo de los gemelos, hijo de Mariane y Harold, hermano de la consentida Lucy. Alto, de 1,80 cm, cabellos negros y ojos azules, como los Lowel, se caracterizaba por su atractivo e inteligencia. Era la medicina para cualquier dama enferma. Estaba próximo a iniciar sus prácticas en América, por tal motivo, se disponía a hacer sus últimas visitas familiares.

Al día siguiente, por la noche, se encontraban en la velada de los Hollister. Era el turno de Anne para tocar el piano.

Había comenzado con una de las melodías que le recordaban a Bradley. Ella estaba sufriendo en silencio, tanto, que la música le salía con tal sentimiento que los presentes llegaban a lagrimear.

Bradley la miraba desde uno de los asientos, pensando en cómo agarrarla y llevársela de ahí para aclarar sus displicencias.

Cuando había acabado su pieza en medio de varios aplausos, Bradley se adelantó y la agarró del brazo.

—Quiero hablar con usted...

—No tengo nada que hablar con usted, suéltame.

—No hasta que me explique todo.

—¿Explicarle qué? Usted es quien debe explicarme por qué estaba besando a Cecilia —lo acusó sin miramientos.

—Bien, ahora sí podremos hablar, vamos. —Bradley la arrastró hasta una de las habitaciones de la mansión—. Entre —ordenó.

—¡Explíqueme! —exigió llorando—. ¿Por qué la besó? ¡Es una niña y la estaba seduciendo! —Le dio una fuerte bofetada.

Él sorprendido dijo:

—¡Ella me besó y me acosó! —se defendió—, aparte de decirme que tú —la señaló como no debía hacerlo ningún caballero— ibas a aceptar la propuesta

de matrimonio del barón, y que estabas muy emocionada. ¡Explíqueme, lady Anne!

—¿Qué dice? ¡Jamás me casaría con ese desgraciado!

—Y yo jamás besaría a su hermana, ella lo hizo motivada por quien sabe qué razones.

Anne pensaba y pensaba. El vestido morado, su madre en la puerta, Cecilia recibiendo a Bradley, y cada vez que le contaba algo de ellos, a ella no le alegraba.

—Pero Cecilia no...

—Cecilia no es lo que cree, Anne. No se fie.

—Pero... —replicó sintiendo las manos de Bradley mientras recorrían su rostro.

—Nada, Anne —dispuso, besándola apasionadamente—. Puede confiar en mí. Me tomaré el atrevimiento de tratarla con una confianza que no se me ha conferido, pero si no lo digo de esa forma, quizás no lo entienda —disertó tomando valor—. Mis pensamientos te pertenecen, Anne, soy enteramente tuyo —proclamó otra vez apoderándose de los labios de su querida Anne.

## Capítulo 7

**D**olorosamente, Anne tuvo que romper el beso para contar todo lo que había escuchado de la discusión entre su padre y el barón.

—Bradley, pero hay algo que tengo que decirte...

—Dilo.

—El barón amenazó a mi padre, con que si no me casaba con él... — enmudeció, con los labios curvándose por el llanto inminente que se acercaba.

—¿El qué?

Tomó valor pese a estarle temblando la boca.

—Iba a hundirnos. Nadie se casaría con ninguna mujer de mi familia, nos destruirá si no me caso con él —se lamentó sollozando en brazos de Bradley que la pegó a su pecho.

—Eso no sucederá, Anne. Mírame por favor...

—Pero ¿qué haré? Si no me caso con él, mi familia...

—Ni se te ocurra meditar siquiera esa posibilidad... Yo los ayudaré Anne — sentenció—. Cásate conmigo, Anne —lanzó sin más, excitado por su momento heroico de querer salvarla de la ruina.

—Qué más quisiera yo... —pronunció, sintiendo que los dedos de Bradley acariciaban sus labios.

—Acéptame —dijo como un ruego, tomando sus manos y besándolas para convencerla de aceptar.

Intentando recuperar la compostura, sin queriendo parecer la Magdalena más



emocionada, asintió con la cabeza varias veces.

—Acepto —murmuró apenas audible.

—Mañana hablaré con tu padre para que todo el compromiso sea oficial e iré a ver al barón, traeré de vuelta todos los documentos de la deuda de tu padre.

—Pero cómo harás eso...

—Se los compraré.

—Es mucho.

—No te preocupes. No puedo escatimar cuando se trata de ti, Anne.

—¿Qué hice para merecerte, Bradley? —Lo miró y acarició su rostro con cariño.

—Solo cruzarte en mi camino. —Sonrió—. Siento algo por ti, Anne.

—Ese sentimiento es correspondido, mi querido lord Bradley.

La velada continuó feliz con ellos dos juntos. Incluso Bradley se animó y tocó una pieza clásica dedicada a Anne, le había salido como nunca antes.

Por la mañana había ido para hablar con el conde.

No se sentía nervioso, estaba decidido a acabar con la injusticia que pesaba sobre esa familia.

—Milord, he venido a pedir la mano de Anne —alegó con absoluta seguridad.

—¿Está usted seguro? Ya sabe por qué.

—Soy consciente, milord. Además, quiero también poder saldar su deuda con el barón.

—Pero si eso no le corresponde.

—Quiero hacerlo para asegurar el futuro de las mujeres de su familia.

El conde no tenía forma de pagar su deuda al menos a corto plazo, por lo que aquel Waldow le cayó del cielo.

—Bienvenido sea. Sé que Anne está muy animada con usted. No piense que le cedo la mano para saldar mi deuda.

—No piense en eso, que a mí de ninguna manera se me ha ocurrido eso. Si

usted fuera interesado, ya hubiera entregado a Anne, con tal de salvarse usted —tranquilizó Bradley—. Quiero anunciar el compromiso, lo más pronto posible.

—¿Le parece bien que sea mañana?

—Estoy de acuerdo. Si me permite, debo resolver el otro problema con el barón.

—Vaya entonces —lo despidió el conde.

—Me retiro, hasta luego.

Cecilia estaba llorando. Aquel hombre se casaría con Anne.

Deseaba que Anne no estuviera, pero nada podía hacer más que pedirle al diablo que se la llevara.

—¡Vitoria, Cecilia, Anne! —llamó el conde a toda su familia. Se pronunció cuando todas estuvieron presentes—. Debo informarles que han pedido la mano de Anne, y la he concedido.

Lady Vitoria, con el corazón en la mano, deseaba que no se la hubiera dado al malhechor del barón

—¿A quién querido?

—A lord Bradley Waldow.

Anne corrió hacia su padre para abrazarlo.

—¡Gracias, padre, usted no sabe cuánto ansiaba este momento!

—Puedo notar el interés mutuo, querida.

—¡Qué felicidad! Serás duquesa algún día, claro, cuando muera su padre, Dios no lo quiera pronto —añadió su madre completamente emocionada.

—¿Y tú qué piensas Cecilia? —preguntó Anne con sinceridad, temiendo lastimarla.

—Estoy contenta contigo. —Le sonrió falsa, sintiendo rencor hacia ella.

—Gracias, Cecilia. Tenía miedo de tu reacción.

—No tendría por qué tomarlo a mal... somos... hermanas.

\*\*\*

Bradley había decidido no ir a casa del barón de Ros al salir de la residencia de Anne, sino al día siguiente, para poder ver su cara, después de desayunarse la noticia de su compromiso.

El anuncio fue publicado, era la señal de su indiscutida victoria.

—Espero que esté teniendo un buen desayuno, milord —deseó, dejando a un lado de la mesa el periódico.

Mientras tanto, en casa del barón, la noticia del compromiso le resultaba imposible de digerir.

—¡Maldito sea! —masculló diciendo pequeñas maldiciones intermedias entre sus pensamientos—. ¡Esto ya ha pasado los límites de mi paciencia!

El barón seguía haciendo berrinches en la mesa del desayuno, hasta que lo interrumpió su mayordomo.

—Milord, lo buscan.

—¡Quién es! —gruñó, cargado de mal humor.

—Lord Bradley Waldow, milord.

—Haz pasar al desgraciado —sentenció enfurecido yendo a su despacho.

Bradley entró con una sonrisa en la cara y dijo:

—Buen día, milord.

—Muy buenos serán para usted, ¿no? —escupió con desprecio.

—Yo se lo advertí, milord.

—Todavía no está todo dicho.

—Creo que sí lo está. Y para finiquitar este dilema, vine aquí para una sola cosa y no es burlarme de usted.

—Dígame entonces, ¿a qué ha venido?

—A comprar la deuda del conde de Torrington. Dígame a cuánto asciende y la cancelamos en este mismo instante.

Hebert se carcajeó en el rostro de Bradley.

—No me haga reír, milord, ¿cree poseer los recursos necesarios? Usted aun no es un duque.

—Usted no me haga reír, tengo acceso a todo lo que corresponde al ducado

de Malborough, que será mío, y déjeme decirle que es el ducado más rico. Aparte de poseer tierras asociadas al título tiene otras adquiridas después por mi padre.

El barón abrió el cajón de su escritorio y le pasó unos papeles con una suma.

—Pues esto es lo que debe. ¿Podrá pagarlo?

—Esto es ridículo. No es siquiera un pedazo de tierra de mi ducado. —  
Sonrió con arrogancia. Sabía que aquellas palabras harían hervir su sangre.

—¡Arrogante!

—¿Con esto pretendía comprar a lady Anne? Me da un poco de pena.  
¿Dónde firmo para llevarme esto?

—¡Jamás se los daré! —masculló irracional.

—No creo que esa sea la actitud de un hombre de negocios con experiencia.

—Insolente. Tú y yo no cabemos en este mundo.

—¿Y qué propone? —preguntó ya sabiendo a dónde iba la cuestión.

—Un duelo.

—Dígame donde quiere la bala y yo se la pongo —repuso confiado.

—No se haga el vivo, también soy bueno con el arma.

—Un rival digno, supongo. Acepto el reto.

—A muerte.

—Vaya quitándose las medidas para el ataúd —siguió tentando, hasta sacar de quicio al barón.

—¡Engendro del demonio, en tres días lo espero! —Abrió la puerta de su despacho, invitándolo a desaparecer de su vista.

—Lleve a su padrino.

Bradley salió de la casa del barón pensando en solo una cosa.

—¿Cómo se lo diré a mi madre? —se cuestionó en voz alta—. Claro, solo hablaré con mi padre.

Al llegar a su casa, le comentó a su padre la situación que se estaba presentando en torno a su compromiso con Anne.

—¿Cómo le diremos a tu madre? —inquirió el duque, sentado detrás de su

escritorio con las manos tomadas, mientras miraba a su hijo.

—Lo mismo pensé, padre. Es la razón por la que acudí a usted.

—No es el momento de hacerse el simpático. Vas a entrar en duelo con el tío de Dorian, lo convertirás en barón estando en Francia —replicó su gemelo.

—Piensen que le hago un favor.

—¡Ya basta! No hablen fuerte, su madre tiene oídos en toda la casa, escucha tras las paredes, ahora bien, ¿estás listo, Bradley? Yo mismo te he enseñado, y confío en que saldrás con bien.

—Présteme su pistola de duelo, padre.

—Está bien. —Sacó de su chaqueta el arma—. Siempre la llevo, un día creí que la usaría con el Marqués de Huntly, gracias a Dios no fue necesario.

—En mi caso... —Agarró el arma— es necesario, padre, ¿quién de ustedes será mi padrino?

—Confío en que volverás sano y salvo, pero deseo ser tu padrino.

—Está bien. En tres días, al amanecer.

—Hay que mantener esto oculto, no queremos que nuestra madre pase un susto, aunque si algo sale mal, ¿cómo le decimos que traemos el cadáver de su hijo?

—Brandon, hijo mío, es mejor que te calles. Tu madre estará mejor sin saberlo.

Los gemelos asintieron apoyando la decisión de su padre.

\*\*\*

En su casa, lady Anne no se sentía muy bien.

—Cecilia, me duele un poco la cabeza, ¿puedes traerme un té?

—Claro, Anne, te lo traeré. —Le sonrió Cecilia, yendo a la cocina.

Después que se retirara, una doncella se acercó hasta su cama, mientras ella estaba con los ojos cerrados.

—Milady, la busca lord Bradley, está abajo —anunció.

—Dile que suba.

—Sí, milady...

La doncella bajó, y le pidió a Bradley que la acompañara hasta llevarlo junto a ella en la habitación.

Cecilia entró con el té, y se lo pasó a Anne.

—Lo prepararé yo misma para que te recuperes pronto.

—Gracias, Ceci...

—Buen día —saludó acercándose hasta Anne—, ¿te encuentras bien?

—Solo tengo un poco de dolor de cabeza. —Sonrió mientras su mano era besada por su prometido.

—Permiso, me retiro —anunció Cecilia.

—Adelante y gracias por el té.

—No hay porqué, Anne.

Bradley esperó que lady Cecilia se retirase de la habitación para poder contarle a Anne sobre su duelo.

—Tengo algo que comunicarte —abordó con seriedad.

—¿Qué es? —Se preocupó la rubia.

—En dos días, tengo un duelo con el barón de Ros.

—¡No, Bradley, por favor!

—Nada me sucederá, no te preocupes por mí. Todo saldrá bien y podremos casarnos.

—Pero... no lo sé. Tengo miedo.

—No lo tengas, estaré bien, lo prometo, y vendré a ti otra vez.

—¡Prométemelo más! —Se abrazó a él sin perder tiempo.

—Te lo prometo mil veces, Anne...

Habían pasado los dos días y Anne aun no mejoraba, en lugar de eso empeoraba.

—Anne, llevas aquí mucho tiempo, llamaré al doctor.

—Bradley, no hace falta, debe ser la preocupación.

—No, Anne, algo anda mal, traeré a mi primo Brian, es médico —insistió

ante la extenuante negativa de su prometida.

—Está bien. Lo acepto, pero estoy segura que no tengo nada, son solo malestares.

—Anne, aquí traigo el té que tanto te gusta —interrumpió Cecilia, entrando para consentir a su prima.

—Cecilia, eres un ángel —agradeció tomando lo que le pasaba.

Bradley miraba a Cecilia con desconfianza. No le gustaba que estuviera cerca de Anne.

—Voy por el doctor, él te verá y mañana me dirá cómo estás.

—Pero si mañana es tu duelo.

—Volveré por ti, lo prometí.

Bradley le dio un beso de despedida y salió para buscar a una de las personas en las que más confiaba, su primo Brian.

## Capítulo 8

—Tío, por favor, no siga con esto, conozco la puntería de los gemelos.

—No, Dorian. Ya está decidido, si muero, moriré en mi ley y tú quedarás como mi heredero.

—Pero, tío, aun no es tiempo, no pensé volver a Inglaterra y encontrar esto —lamentó.

—Lo siento mucho, si todo sale bien, mañana podremos seguir charlando. — Tocó el hombro de su sobrino, y luego salió de su despacho.

Había llegado el amanecer de ese día y ya estaban todos en el lugar acordado.

Bradley se sorprendió al encontrar a Dorian con su tío, sería su padrino.

—Dorian, me encantaría decir que es grato verte, pero las circunstancias no obedecen precisamente a esa razón.

—Lo sé, Bradley, no quisiera que esto sucediera, intenté que razonara, pero no lo hizo.

—Perdóname, Dorian, pero supongo que sabes lo que sucederá.

—Solo hace falta asegurarlo.

—¿Qué tanta charla, Lord Bradley Waldow? ¿Acaso se ha arrepentido? — provocó acercándose.

—No, milord. Solo hablaba con el nuevo barón de Ros. —Sonrió con suficiencia.

El barón hizo chirriar los dientes de rabia, hasta que el duque de



Malborough se acercó.

—Sin provocaciones, caballeros —ordenó Alen—. Saben las reglas.

Ambos hombres se ubicaron donde correspondía. Bradley pensaba en ser feliz con Anne y lo conseguiría, solo se interponía el barón, en su intento de chantajear a su amada.

—¿Está listo, milord? Esta será la última vez que nos veremos.

—Sí, así es... no tenga miedo, el diablo lo recibirá encantado.

—Bradley, no provoques al hombre, ambos deben estar tranquilos —lo regañó Alen.

—Sí, padre.

Dieron los pasos, desenfundaron el arma y se escuchó un disparo, solo uno... directo al pecho.

Bradley había sido certero.

—¡Tío! —exclamó Dorian, acercándose a su moribundo pariente.

—Querido Dorian, lo siento mucho... —se disculpó entrecerrando los ojos.

—Por favor, no hable, tío.

—De todas formas, moriré.

—Se lo dije, tendría que haberme escuchado.

Bradley se acercó al barón y le dijo:

—Fue un placer, milord, perdóneme porque esto haya terminado de esta manera, si tan solo hubiera aceptado mi trato.

—Es muy tarde para arrepentimientos, lord Bradley Waldow. Que sea muy feliz con lady Anne.

En ese momento lord Hebert, barón de Ros, dejó de respirar.

Las condolencias no dejaban de llegar al nuevo barón de Ros, quien sufría por la soledad en la que lo dejó sumido su tío.

\*\*\*

En casa de los Woods, Anne fue atendida por un confuso Brian que no

comprendía lo que le sucedía a la joven. Veía como su estado de salud se deterioraba, y lo haría aun más.

—¿Cómo está Anne? —consultó Bradley a su primo.

—No sé qué decirte, Bradley —pronunció con el rostro serio.

—¿Cómo que no sabes qué decirme? No me hagas dudar de tus capacidades.

—No me insultes. Solo que es extraño, parece estar bien en líneas generales, sin embargo, no mejora.

—¿Cómo puede ser posible eso?

—No sé qué tipo de enfermedad puede ser tan agresiva en tan poco tiempo. Ella está empezando a no tolerar alimentos y a sangrar.

—Pero...

—Siento aun más decirte que si no encontramos una solución pronto, ella morirá —comunicó con el rostro sombrío.

Bradley estaba pálido, Anne no podía morir.

—No debes estar hablando en serio.

—Es muy en serio.

Un grito desgarrador, de intenso dolor, los alertó, venía desde la habitación de Anne.

Salieron corriendo para ir a ver qué sucedía.

Anne se retorció de dolor en la cama, con sangre saliendo de la comisura de sus pálidos labios.

—¡Me siento tan mal! —se quejó, lloriqueando —¡No sé qué me sucede!

—¡Cálmate, hija! —trataba en conde de tranquilizarla y tranquilizarse, pues la histeria por el desconocimiento de la enfermedad de Anne los estaba volviendo locos.

—¡Padre! —decía llorando—. ¿Por qué tengo sangre? ¿Por qué no para de fluir la sangre?

Brian entró a la habitación, que se había convertido en un charco de sangre junto a la cama de Anne.

—Doctor... —lo llamó tendiendo su mano temblorosa hacia él—. ¿Qué

tengo?

Brian tragó saliva mientras se acercaba a ella.

—No lo sabemos, lady Anne —respondió sin más que añadir.

—No me mienta, doctor Lowel, dígame, ¿me voy a morir?

Él se quedó en silencio, luego se giró para mirar a Bradley.

—¡Hable por el amor de Dios! —lo presionó, temiendo lo peor.

—Milady, al ritmo que vamos, le quedan como sumo, dos días —respondió al fin.

Ella no pudo contener el llanto, y Bradley no sabía qué hacer ni que decir.

—Salgan todos, por favor. También tú, Bradley —pidió Anne, en unos segundos que sus sollozos calmaron.

—Pero Anne...

—No sin antes pasarme papeles y pluma.

—Está bien —aceptó Bradley, buscando sus pedidos.

Él se los pasó y luego salió de la habitación golpeando todo a su alrededor.

—Cálmate, Bradley.

—¿Cómo quieres que me calme?! ¡Se me está muriendo! —rompió en llanto.

—Lo siento, sé qué...

—No sabes nada, Brian, ella es mi todo, mi mundo. Desde que conocí a Anne, solo quiero estar con ella.

—Veremos otras opiniones, traeré a más colegas para que la revisen —intentó consolar a su desolado primo.

Cecilia lo escuchaba y pensaba que pronto se le pasaría la muerte de su prima y tendría la oportunidad de estar con él.

Anne escribía las cartas entre lágrimas, una para su querida Imogen y otra para su amado Bradley.

Pese a que las lágrimas nublaban su visual, pudo terminarlas con cortas palabras.

*“Querida Imogen:*

*Siento tanto que esta sea nuestra última correspondencia. He caído enferma y probablemente muera, no te sientas mal por mí, fui muy feliz todo el tiempo. Bradley ha traigo luz a mi vida y el tiempo que pasé a su lado hace que me dé cuenta de que vale la pena. Imogen, cuando vuelvas y si necesitas ayuda busca a lord Bradley Waldow, él no dudará en tenderte la mano, y también te pido que no te fíes de nuestra hermana Cecilia, la quiero, pero estoy segura que algo se trae pese a ser muy amable y traerme tés por las tardes ahora que estoy enferma, igual hace que ya no confíe en ella, pues está interesada en Bradley.*

*Imogen, practica siempre el piano y canta, hazlo pensando en mí y lo harás mucho mejor, todo hazlo con el corazón.*

*Te quiero hermana.*

*Lady Anne”.*

*“Amado mío:*

*No tengo palabras para expresar la felicidad que se ha apoderado de mí desde que te conocí. He tenido la gracia de ser tu prometida y ser amada por ti, también ten por seguro de que yo te amo de la misma forma que tú a mí. No hace falta que te diga lo feliz que me has hecho todo este tiempo, siento tanto que tu duelo haya sido en vano, lo hiciste por mí, pero yo no duraré demasiado.*

*Quiero pedirte que cuides de mi querida hermana Imogen, ahora está en una escuela de señoritas, pero no quiero dejarla sola y quisiera, por el amor que me tienes, que seas mis ojos con ella.*

*Te amo tanto y me duele dejarte, cuando te sientas triste piensa en lo felices que fuimos, yo me llevaré ese hermoso consuelo conmigo.*

*Siempre tuya, Anne”.*

Dobló ambos papeles y se secó las lágrimas.

—Bradley... —lo llamó desde la cama.

Él entró presto para atenderla.

—Dime, Anne.

—Toma esta carta y esta otra envíala por mí, por favor. No confío en nadie más en este momento.

—Está bien, pero esta dice que es para mí.

—Sí, ábrela cuando yo ya no esté.

—No, Anne...

Ella tosió, y tosió.

—No, Bradley, es así, lo siento. Tengo que esperar lo inevitable.

—No me dejes —suplicó herido.

—Por favor, no hagas esto, que me haces sufrir más, solo hazme feliz el tiempo que me queda.

—¿Cómo? Si no puedo concebir la paz.

—Claro que puedes. Llévame a la sala.

—¿Para qué?

—Para que toques para mí, mi melodía favorita.

—¿Es lo que deseas?

Ella asintió débilmente.

—Es lo que deseo.

Entonces él alzó a una delgada y casi acabada Anne. La vida se le estaba escapando de las manos y no había nada que pudieran hacer.

Bradley no se movería de la casa de Anne hasta que el momento llegara, no podía dejarla, quería espantar a la muerte de ella, pero no podía.

Los días pasaban, habían traído a más doctores y nadie sabía qué enfermedad la aquejaba.

—¡No puede ser que nadie lo sepa! —gruñó completamente frustrado al escuchar las conclusiones médicas.

—Es inevitable, milord, ella morirá.

—¡Ella no puede morir, no me puede dejar!

—Bradley, cálmate —pidió Brandon al ver que su hermano estaba a punto de perder el control.

—No, no puedo...

—Lo siento mucho... —pronunció uno de los doctores.

—¡No me den los pésames, aun sigue con nosotros, todavía hay esperanza!

—No la hay. Sus órganos ya no responden, milord. Ya casi es un cadáver —  
dijo otro con menos tacto que el anterior.

—¡Lárguense todos de aquí, fuera! —masculló enloquecido por el dolor de  
no poder hacer nada por la moribunda Anne.

—Brad, no puedo verte así —alegó su gemelo.

—Vete también tú, todos son todos y te incluye.

—Estaré cerca.

—Brian, ve junto a Anne, a ver que necesita.

—Sí —obedeció a su ya desequilibrado primo.

\*\*\*

Imogen había recibido la carta, y no pudo evitar ponerse a llorar.

—No, mi Anne, por favor, no te mueras hermana. ¿Qué haré sin ti?

## Capítulo 9

Era una fría mañana, en que Anne ya sentía que sería el último día de su corta vida, 18 años, pero había conocido al amor verdadero y lo vivió como pudo.

—Bradley, ¿puedes llevarme y tocar para mí por favor? —pidió tocando a Bradley, con su raquítica mano.

—Pero Anne...

—Es lo último que te pediré.

—Está bien, pero no hables de esa forma nuevamente.

—Lo prometo —acató. Ya no quería discutir que moriría.

Llegaron hasta la sala. Bradley la sentó en un sillón cerca del piano y comenzó a tocar la melodía favorita de Anne.

—Es fascinante cuando tocas, este momento es perfecto.

—Tú eres lo más perfecto de este momento, Anne, te amo —confesó, creyendo que aquel era el momento de contar lo que su corazón sentía.

—Y yo a ti... —correspondió como un último suspiro.

Bradley terminó la pieza y se fijó que Anne se había quedado dormida.

—Anne, mi amor...

Ella no respondía.

—¡Anne! ¡Anne! ¡Despierta, Anne! ¡Por favor, hazlo, no me dejes! —exclamaba, besando su fría y huesuda mano—. No, Anne, no me hagas esto, tu... tu... no me amas ¡Tú no me amas porque me dejaste, Anne! —se lamentaba

abrazado al inherente cuerpo de Anne.

—¿Qué sucede? —preguntó lady Vitoria. Sin embargo, al ver a Bradley llorando sobre Anne, se había dado cuenta de lo que sucedió, su hija había muerto— ¡Anne! No, hija...

Tuvieron que darle una calmante a Bradley para que soltara el cuerpo y poder preparar a Anne para ser enterrada.

Él no podía con el dolor que lo consumía por dentro, sus ojos estaban tan rojos, su rostro era completamente irreconocible a causa de la muerte de Anne, nada tenía sentido para él.

—Alen, no puedo ver así a nuestro hijo —se lamentó Darline.

—No podemos hacer nada. Tuvo que sufrir esto sin que pudiéramos hacer absolutamente nada.

Bradley estaba despertando de su estado de sueño por los calmantes.

—¿Dónde está Anne? —preguntó, sentándose en la cama.

—Hijo, por favor.

—No, madre. Anne no me pudo haber dejado. ¿Dónde estoy?

—En tu habitación, en casa.

—¿Y Anne dónde está?

—La están preparando en su casa.

—Debo estar con ella.

—Bradley...

—No. —Fue tajante frente al intento de persuasión de sus padres. Se vistió y salió tambaleándose de la casa, agarró una rosa blanca y se la llevó.

Al llegar a la casa se acercó al ataúd de Anne, mientras todo Londres lo observaba.

—Anne, mi amor. Te traje la rosa que es como tú, pura y sencilla. ¿Por qué lo hiciste? Yo te amo. Despierta, Anne —le pidió rogándole que saliera de allí.

—Bradley, déjala, ya es hora.

—No es hora, Brian, nunca es su hora.



Cecilia se acercó a Bradley y le tocó el brazo.

—Milord...

—Usted, pequeña víbora, aléjese de mí, no me toque... —advirtió agresivo, mientras sacaba su brazo sin disimulo de entre las garras de aquella arpía.

—Bradley, estás muy nervioso, cálmate, es lady Cecilia, la hermana de Anne.

—No creo que sean hermanas, aléjese de mí, lady Cecilia.

Bradley salió de esa mansión para nunca más regresar.

No podía con el recuerdo de Anne, quería podar todo el jardín de rosas blancas, quería desaparecer todo lo que la recordaba. Pensó que iba a morir de dolor, escuchaba a su hermana, a su hermano y a sus padres querer hablar con él, pero no abría la puerta. Un mes había pasado sin salir, estaba completamente irreconocible.

—Bradley, hijo, por favor, llevas un mes así... sal de ahí...

—Es inútil, querida —se resignó Alen—. No quiere oírnos.

—No me importa, Alen, es mi hijo y aquí me quedaré hasta que decida verme. —Se alteró.

—Darline, por favor cálmate.

—Estoy calmada.

—Claro que no lo estás, ¿quieres que llame al doctor?

Después que su esposo le dijera lo del doctor, no lo pensó dos veces, utilizaría su enfermedad a su favor.

—Yo puedo sola. ¡Bradley, sal ahora mi... mis... mismo...! —no terminó, dando un fingido alarido de dolor.

—¡Darline! ¡Brandon, ven rápido, es tu madre! —alertó Alen para que fuera a auxiliarla, pero fue Bradley quien a las prisas había abierto su puerta.

—¿Qué le sucede a madre? —indagó desesperado.

—Estoy bien, hijo. Mírate tú, nada más, ve a darte un baño.

—Perdóneme, madre, no quería preocuparla, pero no sé qué hacer...

—Comienza por no aislarte, tu corazón aun no sanará, pero déjalo, debe

tener su luto —le aconsejó sabiendo lo que era perder a un gran amor.

Pasaron los días, meses e incluso años, pero Bradley aun no había tenido el valor de abrir la carta que Anne le había dado.

Le habían contado que los Woods se fueron de Londres al día siguiente del entierro de Anne, pero que habían regresado para la presentación de Cecilia, y luego se habían vuelto a ir. No sabía si volverían alguna vez.

En ese tiempo, sus responsabilidades con su herencia se hicieron más pesadas, su padre lo había nombrado marqués de Blandford, y tenía la mente bastante ocupada para sufrir por Anne.

Bradley, aquella noche, había ido a una fiesta en la residencia de los St. Albans y se encontró con lady Cecilia.

—Señoría —musitó una voz femenina.

—¿Lady Cecilia? ¿Usted aquí?

—Hemos vuelto, han pasado ya casi seis años de la muerte de mi hermana mayor, Anne.

—Lo sé —recordó con tristeza.

—Se acerca la presentación de mi hermana menor, Imogen.

—¿Tienen una hermana menor?

—Sí, usted no la conoció, era muy pequeña y fue enviada a la escuela de señoritas.

—¿Cómo están sus padres?

—Mejor. Todos estos años lejos han ayudado bastante y dígame, señoría, ¿se ha casado?

Él la miró desconfiado. Cecilia nunca había sido santa de su devoción.

—No —respondió frío.

—Es muy cortante —acusó lady Cecilia.

—¿Por qué no lo sería? Usted me acosó cuando me comprometí con su hermana.

—Mi hermana estaba profundamente enamorada de usted, al igual que yo —le recordó con descaro.

—Ese no es mi asunto.

—Usted tiene una deuda de compromiso con mi familia, que estamos dispuestos a cobrar —declaró Cecilia.

—Pues, vean cómo cobrarla —la desafió, restándole importancia.

—No lo dude, señorita.

—Disculpe. Me retiro —se despidió, alejándose de la pesada presencia de Cecilia.

—Pronto nos estaremos viendo, Bradley —mencionó ella sonando amenazante.

Desvergonzada. ¿Qué se había creído esa mujer? ¿Cobrarle a él? ¿Y una hermana menor, de dónde había salido? Quizás en la carta de Anne se refería a ella.

Al terminar la fiesta Bradley fue directo a su habitación y aunque tuvo miedo de leer la carta, lo hizo, y ahí le hablaba de cuidar a Imogen.

Debía entonces conocerla para poder cumplir con Anne. Cecilia había dicho que pronto debutaría, solo tendría que ver dónde sería eso y nada más, ahí podría conocer a la misteriosa hermana menor de Anne.

Un tiempo después de que su hermano Brandon se casara con su diabólica prometida lady Emma McBean, él salió con el próximo a casarse en el grupo, Stephen.

—¿Stephen, qué haces? —lo cuestionó Bradley, al ver que su amigo tardaba mucho tiempo.

—Compro listones —respondió con simplicidad.

—Eso es cosa de mujeres.

—Es para Helen, me pidió unos cuantos —se justificó.

—Por favor, te domina tu prometida. Te esperaré en la esquina.

—Ya desearás una —tentó su amigo volviendo a la tienda para escoger más listones.

Bradley trataba de ver la mejor forma de burlarse de Norfolk, era un joven demasiado muy bueno, y nada parecido al calavera de su padre.

—Es un tonto —murmuró para sí.

Caminó hasta la esquina y chocó de frente con una bella joven, la miró a los ojos y quedó pálido, se parecía a...

—¿Anne?!

Él no podía creer lo que le estaba pasando. Era una figura esplendorosa, era Anne llena de vida, pero... ¿pelirroja?

Era como si la hubieran sacado de las llamas. Sus labios rojos y sus ojos azules verdosos eran verdaderamente deslumbrantes. Estaba seguro que se parecía a Anne, pero más hermosa y más llamativa.

La joven lo miraba como si lo conociera, sin embargo, no decía nada.

## Capítulo 10

¿Quién se había creído ese hombre para dirigirse a ella de esa manera, y de dónde conocía a Anne?

Observándolo detenidamente, recordó haberlo visto una sola vez, el día que partió hacia la escuela de señoritas. Era el joven del caballo. Estaba más viejo, pero seguía pareciendo un ángel.

—Creo que me confunde, milord —se excusó Imogen.

—No, no puede ser, Anne... —pronunció acercándose a ella, tomando su rostro en plena calle.

—¿Qué está haciendo?! ¡Déjeme! —pidió mirándolo directamente a los ojos.

—Ya no te dejaré ir de nuevo —dijo Bradley mirándole los labios, al igual que ella lo hacía.

Estaba asustada, pero ansiosa. Deseaba el beso de ese hombre, probablemente desde que lo vio esa sola vez, tan solo siendo una niña. Nunca se había caracterizado por ser juiciosa, por eso se creía capaz de cualquier barbaridad.

Él bajó sus labios junto a los de ella y la besó suavemente. Sabía a miel y ella olía a rosas, no era igual que Anne, su beso era inocente.

Ella apenas podía seguirlo, sentía que la piel se le erizaba y apenas sus piernas la sostenían, era demasiado, su primer beso era más de lo jamás había esperado. Sin embargo, ese hombre era un extraño, por lo que terminó

empujándolo y volteándole la cara con una fuerte cachetada.

—¿Qué cree que hace?

—Pe... Pero... —tartamudeó sorprendido.

—¡Y otra cosa, yo no soy Anne! ¿Lo entendió?

Bradley se agarraba de la cara, sobándose la dolorosa caricia que le propinó la pelirroja y dijo:

—Entonces dígame su nombre.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Solo dígame si conoció a Anne.

—Claro que la conocí. Era mi hermana.

Él estaba cada vez más sorprendido con esa confesión.

—¡Imogen!

—¿Qué? ¿Cómo es que? ¡Oiga, para usted soy lady Imogen, no se pase de listo! —refutó colocando a Bradley en su lugar.

—¡Oye, Brad! Ya compré los liston... es... —Stephen se quedó mirando casi como si esa dama fuera un fantasma—...es, es...

—No es...

—Es...

—¡Que no es! —le gruñó Bradley, de lo contrario, su amigo también caería en el error de confundirla con Anne.

—Bien, pues no es, pero...

—Sí, ya sé. Se parecen.

—Disculpen, caballeros. Si es que a este —miró a Bradley de pies a cabeza—, se le puede llamar caballero y no rufián, me retiro. Con permiso —se despidió emprendiendo su regreso a casa.

—¡Lady Imogen, espere, aun no le he dicho mi nombre!

—Guárdese, no me interesa. —Se giró desinteresadamente, apresurando el paso.

—¿Qué diablos acaba de pasar? —se cuestionó Stephen rascándose la cabeza.

—Ella es la hermana de Anne, a la que me pidió cuidar.

—Me parece que no necesita que la cuiden demasiado.

—No lo sé, pero debo averiguar más de ella.

—No me digas que...

—No, Stephen. No me enamoré a primera vista.

—Era hermosa, igual a tu Anne, pero llena de fuego.

—Creo que Helen se va a enterar.

—¡Me mataría, jamás he dicho nada!

Bradley negó con la cabeza, aquel amigo suyo estaba completamente enamorado de su prometida.

—Dominado. aun no te has casado y ya me das vergüenza, quizás cuando te cases en lugar de alianza uses una correa.

Imogen se sentía indignada y traicionada mientras caminaba hacia su casa. Traicionada por su cuerpo, que deseó mortalmente los besos del rubio e indignada porque ese hombre le había dicho Anne. Estaba harta de lidiar con el recuerdo de Anne por todas partes.

Desde que había muerto, sus padres no hacían más que preocuparse por ella, fueron a vivir a Francia, la sacaron del internado y la llevaron a vivir con ellos. Iba a dar clases durante el día, no la dejaban salir sola y si enfermaba había como tres doctores diferentes viéndola y medicándola.

Cecilia estaba más insoportable cada día. Definitivamente la odiaba y se hacía notar bastante.

—¡Imogen! ¿Dónde fuiste? —increpó su madre, tan solo al verla pasar la puerta.

—Solo salí a caminar, madre.

—No debes salir sola, ¿qué pasa si te enfermas?

—Madre, no me pasará nada.

—¡Cállate y enciértrate en tu habitación, no saldrás de ahí hasta que te vea un doctor!

—¡Pero, madre, estoy bien!

—¡Vete! Desde que llegamos no haces más que escaparte. Te has puesto rebelde, jovencita.

—¡Ustedes están trastornándome! No dejan que haga nada. Solo quiero poder salir sola de vez en cuando, nada va a pasarme.

—Te amamos y por eso te vamos a cuidar mientras estés bajo nuestro techo. No cuidamos bien de Anne, pero lo haremos contigo.

—¡Anne, Anne, Anne! ¡No soy Anne, soy Imogen! —gritó cargada de rabia y frustración subiendo las escaleras.

Llorosa y con los ojos nublados, observó a alguien hurgando en su habitación.

—¡Rita, ¿qué haces en mi habitación?! ¡Sal de aquí!

—Sí, milady —obedeció la doncella de mediana edad.

—¡Y no entres sin mi consentimiento! Por algo no tengo doncella.

Cecilia tenía sus métodos de vigilancia para Imogen. Rita, la doncella, era su fiel espía, lo sabía todo. Su objetivo era enloquecer a Imogen y que se fuera, quedando ella como la única para sus tíos y sus futuros pretendientes. Pues si llegaban a ver a Imogen, se enamorarían de ella. Lo único que realmente ella no deseaba era que su amado Bradley viera a Imogen.

—¿Qué dice esa tonta?

—Me expulsó de su habitación, no pude ver nada.

—Seguiremos intentándolo... —Sonrió ladina.

Imogen se había vuelto rebelde en realidad. Tenía un sueño, cantar y ser pianista, tocaba incluso mejor que Anne, pues hizo como ella le había dicho.

Se sentía tan sola, que a veces se encontraba releendo la carta de Anne, y pensaba en quién sería ese tal lord Bradley Waldow. Él podría ser un amigo, pero ¿dónde lo encontraría?

—Querido, Imogen va a matarme de un disgusto —se quejaba lady Vitoria frente a su esposo, mientras él leía un libro.

—Esa niña necesita instrucción o cometerá alguna locura —razonó el conde.

—Permiso, padre, déjeme decirle que quizás Imogen necesite casarse con



alguien con un temperamento fuerte —recomendó Cecilia.

—No lo sé. No creo que ella necesite ser domesticada.

—Padre, ella se ha vuelto salvaje, incluso me ataca, debemos especular por los candidatos.

—Estoy de acuerdo con Cecilia, querido. Si continúa así, echará por la borda su futuro.

—Bien, piensen en algunos candidatos y lo veremos —prometió el conde para pensar en el matrimonio como una opción para enderezar a Imogen.

—Padre, quería sugerirle también algo...

—Dime, Cecilia...

—El marqués de Blandford aun no nos ha sacado del aprieto económico. Lord Dorian nos ha dado poco tiempo de gracia.

—Pero eso era si se casaba con Anne, y eso no sucedió, no tiene ninguna obligación de cumplir.

—Le dio su palabra de sacarlo de este aprieto, padre, y aun puede cumplir con eso.

—¿Cómo?

—Pídale que se case conmigo. Si me caso con él, lo resolveremos todo y tendremos una gran dote para el domador de Imogen.

—No sé si accederá... —Frunció el ceño dudoso de aquel plan.

—Piénselo, padre. Es solo cuestión de proponérselo.

—Cierto, querido. Además, Cecilia merece ser una duquesa. —Abrazó la condesa a Cecilia que le sonreía con fingida inocencia.

—Está bien, lo presionaremos un poco.

Todo estaba saliendo a pedir de boca para Cecilia, tendría a Bradley y se desharía de Imogen.

Ella ya estaba pensando en el candidato ideal para deshacerse de Imogen, lord Horace Elton, conde de Coventry, un hombre maduro de bastante mano dura, apuesto a pesar de tener poco más de 40 años. Era ideal para meter en cintura a su prima.

Odiaba su belleza, sus talentos, y cuanto la amaban sus padres.

Imogen miraba por la ventana mientras cantaba a las estrellas pensando en el joven que la había besado. Su amigo había mencionado el nombre Brad.

Mañana escaparía nuevamente para conocer dónde vivía ese hombre. Además, tendría ya que ponerse en busca del tan valeroso Bradley, el héroe de su hermana y su gran amor. Ella pensaba que por fin tendría alguien con quien charlar ya que compartía su amor por la música.

Cantó como cinco canciones hasta por fin darse al sueño solo para soñar nuevamente con Brad, el hermoso ángel a quien ella no podía olvidar y más si la había besado, eso era inolvidable.

—¡Por fin se ha callado esa idiota, Rita! —se quejó—. Juro que un día de estos perderé los estribos por ella.

—Cálmese, milady, usted pronto no necesitará de eso, se irá con su gran amor.

—Eso es lo que más deseo, y haré lo que sea por tenerlo, lo que sea.

—Es una lástima que sus padres la hayan llevado a Francia y no haya podido quedarse aquí para conquistarlo.

—Todo por culpa de Imogen que les recuerda a mis padres que es idéntica a Anne, esa es su maldición. Odio todas las atenciones para con ella. Por eso voy a convencer a mis padres que quiero lo mejor para ella, y que se deshagan de la fiera que tienen de hija.

—Es perversa, milady —apoyó Rita.

—Sí, lo soy, pero no lo parezco.

## Capítulo 11

A la mañana siguiente, Imogen se vistió y bajó a desayunar.

—Buen día, ¿puedo salir a pasear al jardín?

—No. Estás castigada —informó tajante su madre, mientras veía cómo Imogen se sentaba y ponía mala cara.

Se quedó callada mientras desayunaba, solo el sonido de los cubiertos se escuchaba.

—Pues yo me doy por no castigada y les guste o no, saldré de esta casa —decidió levantándose.

—Desafianos, Imogen —habló su padre.

—Lo estoy haciendo, padre.

—Creo que deberías calmarte, querida hermana —pronunció Cecilia en tono meloso para acrecentar los nervios de la pelirroja.

—Creo que deberías morderte esa lengua con tu propio veneno, hermana —replicó, cargada de cinismo.

—¿Lo ve, padre? Me ataca sin motivo. Se nos está saliendo del camino.

Imogen sabía que contra la culebra de su prima no podría luchar, estaba sola en ese caserón.

—Déjenme tranquila. Mi debut es mañana y no quiero verme tan pálida, ¿puedo salir a tomar un poco el sol entonces? —intentó negociar.

—No —volvió a decir su madre.

Ella chirrió los dientes, nada funcionaba con sus padres, estaban

envenenados por Cecilia.

—¡Saldré de todas las formas! —Levantó su nariz y su falda para dejarlos en el comedor.

—No nos desafíes, niña —advirtió severo su padre.

—No lo hago, ustedes me asfixian.

—Solo te cuidamos —justificó su padre.

—Pues no necesito tantos cuidados, voy al jardín.

—Esperamos encontrarte ahí —cizañó Cecilia, bebiendo su copa de agua.

—Ve a buscarme luego... adiós.

Al salir, después de haber dado dos vueltas por el jardín, no perdió más el tiempo, y se le escapó al cochero que custodiaba el portón.

Caminó por las calles de Londres y ahí vio al hombre rubio que la había besado, del brazo de una mujer embarazada. La indignación se había apoderado de ella y caminó hacia ellos, decidida a desenmascararlo.

Se colocó frente a ellos y lo increpó.

—¡Qué desgraciado, engañando a una embarazada!

—¿Qué? —respondió Emma llena de sorpresa—. Él es mi esposo.

—¿No le fue suficiente con la cachetada que le di ayer por insolente?

—¿¡Qué?! No la había visto nunca, aunque se parece a Anne —musitó mirando a su esposa.

—¿No le da vergüenza engañar a su esposa?

—Espere, espere, espere —paró las manos Brandon—, piensa que soy...

—Piensa que eres tu gemelo —Rio Emma—, siempre creo que tendremos ese problema.

—¿Qué sucede? —cuestionó Imogen, notablemente irritada.

—Me está confundiendo con mi hermano gemelo, déjeme presentarme, soy Brandon Waldow, marqués de Granby y ella es mi esposa, lady Emma, marquesa de Granby. Y a quien usted recuerda con tanto recelo es a mi hermano gemelo Bradley, marqués de Blandford.

El rojo del cabello de Imogen había ido a parar a sus mejillas que estaban

por explotar de la acumulación de sangre, gracias a la vergüenza que pasó.

—¿En verdad?

—Sí, milady, ¿usted es?

—Perdóñenme, por favor, soy lady Imogen Woods.

—¿La hermana de la prometida de Bradley? Es idéntica a ella, pero más...

—Intentaba encontrar las palabras hasta que en ese momento recibió un codazo de Emma.

—Querido, a nadie le gusta ser comparado y menos a una mujer, lo comprendes, ¿no es así?

—Sí, cariño, perfectamente.

—¿Pueden ayudarme a encontrarlo?

—Claro, vive ahí —señaló la casa de donde acababan de salir.

—¿Y se encuentra?

—En este momento se encuentra saboreando los placeres del sueño, milady.

—Oh, lo siento tanto, ¿podría decirle entonces que mañana seré presentada en la mansión de los Pembroke? Quisiera que fuera para hablar con él, por favor.

—Claro que se lo diré, usted no se preocupe.

Ella sonrió y agradeció con una inclinación.

—Debo regresar a mi casa, gracias por la ayuda —se despidió.

Imogen corrió por las calles, más de seis cuadras, casi destrozó sus zapatos, pero no podía ser castigada, debía hablar con el antiguo prometido de Anne.

—¡Por Dios, era él! ¡El gran amor de mi hermana fue quien me besó, ahora qué voy a hacer! —se cuestionó mientras iba llegando a su residencia.

Emma y Brandon se quedaron donde habían encontrado a la joven extraña.

—Esa dama era un poco extraña —opinó Emma.

—Esa niña es idéntica al gran amor de Bradley y ya creo que mi hermano hizo algo con esta joven.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué crees que le dio la cachetada?

—Presumo que él la besó.

—Pensando que era Anne —concluyó pensativo Brandon.

—Es una pena, pobrecillo. Sin embargo, casi tengo a nuestro hijo cuando dijo que me engañabas.

—Créeme que yo sudé frío, cariño, muy frío. —Sonrió nervioso—. ¿Te molestaría si despierto a mi hermano?

—No, querido, te espero en casa de mi madre, son vecinos.

Brandon regresó a la casa. Echó un vistazo a su sorprendida familia.

—Hijo, ¿no te habías ido? ¿Y Emma? —preguntó Darline.

—Volví para ver a Bradley.

—Todavía duerme —contó Lía.

—Mejor, así lo despierto con más gusto.

—Deseo verlo —expuso Lía, siguiendo a Brandon.

Bradley se encontraba en medio de un sueño. La pequeña pelirroja lo estaba quemando.

—Mira, Lía, es lo que querías ver —señaló Brandon a la entrepuerta de su gemelo.

—¡Cristo crucificado! ¡No! —El ama de llaves se tapó el rostro.

—Entonces vete —se burló Brandon que se acercó y tomó un vaso con agua, arrojando el contenido a las partes de su hermano.

Bradley saltó de la cama al sentir el helado contacto del agua, con aquella parte ardiente de su cuerpo.

Su gemelo no paraba de reír, estaba rojo de la risa.

—¡Te asesinaré, Brandon! —amenazó completamente nublado por la rabia.

—Deja de soñar con bellezas pelirrojas ardientes —se burló.

—¿Qué has dicho? —cuestionó confuso.

—Estaba en lo cierto.

—¿Cómo sabes?

—¿De lady Imogen o de tu sueño?

—De lady Imogen —respondió rabioso.

—Pues casi me hunde el matrimonio.

—¡Oh, por favor!

—Nos confundió, y me encaró frente a Emma, sí que tiene garras esa joven.

—Lo siento, no tuve tiempo de presentarme ayer, mejor dicho, ella no me dejó hacerlo.

—La besaste sin más, y lo entiendo, es un calcado de lady Anne, pero más ardiente —insinuó Brandon haciéndole gestos, con respecto al busto y al cabello.

—¡Ya basta! —intentó calmarse, antes de golpear a su gemelo—. ¿Qué te dijo?

—Que quiere verte mañana para hablar contigo. Será su debut en la mansión de los Pembroke. ¿Irás verdad?

—Sí, lo haré. Anne me pidió que cuidara de su hermana.

—Pídele un consejo a nuestro padre, es un experto cuidando hermanas ajenas —se burló Brandon a carcajadas.

—No lo digas frente a ellos. Él es un verdadero lobo —siguió en la cantata de carcajadas a su gemelo.

—Espero que tú te comportes —aconsejó su hermano, mermando la risa.

—Lo haré por Anne.

—Lady Imogen es hermosa, no te fíes de ti mismo, esa ovejita está muy buena para ti, que eres un lobo.

—¡Basta de teorías, iré a desayunar! Ahora, vete y no aprecies mi cuerpo al salir, por favor.

—Dile eso a Lía, que la pobre presencié tu —señaló al empapado lugar del cuerpo de Bradley.

—¡Dime que eso no es cierto! ¡Qué vergüenza!

\*\*\*

Al pasar los portones de su casa y tratando de recuperar la compostura,

intentó entrar a la casa, sin embargo, Cecilia estaba parada en la puerta.

—¿Crees que madre y padre no sabrán que saliste? —amenazó al verla.

—Si tú lo cuentas claro que lo sabrán.

—Querida Imogen, no tienes a la suerte, en algún momento puede dejar de sonreírte.

—Eso es lo que tú deseas, pero no se te van a dar las cosas.

—Deseo lo mejor para ti, Imogen, no me trates tan injustamente.

—Hazte la víctima que te sale muy bien, yo no me haré la víctima pese a que sí lo soy. Lucharé siempre.

—Soy tu amiga, quiero ayudarte.

—No lo necesito, gracias. Voy a encerrarme en mi cuarto, estoy castigada hasta que venga un doctor a verme —imitó la voz de su madre, dándole la espalda a Cecilia que quedaba sonriendo, viendo cómo Imogen se hundía sola con aquellas salidas.

Lady Vitoria había mandado a llamar al doctor Brian Lowel.

—Gracias por venir, doctor.

—Espero que no esté muy enferma su hija, porque estoy bastante cansado —confesó Brian cansino.

—Sé que acaba de volver de América, pero véala, tengo miedo que se enferme.

—¿Entonces ella no está enferma?

—Pues eso deseo saber.

—Está bien. ¿Dónde está?

—Venga, está en su cuarto.

Brian quería ahorcar a esa mujer si la joven resultaba no estar enferma. Prácticamente lo habían hecho traer desde el mismo barco que lo trajo de América.

—Pase, por favor, doctor. Imogen, el doctor ha venido a verte —anunció su madre entrando a la habitación.

Ella estaba mirando por la ventana y cuando se giró, Brian quedó



prácticamente con la mandíbula dislocada. Era la mujer más bella que había visto, con gusto la revisaría para saber si moriría.

—Buenas tardes, doctor. Creo que lo llamaron sin sentido. —Sonrió Imogen, observando al apuesto doctor, que aun no decía nada—. Creo que el doctor necesita otro doctor, ¿está bien?

—Estoy perfectamente, milady. Vine porque su madre me lo pidió. Lady Vitoria, ¿podría dejarnos unos minutos a solas para revisarla?

—Claro, pero la puerta queda abierta —contó y salió de la habitación.

—No entiendo por qué lo han llamado. No es que no aprecie que venga, pero no hacía falta. Son mis padres quienes necesitan atención.

—Lady Anne murió.

—¿Cómo lo sabe?

—Atendí a lady Anne el tiempo que estuvo enferma, fue algo demasiado rápido, en una semana ella había sucumbido.

—¿Pero no se sabe de qué murió?

—No. Fui a América a especializarme en otras enfermedades, pero no he visto aun nada como lo que acabó con lady Anne, es muy extraño.

—Perdóneme, doctor. ¿Cuál es su nombre?

—Brian Lowel.

—Soy lady Imogen.

—Es usted aun más hermosa que su hermana. Bradley seguro que no la ha visto.

—Sí me ha visto, ayer y me llamó Anne.

—No le haga caso. Su muerte lo afectó de sobremanera, estuvo entregado demasiado tiempo al dolor de la muerte de Anne.

—Espero no tener lo mismo que ella.

—Yo también lo espero.

## Capítulo 12

—Entonces revíseme —pidió Imogen.

Brian no sabía qué tan profesional podía ser con esa jovencita. Su exuberante belleza lo distraía, sus ojos, sus labios, su cabello como el fuego eran invitantes.

—Sí, claro, siéntese, lady Imogen.

—Dígame Imogen, quizás usted pase mucho tiempo por esta mansión.

—Para mí será un placer atenderla.

Brian sacó el estetoscopio de su maletín e iba a ponérselo en el pecho para escuchar su corazón.

—El corsé aprieta bastante, es mejor que me lo saque, ¿no cree? —sugirió con inocencia.

Brian tragó saliva, estaba entre el deber y el no deber.

—Solo aflójeselo un poco, Imogen, de esa manera escucharé sus latidos sin presiones.

—¿Puede hacerlo usted, por favor? No alcanzo las cintas.

—Está bien —procedió a aflójeselo, abriendo parte del vestido de la parte de arriba. Era realmente bella, la blancura de su piel significaba pura tentación.

No pudo resistirlo y sin intención acarició parte de su ropa, eso estaba siendo muy doloroso.

—Imogen, voltee, por favor.

Ella se volteó y lo miró a sus ojos verdes y le sonrió.

—Le pondré el estetoscopio en el... pecho —carraspeó mirando hacia ahí—, y debo...

—Sí, lo sé, meter la mano. Créame, doctor, que no le dé vergüenza. Aunque usted es el doctor más joven que me ha atendido en estos seis años, no tengo miedo.

—Está bien.

El colocó el estetoscopio sobre el corazón de ella, que latía tranquilamente, mientras el del él se pararía en cualquier momento.

—Debo escuchar sus pulmones, Imogen. Tendré que...

—Levantar la camisola. No se preocupe, como le dije antes, no es el primer doctor que me atiende, esto es una rutina para mí, pronto incluso creo que podría medicarme sola. —Sonrió despreocupada y relajada.

En verdad parecía que ya esas cosas no afectaban su pudor.

Brian levantó la camisola y se dispuso a escuchar sus pulmones.

—¡Está frío! —avisó.

Ella se movió y las manos de Brian tocaron su espalda tan suave, tan tersa, tan blanca. A ella se le erizó la piel. Las manos suaves del doctor la aceleraron.

Él volvió a concentrarse en tratar de escuchar sus pulmones, pero lo que escuchaba era un corazón a punto de explotar, no le era completamente indiferente.

—Ahora, Imogen, abra la boca, por favor...

Obedeció todas y cada una de las instrucciones médicas sin problema alguno. Sabía que estaba bien, por eso no le preocupaba nada.

—He terminado, usted está perfectamente.

—Gracias, doctor Lowel. Dígaselo a mi madre y que me deje en paz, por favor.

—Lo haré, aunque no me molestaría venir a curarla.

—Mañana es mi debut en la mansión Pembroke. Si lo invito, ¿asistiría?

—Ahí estaré. Si es mucho pedir, guárdeme una pieza.

—Lo haré. Muchas gracias por venir.

—Hasta mañana, Imogen.

Ella hizo una educada reverencia para despedirlo.

Brian, mientras tanto, debía comunicar a la hipocondriaca madre de Imogen que no tenía nada. Aquella joven podría enfermar, pero sería por culpa de sus padres por tenerla de aquella manera.

—Lady Vitoria —llamó Brian a la condesa.

—Dígame, ¿cómo la encuentra?

—Está perfectamente, no tiene nada.

—¡Oh, gracias a Dios! —Se alivió tomándose del pecho.

—Milady, como médico le sugiero que no presionen mucho a lady Imogen. Me ha contado que tuvo demasiados doctores estando sana.

—No le haga caso, doctor, usted será el único que la atenderá desde ahora en más.

—Gracias por la confianza. Hasta luego, milady, que tenga una buena tarde.

Brian se sentía cansado, pero como ya estaba cerca de la casa de sus primos, pasó a ver quiénes estaban. Angeline se casó, Brandon también, solo quedaba Bradley.

—¡Oh, mi niño! ¿Cuándo regresaste?

—Tía Darline, tío Alen, he vuelto hoy. Sin embargo, ni bien pisé Londres ya tuve a quien atender.

—Pobre de ti, cariño. Bradley está en el estudio revisando algunas cuentas, si gustas pasar a verlo, estará contento de verte —sugirió Darline.

—Iré a saludarlo.

Bradley estaba muy concentrado en las cuentas. En poco tiempo debía hacer un viaje corto a Irlanda, odiaba ir, pero como eran sus tierras tenía que asumirlas con gusto o sin él, obligaciones eran obligaciones.

El sonido de unos golpes en la puerta lo distrajeron.

—¡Adelante! —invitó Bradley.

—Buenas tardes, Bradley —saludó Brian sonriendo.

—¡Brian! ¿Hace cuánto que volviste? —Lo abrazó cariñoso.

—Llegué hoy, aun huelo a América.

—Debes estar agotado y nosotros debemos ser muy importantes para que pasaras a saludar estando recién llegado.

—Más bien muerto, pero no pude resistir venir a verte unos minutos.

—¿Soy tan importante soy para ti? —se burló.

—Tú no. Mi ser cotillo me ha traído hasta aquí. Te quería contar que hoy tuve una paciente hermosa.

—No es muy profesional de tu parte contarme eso. ¿No es acaso secreto profesional?

—Casi perdí mi profesionalismo. No sabes lo que era tocar su piel, Brad.

—Sí, algo debe tener la joven para que tú olvides los objetivos de tu profesión. —Rio.

—Lady Imogen es toda de fuego, me parece... —insinuó guasón.

—¿Qué?! —exclamó perturbado.

—Ella era mi paciente. Su madre está completamente enloquecida con la idea de que Imogen enferme. Me contó que estos seis años desde que murió Anne han sido infernales para ella. Vive prácticamente encerrada porque sus padres temen que enferme.

—No puedo creerlo, ¿te comportaste como un rufián con ella?

—Creo que no me escuchaste...

—¿Te gustó? —dijo renegado.

—No lo niego. Es bellísima y seré su único médico.

—¡Por favor! —espetó alejándose de él.

—¿Por qué te pones mal? ¿No me digas que te interesa?

—No es eso. Solo que Anne me pidió que la cuidara y no sé cómo, aunque ya me has dado una pauta.

—¿Alejar primos acalorados de ex cuñadas? Supéralo hombre, es ridículo. Somos adultos y si ella me llega a dar una oportunidad la aprovecharé, pese a

no tener título tengo dinero y una profesión, vivo mejor que muchos aristócratas.

Su rostro estaba enrojeciendo de la rabia. Su primo estaba totalmente engatusado por la pelirroja. No debería molestarlo, sin embargo, estaba haciendo mella en él.

—Me invitó a su baile de presentación.

—A mí también —respondió Bradley con sequedad.

—Excelente, Brad. Nos veremos ahí, no te molestes si nos ves bailando, me prometió una pieza. Ahora me voy, estoy demasiado cansado.

—Nos vemos mañana —lo despidió mirando fijamente su nuca—. ¡Diablos!  
—golpeó fastidiado el escritorio con los puños.

\*\*\*

El día de su debut había llegado y en su casa la estaban preparando.

—Niña, ese vestido verde resaltará tu piel. Debes verte bien para que tengas muchos candidatos —decía su madre tomando un vestido, luego otro y otro hasta hartarla.

—Madre, no creo que me case. En verdad, no estoy segura de querer casarme, quiero cantar y tocar el piano.

—¡Ay, Imogen! Eso no te mantendrá en el futuro, debes pensar siempre en el mañana. Las mujeres no tenemos ocupación, salvo nuestra casa, esposos e hijos, no más que eso. La vida de una mujer no es fácil si queda desamparada.

—¿Dijo pensar en el mañana? Debería aplicar sus propias teorías, madre.

—¡Criatura insolente! ¿Cuándo vas a respetarme? Te hace falta un esposo que te eduque.

—Tendría que tener diez para que me eduquen como ustedes desean —replicó ensañada con su madre por no dejarla ser libre.

—Arréglate y baja antes de que pierda la paciencia —masculló la condesa mirándola con desaprobación mientras salía de su habitación.

Pese a la actitud de su madre, Imogen quería tanto disfrutar de su debut. No le interesaba buscar un hombre para esposo, pero no le molestaría estar en compañía del doctor.

Terminó de arreglarse. Se veía hermosa y provocativa gracias a su llamativa cabellera, sus ojos claros, sus labios rojos y su piel blanca.

—Ya estoy lista —anunció con una sonrisa a quienes la esperaban en el salón.

—Bien, vamos entonces —declaró Cecilia que ya tenía su propósito de casarla con el lord Horace Elton, conde de Coventry.

—Estás muy hermosa, hija —la aduló su padre con absoluta sinceridad.

—Gracias, padre...

Todos subieron al carruaje rumbo a la mansión Pembroke. Imogen miraba los alumbrados que se reflejaban en los vidrios de la ventana del carruaje, tenía sus pensamientos imprecisos, no sabía qué esperar, ni cómo sería recibida. A Anne la habrían acogido sin ningún problema, sin embargo, ella era diferente. ¿Y si la confundían con Anne?

Después de unos minutos el carruaje se asentó, y eso la despertó de su ensueño, habían llegado hasta su destino.

Llegaron, entraron y fueron anunciados.

Varios caballeros ya miraban a lady Imogen. Nadie se imaginaba que pudiera existir alguien tan llamativa y hermosa como ella.

La madre de Imogen tenía una enorme sonrisa. Su hija había sido un éxito con tan solo pasar esa puerta.

Uno de los caballeros que primeramente se le había acercado fue el doctor Lowel.

—Milady, ¿me permite completar el carnet? —preguntó educado.

—Claro, doctor Lowel —aceptó sonriendo.

—La veré después, tengo que vigilar a mi hermana.

—Oh, vaya doctor.

Imogen, aburrida de conceder bailes, recorría el salón hasta que vio a

Cecilia platicando con un caballero, cosa que llamó la atención de ella y se acercó. Ese no era el comportamiento digno que profesaba su prima frente a sus padres.

—Milord, usted vio a mi querida Imogen, ¿no es así? ¿Qué piensa? — consultó Cecilia, moviendo la copa que se encontraba en su mano.

—Me parece un poco altanera —respondió el hombre de expresión pétrea.

—Y así es, milord, necesita que alguien le enseñe modales, está buscando un esposo.

—Ya me imagino de qué clase, un miserable que le dé todos los gustos.

—Exacto. Sin embargo, si usted desea, yo se la puedo conseguir para usted, la podría educar a su antojo —insinuó acariciándose uno de los bucles de su rubio cabello.

—Suenan interesante, consígamelas...

—Será muy fácil. Convencí a mi padre de que ella necesita dejar la rebeldía y que un esposo de mano férrea era la solución para que su hija no extraviara el camino.

—Iré entonces para conocer a la referida dama. ¿Dónde está?

Imogen quedó paralizada y con las manos en la boca. Cecilia quería deshacerse de ella a como diera lugar y ella no estaba dispuesta a dejarse estar. Corrió hacia el jardín hasta cansarse para luego sentarse a tomar aire y pensar en cómo salir de aquel aprieto en que la metió su venenosa prima.



## Capítulo 13

—Milord, ahí va corriendo al jardín, con eso ya podrá notar lo salvaje que es —musitó Cecilia—, es su oportunidad de conocerla.

El hombre asintió. Salió presuroso tras la belleza pelirroja que podía ser suya. Tanta belleza en una sola dama, no era algo que se viera todos los días. La vio sentada en uno de los bancos y se acercó.

—Es usted muy bella, milady.

—¿Quién es usted? —cuestionó levantándose rápidamente del banco en el que estaba descansando.

—Lord Horace Elton, conde de Coventry, a su servicio. ¿Y usted?

—No es de su incumbencia —respondió sabiendo que ese hombre era cómplice de las maldades de su prima.

—Mala respuesta, milady. He venido a solicitarle un baile.

—Pues su solicitud ha sido rechazada, ¿podría dejarme sola? —sentenció con rebeldía y altanería.

El hombre se acercó y la sujetó por los brazos.

—Encuentro los desafíos como usted fascinantes, lady Imogen —sugirió amenazante acercándose más al rostro de Imogen.

—¡Suélteme, déjeme ir, incordio...! —rumió intentando soltarse, pero el hombre era más fuerte.

—Qué vocabulario tan poco fino para una dama, es usted muy feroz, necesita domesticarse.

—Si necesita domesticar algo, busque un gato —escupió con desprecio—, yo no necesito nada de eso, soy libre.

—¿Libre? La libertad está sobrevalorada, milady. Verá que estar conmigo no es tan malo.

—Pues veré... que estar conmigo será lo peor que le pudo suceder en la vida. Le ordeno que me suelte.

Bradley entró al salón, pero no vio a la dichosa pelirroja, lo recorrió de cabo a rabo sin dar con ella. Por líneas generales, si no estaba en el salón, estaría en el jardín tomando aire, no quería pensar en las otras opciones.

Fue al jardín, miró a los costados y vio a la pelirroja siendo atacada por un hombre.

La cólera lo recorrió completamente al ser partícipe de un acto tan ruin.

—Eso sí que no, un Waldow jamás dejaría pasar tal comportamiento.

Bradley corrió hasta ellos para rescatarla. Sin embargo, ella ya había resuelto la situación.

—¡Suélteme o no respondo! —advirtió por última vez.

—¿Qué vas a hacer, gatita? —desafió el conde con una sonrisa pícaro en el rostro.

Ella le sonrió y luego cambió la expresión de su rostro dándole una patada en la entrepierna.

—Esto —se burló.

El conde cayó al suelo dando un alarido de dolor, que casi hizo que Bradley sintiera compasión por él.

—¡Esto lo va a pagar! —gruñó adolorido desde el suelo.

Imogen, después de que cometió aquella diablura, que si llegaba a oídos de su padre, sería recluida por siempre en su habitación sin agua y sin comida por al menos una semana.

En su corrida mirando atrás, colisionó directamente con Bradley, quien la tomó entre sus brazos para que no cayera.

—Lo siento, milord —se disculpó sin mirarlo. Presumía que era un hombre,

pues había escuchado el pequeño gemido después de atropellarlo.

—Lady Imogen, ¿se encuentra bien?

—¡Lord Bradley Waldow! —Se alivió al verlo, y volvió a abrazarse a su torso.

—¿Le hizo algo?

—No, gracias a Dios, lléveme lejos, por favor —pidió aun reconfortada en sus brazos.

Bradley tuvo que despegarla. Lady Imogen constaba de una gran e incómoda efusividad al verlo.

Después de que entraran juntos al salón, se encontraron con Brian, que observaba a su hermana Lucy con cada caballero.

—¡Doctor Lowel! —sonrió ella con toda confianza.

—Está pálida, lady Imogen.

—Siempre estoy pálida, parezco un fantasma —chisteó a sus propias costillas.

—Sí, pero ahora, ¿acaso tú, señoría? —lo acusó rápidamente Brian.

—Primo, cómo crees... —refutó al instante.

—¿Primo? ¿Son primos?

—Primos hermanos —contestó Brian sonriéndole.

—Iré a buscar un lugar donde pueda mantener la calma y luego volver —informó casi yéndose—. Lady Imogen, yo vine porque usted lo pidió... —le recordó Bradley, que necesitaba hablar con ella.

—Está bien, venga conmigo. Doctor, no se preocupe, cumpliré con nuestro baile.

—Estaré al pendiente. Hasta luego —se despidió Brian.

Disimuladamente, caminaron por el salón hasta meterse en los pasillos. Buscaron varias habitaciones todas cerradas con llave, salvo el cuarto de música.

Imogen entró primero, mientras Bradley le echaba una última mirada al pasillo para cerciorarse de que no hayan sido vistos.

Un enorme piano estaba colocado con vista al jardín, e Imogen ya estaba sentada, levantando la tapa.

—¿Le molesta si toco y canto para calmarme?

—A mí, para nada. El piano es magnánimo.

Con el barullo y la música de orquesta del salón, estaba seguro que no lo escucharían, o al menos eso esperaba él.

Los dedos de Imogen se posaron en aquellas teclas que lentamente hacían que él recordara la melodía preferida de Anne. Sin embargo, tenía algo diferente, iba pero con letra.

La voz de Imogen solo podía ser comparada con los ángeles cantando alabanzas al señor. Bradley podía reconocer completamente su talento con el piano, pero aun más con su voz, se encontraba hipnotizado por aquella dama.

Varios minutos pasaron y la música cesó. Bradley se puso de pie para aplaudirla.

Avergonzada, se levantó e hizo una gentil reverencia de agradecimiento por escucharla.

—Creo que nos conocimos en las circunstancias equivocadas, perdóneme la cachetada, señoría. En la carta que Anne me había dejado, usted era lord Bradley Waldow, sin embargo, su hermano se ha encargado de sacarme de mi error.

—No se preocupe, está olvidado. Ese cambio se dio hace pocos años atrás.

Ella le sonrió y caminó nerviosa por el salón ante la estudiosa mirada de Bradley.

—¿Usted necesita decirme algo? —consultó para que dejara de dar vueltas y marearlo.

Soltó el aire contenido y habló.

—Solo quería conocerlo. Mi hermana me habló de usted y de su encanto por la música. No tengo nadie que comparta este arte en mi casa, la única era Anne. Me siento muy sola, así que decidí buscarlo. Usted era de toda su confianza.

Bradley estaba sin palabras, esa jovencita era demasiado sincera, jamás había tratado con alguien así.

—¿Usted quiere tener una amistad conmigo? —propuso Imogen acercándose a él—. Por favor, no puedo salir siquiera de mi casa. He conseguido que su primo por lo menos me vea diferente a una simple paciente, él sería alguien con quien pudiera hablar, y usted también, además de ser con quien podría compartir esta pasión por la música.

—Lady Imogen...

—Imogen, por favor —pidió que entraran en confianza.

—Imogen, no estoy seguro. ¿Sabe usted lo difícil que es para mí verla y escucharla?

—Lo sé, pero mi hermana me dijo que usted me ayudaría en lo que necesitara y necesito alguien que comparta la música conmigo. Tengo tantos sueños, sea mi amigo, solo eso le pido.

—¿Y lady Cecilia no puede?

—Esa serpiente, no la tolero, es tan mala. Escuché que quiere deshacerse de mí.

—¿Pero por qué?

—Anne me dijo en su carta que Cecilia estaba enamorada de usted.

—Pierde su tiempo, sería la última mujer en el mundo con quien me casaría.

—Hace lo correcto —lo apoyó riendo.

—Es usted muy sincera.

—Si yo no lo soy, ¿quién lo sería? Seguro se asusta porque soy una indiscreta y diferente a Anne, ella era tímida y muy centrada —la recordó con cariño.

—Lo sé...

—Todos me comparan con ella y estoy cansada, nadie ve lo que soy...

—Imogen, cada ser es único, véame a mí y a mi gemelo, somos iguales físicamente, pero diferentes pese a que siempre nos confunden.

—¡Ni lo diga! Pasé gran vergüenza con él y su esposa.

—Me lo contó. No se preocupe, sucede con... frecuencia.

Ambos sonreían, haciendo que el silencio se hiciera presente entre ellos.

—Entonces... ¿Acepta ser mi amigo?

—Es una forma de cumplir con Anne, también me dejó una carta, la leí hace poco.

—¿Por qué no la leyó hace tiempo?

—Por miedo. Miedo a saber lo que me escribía y lo que sentía. Me destrozó su muerte, pero he decidido seguir.

—Le propongo que sigamos juntos, tenemos mucho en común, incluso una enemiga.

Una carcajada musical se le escapó a Bradley, haciendo eco por aquel salón de música.

—Es usted vengativa.

—Mucho. Ese lord horrendo es parte de lo que tiene planeado para deshacerse de mí.

—Pues hagamos algo que la moleste.

—Pensé que la vengativa era yo solamente. ¿Qué sugiere?

—Bailemos.

—Maravilloso. No puedo esperar a ver cómo se ahoga con su veneno, vayamos ahora —pronunció tomando a Bradley de ambas manos.

—Creo que podremos ser buenos amigos —la apoyó.

Los dos salieron al pasillo mirando a ambos lados. Sigilosamente llegaron al salón y se metieron entre los danzantes.

Sonrieron con picardía ante aquella maldad y dejaron de lado los convencionalismos sociales, cosa muy mal vista por los presentes.

Todos los miraban, los padres de Imogen con desacuerdo y Cecilia con rabia.

Imogen estaba complacida por la expresión de Cecilia.

—Estoy disfrutando de este baile. —Le sonrió a Bradley, cómplice—. Baila muy bien, señorita.

—Usted no se queda atrás, acérquese más.

—Eso ya no es decoroso —mencionó un poco dudosa sobre lo buena que podría ser esa idea.

—Sea atrevida, Imogen.

Ella obedeció, y ambos prácticamente estaban pegados y mirándose directamente a los ojos, tenían aquella conexión secreta entre los danzantes íntimos.

Era un baile escandaloso, serían la comidilla al día siguiente en las revistas de chismes.

—¡Haz algo querido, nuestra hija, está... Dios mío! —Se avergonzó la condesa tomándose el rostro para esconderse de aquella sociedad que estaba escandalizada.

—¡Esto fue el colmo! —masculló el conde, que fue hasta ellos y estiró a Imogen—. Traspasaste mis límites, jovencita. Nos vamos.

—¡Pero aun debo bailar con el doctor! —se quejó mientras su padre la estiraba.

—¡Vámonos! Y usted señoría, nos debe un compromiso y ya tengo con quien colocarlo.

—Lo cumpliré, no lo dude. En unos días estaré por su casa. Hasta pronto, milady.

—Adiós, señoría —alcanzó a decir, arrastrada por su padre hasta la salida.

—¡Eres una vergüenza para la familia, Imogen! —acusó enfurecida Cecilia cuando subían al carruaje.

—Esta fue la gota que derramó el vaso, ya no volverás a hacer de las tuyas. Te casaremos con el primero que aparezca —rugió su padre muy molesto.

—¡Hágalo y me conocerá, padre!

—No me desafíes, ya suficiente castigo tendrás. No querrás sumar uno más.

—Pues haga lo que quiera, lo soportaré —gruñó bajando del carruaje frustrada.

La actitud amenazante de sus padres no era más que la consecuencia del

veneno que Cecilia vertía en ellos día a día para que se deshicieran de ella. Su rebeldía no era la razón, ella solo quería poder salir al jardín como cualquier dama, caminar por las calles como cualquiera lo haría, pasear por el parque, pero no podía, vivía entre el veneno de Cecilia y el fantasma de la muerte de Anne.

Siguió llorando en su cama hasta que escuchó la cerradura de la puerta, la habían encerrado.

Se levantó de la cama corriendo e intentó abrir la puerta.

—No saldrás en una semana, Imogen —anunció su padre.

—¡Déjeme salir, padre!

—Te lo mereces por desobediente, agradece a la providencia que no te mando a azotar.

—¡Está cometiendo una injusticia, padre, será tarde cuando se dé cuenta!

—¡Cuando decidas cambiar tu comportamiento saldrás de aquí!

—¡Pues ni siquiera me traiga alimentos porque moriré aquí! —respondió acrecentando el enojo de su padre.

—¡Basta!

—Querido, estás siendo muy severo.

—No, Vitoria. Ella ha superado todos los límites de la tolerancia. Me he cansado, se ha comportado como una ramera frente a todo Londres.

—Padre, es mejor que la casemos pronto. Se ha vuelto un problema. Hay cierto lord interesado en ella.

—¿Quién?

—Lord Horace, conde de Coventry.

—Pero ese hombre le dobla la edad a Imogen —discutió la condesa.

—Se ve que tendrá mano dura con ella, madre, no se dejará arrastrar por los impulsos de ella.



## Capítulo 14

Imogen seguía gritando después de que su padre y su madre se habían retirado de la puerta de su habitación.

—Escuche los gritos, milady —sonrió pícara Rita.

—Ella se lo buscó. Todo lo que le sucede es por su propia culpa. No puedo creer que exista alguien que se cuelgue a sí misma, como ella —se carcajeó—. Necesito que me que hagas un favor.

—Usted dirá...

—Abre la puerta de su habitación después de dos días, y déjala así.

—¿Para qué?

—Para que siga cometiendo más errores y me deshaga de ella lo más rápido posible. Su señoría la vio y no quiero que se interese en ella. No dejaré que eso vuelva a ocurrir.

—Claro, milady, como usted ordene —aceptó sonriéndole su doncella, cómplice de todas sus maldades.

Habían pasado dos días y Bradley fue hasta la mansión de los Woods.

—Buen día, quisiera ver al conde —pidió al mayordomo que estaba sorprendido de verlo después de tantos años, entregándole su tarjeta.

—Señoría, el conde está en su estudio, lo acompaño.

El hombre guio a Bradley por aquel conocido recinto que fue su hogar por aquella semana en que Anne murió.

—Permiso, milord. El marqués de Blandford está aquí —anunció después de

ingresar al recinto.

—Que pase.

La alta figura de Bradley pasaba la puerta.

—Milord... —saludó inclinando la cabeza.

—Siéntese... —dijo el conde correspondiendo al saludo y pidiendo que se sentara, señalándole un asiento.

—Según usted mencionó, tenemos una deuda pendiente, pese a que eso no creo que sea cierto.

—Usted iba a casarse con Anne, pero ella murió. Le pido que cumpla ese compromiso.

—Me comprometo a pagar su deuda con el nuevo barón de Ros, no más de eso.

—¿Por qué no se casa con Cecilia?

—No estoy interesado en ella. Ni en ninguna mujer.

—Usted es un hombre de palabra y debe...

—Mi palabra era para Anne, no para usted. Ni usted ni nadie pueden obligarme a nada.

—Debe cumplir...

—Cerraré la deuda con Dorian, pero lo hago por el futuro de lady Imogen, porque Anne me pidió que la cuidara —aclaró—, pese a no ser una obligación mía, ¿dónde está ella?

—Está castigada en su habitación.

—¿Está encerrada?

—Su comportamiento fue indecoroso y escandaloso. No volverá a salir de esta casa hasta que un hombre pida su mano.

—¿Piensa casarla?

—Claro, necesita alguien que le dé una lección y tenemos un lord que se interesó en ella.

—¿Quién es?

—Lord Horace Elton.

—¿Piensa darle su hija a un golpeador? ¿Acaso ha perdido la razón? — cuestionó completamente cegado por la ira. ¿Cómo un padre puede hacerle tal cosa a su hija?

—Sé que es un hombre estricto, pero no creo que sea un golpeador.

—Quiero hablar con ella, ahora.

—¿Acaso no lo entendió? Está castigada, no puede hablar con nadie.

—¿Por qué le hacen esto?

—Porque ella ha perdido la razón, vive a sus anchas.

—Si usted no me deja verla por las buenas, lo haré por las malas — sentenció separando la silla del escritorio.

Imogen tenía los dos pies colgando de la cama. Se había cansado de contar los tejuelones del techo en aquellos días.

Siempre probaba la cerradura después que le dejaran cada comida, hasta el momento nadie había olvidado cerrar.

Después de su desayuno, no había probado suerte, por lo que recordó eso y tocó el picaporte, viendo que este cedió. ¡Olvidaron cerrar con llave!

Una sonrisa se colocó en su rostro, nadie notaría una pequeña escapada al jardín.

Escuchaba el crujido de su puerta mientras la cerraba con sigilo.

Bradley no había llegado a ningún acuerdo con el conde, por lo que decidió subir a buscar la habitación de Imogen.

Mientras subía, pudo ver que ella bajaba a hurtadillas mirando hacia atrás, sin aun fijarse que él estaba en frente.

—¿Imogen, qué hace?

Del susto se giró a ver quién era. Al verlo, una sonrisa emocionada se formó en su rostro.

—¡Bradley! —Se arrojó a sus brazos—. Estoy saliendo. Necesito por lo menos ver el jardín.

—Su padre me dijo que estaba castigada. En parte es culpa mía.

—No se preocupe, fastidiamos a Cecilia, que era lo importante. —Sonrió

hasta que vio a su padre, y tuvo que separarse de él—. ¡Mi padre! Ven rápido a mi habitación. —Lo tomó sin previo aviso y lo estiró hasta su habitación.

Ambos entraron y se sentaron en la cama.

—Bradley... Ayúdeme por favor...

—¿Ayudarle a qué?

—A escaparme, es evidente. Mi padre piensa casarme con el candidato que Cecilia propuso.

—Desearía evitarlo, pero no es mi problema, Imogen.

—¿Entonces no cuidarás de mí como pidió Anne? —preguntó con tristeza, acercándose a él con los ojos llenos de lágrimas.

Al ver aquellos ojos tan limpios llorar para que la salvara, su conciencia se remordía por hacerlo.

Bradley le limpió las mejillas con los dedos.

—Mi niña, no llores, no puedo dejarte a tu suerte —pronunció acariciando su rostro, impulsado por quién sabía qué tipo de sentimientos lo embargaban en ese momento, desconocía lo que estaba aconteciendo en ese instante.

Hizo la conexión con sus ojos azules y luego observó sus labios.

Sintió el impulso de besarla y así lo hizo.

Esos labios tan dulces, tan rojos eran, en ese momento, suyos. Imogen sentía toda la suavidad y el calor de sus labios, los estaba disfrutando tanto que pudo entender por qué Anne lo había amado.

Fueron con lentitud profundizando aquel beso hasta dejarse llevar y recostarse en la cama. Bradley se colocó sobre ella y la besó con más pasión, y ella le correspondía mientras recorría su espalda con las manos.

Él se separó de la intimidad de sus labios y la miró a profundidad.

—¿Qué es esto que me hace sentir, Imogen?

—No lo sé, pero me gusta... —murmuró apenas, cuando cogía aire para no morir.

De nuevo Bradley se apoderó de sus labios y la aplastó con su cuerpo. Su pasión estaba descontrolada por culpa de aquella pelirroja. No era correcto

aprovecharse de que fuera la hermana de Anne, a la que debía cuidar. No podía hacerlo de esa forma.

Él se separó bruscamente y se alejó de ella.

—No, no... Esto... no está bien. Yo estaba bien hasta que apareciste tú, siendo igual que Anne —la señaló.

Imogen lo miró desde la cama con los ojos enojados, odiaba las comparaciones con su hermana.

—¡Váyase, váyase de aquí, usted y todos en esta casa van a volverme loca, no soy Anne! —gritó entre lágrimas— ¡Soy... ya no sé quién soy...! Váyase...

—Imogen, por favor...

—¡Vete! —gruñó olvidando sus modales—. Si no puedes ayudarme, al menos deja de recordarme que me parezco a Anne, es mejor que te vayas.

Bradley aun estaba atontado por el cúmulo emocional de tener a Imogen cerca. Era mucha presión, más de lo que estaba dispuesto a tolerar. Fue rumbo a la puerta, se volteó y dijo:

—Perdóname por no poder ayudarte —se excusó retirándose, dejando a Imogen hecha un mar de lágrimas.

Imogen estaba desilusionada. El ángel que su hermana le había pintado no era más que un cobarde que no podía enfrentar su pasado y dejarlo atrás. Estaba nuevamente sola y a merced de su prima.

Bradley, después de dejar la habitación de Imogen, se encontró con Cecilia en el pasillo.

—¿Ha venido a cumplir?

—Déjeme en paz, lady Cecilia.

—Imogen no es Anne, es solo una copia mal hecha de ella.

—No hable así de ella, es una persona diferente a Anne.

—No creo que note la diferencia, por eso no ha podido resistir la tentación de venir a verla. ¿Cuándo comprenderá que yo soy su mejor opción? Estoy enamorada de usted desde siempre.

—Usted no significa nada para mí, y entiéndalo. Sus maquinaciones no

saldrán.

—Imogen se echó la soga al cuello sola. ¿Quién le dijo que fuera rebelde? Si se hubiera mantenido sumisa como Anne, esto no le estaría pasando. —Rio desdeñosa.

—Me voy, no puedo seguir escuchándola. No sé cómo Anne pudo ser su amiga —espetó y salió de la casa. Estaba decidido a cortar con cualquier tipo de relación que lo atara a esa familia.

Bradley salió de la casa y se fue a la mansión de Dorian para comprar la deuda del conde.

Llegó con el rostro lúgubre a la mansión.

—Bradley Waldow, no pensé volver a verte —dijo sorprendido Dorian—, y menos en mi casa, han pasado tantos años.

—Bastantes, pero quiero pedirte algo.

—¿Tú a mí? ¿Qué puedo tener que te interese?

—La deuda del conde de Torrington.

—Oh... sí... esa deuda. ¿Qué tiene?

—Quiero comprártela...

—Te la doy con gusto, a mí no me interesa, no me sirve de nada —mencionó Dorian, mientras buscaba en el cajón de su escritorio.

—¿Tú no estabas presionando al conde para que te pagará?

—¿Qué? No... Bueno... lady Cecilia me había pedido en unas ocasiones que intimidase a su padre.

Bradley cerró los ojos, Cecilia estaba llena de increíbles artimañas para conseguirlo como pretendiente.

—Esa mujer... —dejó aquello en el aire—, hagamos negocios entonces.

—Será un placer...

Bradley se hizo dueño de las deudas del conde. En ese momento, era él quien los tenía en la mano, ya pensaría qué hacer con esos papeles.

Había pasado un día de la visita de Bradley a la casa, e Imogen, por más que la puerta permanecía abierta, no salía. Estaba deprimida y llena de

sentimientos extraños hacia el antiguo prometido de su hermana.

—Lord Horace Elton, qué gusto verlo —saludó el conde.

—Seguro recibió la misiva que le envíe, sabe a qué he venido.

—Claro, por Imogen.

—Es evidente que esa niña necesita un poco de educación complementaria, que yo puedo darle.

—Haga su propuesta, lo escucho.

—Quiero casarme con su hija en una semana, pero no aquí en Londres por su escandalosa presentación.

—Comprendo.

—La llevaré a Sussex.

—Es muy lejos. Ella debe ser vista regularmente por un médico, tenemos miedo que nuestra hija enferme como Anne, que falleció a la misma edad.

—No se preocupe, yo me encargaré de todo, será solo temporal.

—Está bien, y ¿cuándo piensa llevársela?

—En dos días si se puede. Debe tener tiempo para que le preparen un vestido.

—Está bien, así se hará.

Cecilia lo había escuchado todo. Imogen no sería un problema de ahí en más, el paso siguiente era conseguir que el marqués se enamorara de ella y la hiciera su esposa.

Satisfecha fue a su habitación donde Rita la esperaba con su baño.

—Milady, trae una sonrisa triunfal en la cara.

—Es que todo está saliendo tan bien. Primero me deshice de la patética de Anne, y ahora de la idiota de Imogen. Todos mis esfuerzos al fin están cosechando sus frutos.

## Capítulo 15

—**R**ita, llama a Imogen —ordenó el conde.

—Sí, milord —obedeció veloz.

Rita subió las escaleras con una malvada sonrisa en la cara.

Abrió la puerta de la habitación de Imogen.

—¿Qué ya no tocas antes de entrar? —refunfuñó con libro en la mano.

—Disculpe, milady, pero su padre quiere verla en su despacho, ahora.

—Gracias. Retírate, por favor.

Imogen se acondicionó y bajó las escaleras para llegar al despacho de su padre.

Abrió la puerta y lo vio sentado con el rostro serio.

—¿Me mandó llamar?

—Sí, siéntate.

—Diga usted —se sentó altanera. aun seguía enojada por el castigo.

—Sigues con esa actitud soberbia, Imogen, pero eso ya no lo tendremos que soportar nosotros.

—¿A qué se refiere?

—He concedido tu mano a lord Horace Elton, serás una condesa preciosa —comunicó satisfecho su padre.

—¿Con ese insolente? Debe estar bromeando.

—No lo estoy. En dos días viene por ti, se casarán en Sussex.

El rostro tan serio de su padre solo indicaba que podía ser verdad, la habían



tirado como si de una basura se tratara.

Imogen no puedo contener el llanto, se levantó de la silla y golpeó la mesa con ambas manos.

—¡Usted así lo quiso, padre! —avisó—. Luego no se queje que ha perdido a su última hija.

Después de aquellas palabras, se retiró sin esperar una réplica. No fue a su cuarto como hacía cada vez que estaba frustrada, las almohadas nunca le solucionaban nada.

Vagó desconsolada por las calles hasta que llegó al portón de la casa de Bradley.

No se animaba a pasar aquellas rejas y pedir que la dejaran verlo.

Brian detuvo el carruaje que lo llevaba a su casa luego de visitar a un paciente y vio a Imogen casi colgada de las rejas observando deseosa la casa.

Bajó y le tocó el hombro.

—Imogen, ¿qué hace aquí?

—Ayúdeme, por favor, doctor Lowel.

—¿Qué sucedió? Calma —pidió Brian al ver que su llanto iniciaría de nuevo.

—¡Ayúdeme a huir, a irme lejos!

—Venga conmigo, vayamos adentro —abrió la reja y pasó apoyando su mano en la cintura de Imogen para que pasara.

Brian la metió en la casa de Bradley. Darline estaba sentada en la sala mirando unas pequeñas pinturas.

—¡Dios mío, Brian! ¿Qué le pasa a esta niña? —preguntó Darline al verla con los ojos rojos de tanto llorar. Su empatía e instinto de madre habían despertado nuevamente para ir a tomarla en sus brazos y cobijarla.

—No lo sé, ¿está Bradley?

—Sí, en el despacho. ¡Lía! —llamó a su ama de llaves que no tardó mucho en aparecer.

—Milady, dígame...

—Trae a Bradley inmediatamente.

Lía hizo una breve reverencia y fue a buscarlo.

Bradley estaba sentado mirando al jardín con una copa de brandy en la mano.

—Su madre lo necesita, señor marqués —comunicó Lía.

—¿Qué es tan urgente?

—Su primo vino con una jovencita pelirroja, llorando.

—¿Pelirroja has dicho?

—Muy pelirroja.

Abandonó el despacho caminando con largas zancadas hasta el salón. Vio que Imogen lloraba en brazos de su madre.

—Imogen, ¿qué hace aquí?

—No sabía a quién acudir. Mi padre me ha comprometido con Lord Horace Elton —contó sin poder contener las lágrimas—, me buscará en dos días y me llevará a Sussex para casarnos.

—Eso no podemos permitirlo, Bradley —pidió Brian.

Bradley se pasó las manos por la cabeza y, con un gesto de desconocimiento, miró a su primo.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó incrédulo a su primo. Como si aquello se tratara de un chasco.

Imogen lo miró más decepcionada que nunca. Había sido un error ir a buscar ayuda. Anteriormente ya le había dicho que no, ¿qué la llevó a buscarlo de nuevo?

—Ahora lo recuerdo —mencionó mirándolo completamente desilusionada, aquel no era el caballero de armadura dorada que la ayudaría en lo que fuera como le hizo creer su hermana—. Él no me ayudará, es un cobarde. Debo irme.

Al ver aquel rostro lleno de desilusión, intentó que no se fuera.

—Imogen, ¿cómo puedo ayudarte?

Ella, con una risa triste y una mirada enfurecida, no pudo sostener su lengua.

—Usted no puede ayudar a nadie, ni siquiera a sí mismo —profirió casi como un insulto—. Disculpe, milady —manifestó y salió raudamente de la mansión, con Brian siguiéndola.

—¡Imogen! Espere, yo la ayudaré... —dijo Brian respirando con dificultad por la carrera.

—¿Me ayudará o se acobardará como Bradley? No sabe cuánto me dolió no importarle. No es el héroe que mi hermana dibujó con aquellas palabras en su carta.

—Le importa y mucho, más de lo que piensa. Solo que tiene miedo.

—Su miedo no me sirve.

—Vaya a su casa, Imogen. Diga que se siente mal y me llamarán, ¿entiende?

Ella asintió varias veces.

—Eso me dará tiempo de pensar en algo para sacarte de ahí y conseguir dinero.

—No sé cómo podría devolverle este favor.

—Lo hablaremos después, ahora váyase.

Brian le había devuelto la esperanza de salvarse, pero su decepción hacia Bradley le pesaba en el corazón. Lo meditó todo el camino hasta llegar a su casa.

—¿A dónde fuiste, Imogen? —la increpó su madre tan solo al cruzar la puerta.

—A la calle. ¿No me ve venir de ahí, madre?

—¿Por qué tienes esa cara? —la cuestionó al verla con los ojos muy rojos e hinchados.

—Me siento mal, muy enferma, ¿podría llamar al doctor, por favor? —pidió caminando hacia las escalinatas.

—¡Oh, por Dios! Sube a tu habitación, lo haré llamar ahora mismo —mandó su madre con el rostro desesperado.

\*\*\*

—Dime, Bradley, ¿qué insinuó esa niña?

—Madre, ahora no, por favor...

—Te ha llamado cobarde. Ningún hijo mío es llamado cobarde —lo retó su madre.

—No puedo, madre, esa joven me volverá loco. Es igual a Anne, siento tantas cosas. Deseo ayudarla y no sé cómo sin involucrar mis sentimientos con ella. Anne me pidió cuidar de ella, pero no puedo hacerlo. ¿Quién la cuidaría de mí?

—¿Era solo eso? —dijo su madre con una sonrisa afable, restándole importancia al asunto—. Ven, mi niño, si existe una solución está en tus manos. Así como quisiste salvar a lady Anne, puedes salvar a lady Imogen. Todos te apoyaremos aquí. Otra vez tienes nuestra aprobación para casarte si lo deseas.

—Madre, pero no estoy seguro de casarme. Sería injusto que lo hiciera pensando que ella es Anne —confesó—. La estaría engañando.

—¿Tú crees que ella es igual a Anne?

—No...

—¿Y entonces? Si esa niña es de tu agrado, es porque ves lo diferente.

—Ella es muy diferente a Anne. Está llena de vida y pasión, es talentosa y hermosa. —Le sonrió.

—Ahí tienes la respuesta. No dejes que tu primo se quede con lo que te pertenece.

—¡Oh, por favor! —manifestó mirando al techo.

—Está interesado. Hazle saber tú primero tus intenciones antes de que él termine ilusionándose.

\*\*\*

Habían mandado llamar a Brian a la casa de Imogen, y él fue lo más pronto que pudo con un plan que no podía fallar.

—Milady, le pido que nos deje a solas, voy a revisarla unos minutos.

—Estaré cerca —se despidió la condesa.

Brian cerró la puerta y rápidamente se acercó a su maletín.

—Imogen, tengo un plan para que escape.

—No puedo seguir tratándolo de usted si me va a ayudar. Dímelo ya...

Él le sonrió aceptando tomarse aquella confianza.

—Toma —expresó sacando una peluca rubia de su maletín.

—¿Una peluca? —preguntó tomándola en la mano y luego mostrándosela incrédula—. ¿Este es el plan?

—Esta noche, se llevará a cabo tu escape. He notado que tienes forma de bajar por la ventana, tienes una enredadera muy fuerte. Bajarás a las doce y yo te esperaré en el carruaje, después te llevaré a que tomes un carruaje de alquiler.

—¿Y el dinero?

—Te lo daré cuando estés en el carruaje conmigo, y la peluca es para despistar. Eres demasiado llamativa con el rojo de tus cabellos.

Deslumbrada con aquella idea, ya podía ver la luz entre tanta oscuridad.

—¡Dios mío! No sé cómo pagar esto.

—Solo sé feliz y espera por Bradley.

—Pero creí que tu... —exteriorizó, creyendo que sentía atracción por ella.

—Yo... puedo ser un buen amigo, siempre —la confortó para que no se sintiera culpable por no corresponder a sus encantos. Al parecer su corazón ya lo ocupaba otro con sangre Lowel.

—¡Gracias! El problema es que tu primo jamás se fijará en mí como lo que soy, sino que siempre verá a Anne a través de mí.

—Imogen, tú lo conquistarás como eres. No tengas miedo —acarició su rostro con una sonrisa tranquilizadora.

—Siento algo por él, pero me duele su cobardía.

—No te preocupes, ahora descansa y prepárate con una ropa sencilla y usa la peluca rubia. Lastimosamente te parecerás a tu hermana, pero no importa, te salvará por el momento.

Todo estaba correctamente estructurado. Brian la dejó después de unos minutos, bajó y le dio indicaciones a su madre.

—¿Cómo está ella?

—Lo que tiene es emocional, no completamente físico. Déjela reposar por hoy y mañana estará mejor.

—Nadie la molestará, doctor.

—Dejen que duerma corrido. Le recomiendo subir la cena temprano.

—Así lo haremos, doctor.

—Me retiro, adiós, milady.

Durante la noche, le habían llevado la cena temprano, y ella se la comió. Se colocó la ropa de cama y se ubicó para fingir dormir.

—Gracias, Rita. —Le entregó su bandeja de la cena—. Puedes retirarte.

—Sí, milady...

Miró el reloj y vio que eran apenas las ocho, y faltaban cuatro horas para que ocurriera el evento. Se sentó en su cama y comenzó una lectura.

La ansiedad la consumía, no sabía si todo eso resultaría, pero correría el riesgo. Cualquier cosa sería mejor que casarse con el cerdo de lord Horace.

El libro que agarró era de Anne, lo abrió y encontró una rosa blanca marchita.

—Debiste ser hermosa, ¿no es así? —le dijo a la rosa y percibió su aroma—. También eres dulce...

Con esa frase le vinieron los besos de Bradley a la cabeza, no se los podía sacar. Él era quien calmaba su carácter rebelde e indomable con solo estar en sus pensamientos.

Angustiada Imogen volvió a mirar el reloj, eran las doce. Se acercó a la ventana y vio el carruaje de Brian.

Ella ya se había vestido, pero aun no se había colocado la peluca, lo haría en el carruaje.

Brian saltó el enrejado y se acercó al pie de la ventana para esperar a la, en minutos, fugitiva.

—Hazlo con cuidado —pronunció él, apenas audible.

—Lo haré —exageró el gesto con los labios para que los leyera.

Miró alrededor de la habitación, agarró una pequeña maleta y la arrojó por la ventana, sin darse cuenta que la había arrojado sobre la humanidad de su doctor escapista.

—¡Auch! —masculló

Ella se puso el dedo en la boca para indicarle que se callara.

—Baja ya... —apresuró Brian.

Con cierto temor, bajó por la enramada lentamente hasta llegar al suelo.

—Vámonos, rápido —dijo Brian, mostrándole el camino para saltar y salir corriendo hasta el carruaje.

Se metieron dentro y agitados comenzaron a sonreír.

—¡Todo fue un éxito! —chilló emocionada.

—Ahora ponte la peluca, no queremos llamar la atención —bromeó.

—Cuando te vi por primera vez creí que eras demasiado serio.

—Pasa que ese día volví de América y estaba muy cansado, pero su madre, no sé cómo, se enteró que había regresado. Es una mujer insistente.

—Lo sé muy bien. ¿Sabe trenzar el cabello?

—Mi querida lady, tengo una hermana. Soy un profesional.

## Capítulo 16

Brian le hacía la trenza mientras miraba su hermoso cuello blanco iluminado por el alumbrado de las calles de Londres.

—Eres hermosa, Imogen, es una lástima que no pueda cortejarte.

—Sabía que me mirabas diferente, pero no pienses que me aproveché de ti, por favor.

—Creo que fui yo quien se aprovechó de ti, ayudándote a huir, no esperamos que Bradley te salve.

—No parecía querer hacerlo.

—Él lo hará, estoy seguro que te seguirá a dónde vayas, yo pronto tendré que irme de vuelta a América.

Imogen se colocó la peluca y se giró para observarlo.

—No deseo que te vayas, eres muy bueno conmigo.

—Tengo que hacerlo. Mi profesión es muy importante para mí, salvar vidas es una gran experiencia. —Sonrió con tristeza—. Anne fue una gran frustración para mí, pero he estado estudiando no solo enfermedades sino también venenos.

—¿Venenos?

—Sí y he llegado a una terrible conclusión, mi querida Imogen.

—¿Cuál?

—Que lady Anne fue envenenada.

—Eso no es posible —discutió incrédula.



—Eso explica la magnitud de su estado. Ninguna enfermedad es tan agresiva para consumirla tan rápido. Ella era saludable.

—Pero todos eran de confianza. No puedo creer que alguien la haya envenenado, Brian.

—Es una hipótesis.

Imogen sintió unos escalofríos, la noche estaba haciéndose más fría.

—¿Tienes frío?

—Un poco —mintió, tenía mucho.

—¡Qué tonto soy! Toma... —le pasó unas mantas para colocar sobre el cuerpo—. Con esto te calentarás.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien.

—Ven a mi lado, compartiremos las mantas.

—Está bien.

Brian se acercó y se juntaron, casi abrazándose para mantener el calor.

—Solo tengo una forma de agradecerte, Brian. —Le sonrió Imogen y lo besó.

A lo que él respondió de la misma forma. Imogen prefería que su corazón y su mente se interesaran en el doctor, pero no podía, algo la llamaba hacia Bradley.

—Discúlpame, Imogen, me sobrepasé —manifestó Brian, sabiendo que se apasionó más de lo debido al apretarla contra su cuerpo.

—Fue agradable...

El cochero golpeó la ventana del carruaje.

—Dime...

—Hemos llegado, señor.

Agradeció aquel aviso con un gentil movimiento de cabeza.

—Imogen, hemos llegado, toma —expresó Brian dándole una pesada bolsa con muchas libras.

—Pero... esto es demasiado.

—Quiero que estés cómoda, solo dime, ¿a dónde irás?

—Creo que a Escocia. Ahí tendré la oportunidad de desarrollar mi talento musical.

—Escríbeme, por favor, Imogen, quiero saber que te encuentras segura y que hice lo correcto.

—Lo haré, gracias.

Por la mañana Rita entró a la habitación de Imogen, y ella no estaba.

—¡Milady, milady! —bajó corriendo, alertando a toda la casa.

—¿Qué sucede?

—¡Lady Imogen no está!

—¿Cómo que no está? —indagó levantándose del sillón, dejando de lado lo que estaba haciendo para verificar lo que Rita decía.

Lady Vitoria corrió a la habitación de Imogen. Encontró una carta y la ventana abierta.

*“Padre, madre:*

*Siento mucho hacer esto, pero no me dejaron otra opción. Jamás me casaré con un hombre que intentó besarme a la fuerza, y que si yo no hubiera tenido el carácter y la fuerza necesaria, quizás hubiera abusado de mí.*

*No sé cómo pudieron dejarse convencer por alguien quien no es su hija, pero ahora ya no deben preocuparse, han perdido otra hija, estoy muerta para ustedes, al igual que ustedes están muertos para mí.*

*Tantos años desde la muerte de Anne, que no me han dejado respirar ni brillar con luz propia, hoy soy libre.*

*Imogen”.*

—¡Torrington! —gritó desesperada lady Vitoria, llorando.

—¿Qué sucede, mujer!

—¡Esto! —Le entregó la carta—. Nuestra hija se fue.

El conde miró a su esposa después de terminada la lectura de la carta.

—¡Blandford! Él debe saber dónde está, no perderemos otra hija.

El conde emprendió la salida hacia la residencia Malborough. Estaba convencido de que él sabría dónde encontrar a Imogen.

\*\*\*

Bradley ya tenía el plan perfecto para zafar de todo e intentar ser feliz. Lo había meditado toda la noche, y llegado a la única conclusión viable: casarse con la belleza pelirroja y librarse de la víbora de lady Cecilia con ese mismo acto.

Cuando bajaba las escaleras escuchó un escándalo en la puerta, era su padre con el conde de Torrington, voceándose.

—Usted milord, no vendrá a hacer un escándalo en mi casa, váyase ahora —intimidó Alen.

—¡Lo siento, excelencia, pero el rufián de su hijo tiene que decirme dónde está mi hija, quiero que me la devuelva en este instante!

—¿Qué sucede? —preguntó Bradley acercándose a los pendencieros aristócratas.

—Milord cree que secuestraste a su hija. También deseo una explicación —comentó su padre muy molesto. Era un hombre pacífico, y alguien había invadido su estado de paz permanente.

—No es cierto, padre. Déjeme hablar con milord y aclarar este asunto.

—Hazlo y rápido, no deseo escándalos en nuestro hogar.

—Así lo haré. Pasé, milord —lo invitó.

—Déjese de amabilidades, ¿dónde está Imogen?

—Debería estar con ustedes.

—Se fue, se fue y solo dejó una carta. Alguien tuvo que haberla ayudado.

La mente de Bradley solo podía pensar en un nombre, y ese era el de su primo.

—Saldré a buscarla, pero...

—¿Pero qué...?

—Usted no deberá obligarla a casarse.

—¡Claro que no se casará porque la internaré en un monasterio! —masculó nervioso el conde.

—Déjese de estupideces, esto que sucede es culpa suya. La encontraré y usted no la obligará a casarse con nadie, ni la castigará más, ¿lo comprendió? Si no lo hizo, lo retaré a duelo, y sabe que soy bueno y si entiende lo que le conviene, lo hará.

—Solo tráigala de vuelta, no quiero perder a mi última hija, por favor —explicó más calmado el hombre.

—Lo haré, la encontraré. Ahora déjeme ir, voy a empezar mi búsqueda.

Bradley estaba furioso con Brian, ¿cómo había podido ayudarla a escapar? Sin tardarse mucho tiempo, llegó a casa de su tío Harold, pero se encontró con su tía Mariane.

—Bradley, ¿qué haces aquí tan temprano?

—Necesito ver a Brian, tía Mariane.

—Él no está, salió anoche y aun no ha regresado.

—¿Qué? —preguntó más que frustrado.

—¿Qué hizo?

—Ayudó a la hija de un noble a huir.

—¡Por Dios! ¡Me escuchará cuando regrese! —espetó muy nerviosa, pensando en el lío en el que se metería su hijo.

—No, tía, me escuchará a mí, pues se llevó a mi futura prometida.

—Es la tal lady Imogen, ¿no es así?

Él afirmó con la cabeza. En ese momento, Brian cruzaba cansado la puerta.

—¡Tú le negaste ayuda! —justificó Brian.

—¡Bien que apareces, hijo! Tienes mucho que explicar —lo alertó su madre.

—Déjeme a solas con Bradley, madre, por favor.

Mariane salió del salón y los dejó solos.

—Yo no le negué ayuda, no sabía qué hacer.

—Sabía que tú ibas a pensar en algo, pero ella estaba desesperada y no pude verla así...

—¿Dónde está?

—Muy lejos. Yo la busqué a medianoche de su casa y la acompañé hasta un carro de alquiler.

—¿A dónde fue?

—Escocia probablemente.

—¿Probablemente? ¡¿Probablemente?! —inquirió enervado Bradley, tomando de la camisa a su primo—. ¡Si algo le sucede será tu culpa! ¡Solo tuya, Brian!

—No la dejé desamparada, le di mucho dinero y además el cochero que contraté la acompañará a todas partes. La cuidará, no te preocupes.

—¿Sabes Brian? Hoy iba a pedir su mano...

Aquella afirmación fue como haberle dado un puñetazo doloroso a Brian en el rostro, había malogrado un compromiso.

—Eso sí que no lo sabía.

—Sé que te agrada, no quiero que salgamos heridos.

—Ella te quiere, me lo dijo anoche. Solo le dolió pensar que no harías nada por ella.

—¿Cómo no lo voy a hacer? Apenas la conozco, pero es suficiente para quererla, es más frágil de lo que cree.

—Por el momento es mejor que se esconda en Escocia hasta que este lord que quiere casarse con ella desista de esa idea. Luego la buscaremos y la traeremos de vuelta.

—Me parece justo. Además sus padres merecen sufrir un tiempo por haber tenido tan mal a Imogen.

## Capítulo 17

—Milady, hemos llegado a la posada —anunció el cochero.

—Gracias, señor —murmuró semidormida, había pasado toda la madrugada y parte del día en el carruaje.

Era mediodía, estaba cansada y hambrienta. No era tan fácil escaparse y salir victoriosa. Debía buscar algo que hacer para ganarse la vida, no podría vivir de la caridad de Brian o esperar que alguien reaccione y la rescate, lo único que sabía era cantar como los ángeles y tocar el piano.

Al menos tenía alguna habilidad para sobrevivir.

El cochero llevó el pequeño equipaje de Imogen hasta la recepción, donde se había registrado como Anne Woods. Era rubia como ella, aprovecharía que siempre quisieron que fuera Anne, lo sería en su nueva vida.

Subió a la habitación que por un buen tiempo sería su nuevo hogar.

El cochero había sido pagado por Brian para que la cuidara, ayuda que fue muy bienvenida por ella, estaba sola en un país extraño. El hombre se había puesto a escribir la carta para el doctor Brian, en la cual informaba cada paso que daba lady Imogen, órdenes eran órdenes, aparte ya le habían pagado muy bien por atenderla.

Ese día Imogen se pasó durmiendo en la posada. Al día siguiente vería qué hacer.

Durante la noche se le ocurrió una idea, ofrecer sus servicios como concertista o como instructora para niñas, algo así como una institutriz, pero

musical. Era algo que sin problemas haría, le gustaban los niños y creía tener la paciencia suficiente para hacerlo.

El problema era ¿a dónde ir a ofrecer sus servicios? De puerta en puerta sería lo lógico, sin embargo, la falta de referencias sería un factor determinante. El periódico del pueblo sería lo más sensato antes que caminar por todas las calle

—Señor Bane, ¿podría llevarme al periódico local? —preguntó al cochero que siempre estaba presto para ella.

—Por supuesto, milady. Suba...

—Muchas gracias.

El traqueteo del carruaje se escuchaba por las calles de una elegante ciudad escocesa. Estaba segura que ahí conseguiría salir adelante, todos deseaban buena educación, y la mejor era la inglesa.

—Hemos llegado, milady. —Le abrió la portezuela el cochero.

—Espéreme aquí.

Imogen entró a un pequeño local, observó todo y vio a un hombre en el mostrador viéndola curioso.

—¿En qué le ayudo, mi señora?

—Quería publicar un anuncio para ofrecer unos servicios —comentó avergonzada.

—Es inglesa, una libra por el anuncio.

—¡Oh si, por supuesto! —Sonrió metiendo su mano enguantada en su bolsa, sacó una moneda y se la dio al hombre.

—¿Qué debe decir en él?

—Que diga: “Se ofrecen servicios de concertista de piano y canto para veladas musicales e instrucción particular. Preguntar por la señorita Anne Woods en la posada Le pelican”.

—Muy bien, mi señorita. Mañana estará circulando por la ciudad.

—Muchas gracias, señor, que tenga un buen día —se despidió esperanzada.

—Para usted también, señorita.

Imogen salió del lugar, respiró y pudo sentir el aire de libertad que le llenaba los pulmones como nunca antes. De acuerdo a su nuevo estatus, necesitaba ropa menos pesada que los elegantes vestidos de Londres. Le pidió al cochero ir a una modista, necesitaba por lo menos dos vestidos sencillos.

\*\*\*

Mientras tanto, en casa de la familia Woods, la condesa no paraba de lamentarse por la desaparición de su hija.

—¡Nuestra hija ha destruido su futuro! ¿Cómo pudo hacernos esto?

—Vitoria, cálmate, querida. El marqués la va a buscar y estoy seguro que la traerá de vuelta.

—¡Pero es tarde para su reputación, cuando todo Londres lo sepa...! — seguía lamentándose desconsolada.

—Ella se lo buscó madre, ya tenía un prometido, quizás ese lord aun quiera casarse con ella.

—No. Imogen no se casará con ese hombre. No sé en qué estaba pensando cuando le cedí su mano, por eso ella escapó —suspiró el conde—, en mi afán de protegerla, terminé haciendo que huyera.

—Pero padre...

—Cecilia, retírate, por favor. Hablaré con tu madre un momento. Debo calmarla y tú no estás ayudando.

—Sí, padre —obedeció casi rechistando.

Cecilia se retiró iracunda a su habitación. Imogen se había salvado de ir con el conde de Coventry, y lo peor era que el marqués la iba a buscar. Deseaba que estuviera lejos, tan lejos que no pudieran hallarla o mejor aún, muerta, que no apareciera jamás, era como una molesta piedra en el zapato.

Bradley había tomado una decisión, iría a buscarla fuera como fuera, le daría un tiempo de libertad para que se calmase y luego la traería aunque fuera a rastras, pero el ya no podría retrasar su viaje a Irlanda, debía atender los



asuntos que ahí se planteaban.

Brian sería el encargado de mantenerlo informando sobre dónde estaba y qué hacía la inocente Imogen.

Aunque llegaron a un acuerdo de que él se casaría con Imogen, aun de cierta manera, lo asaltaban los celos sobre los sentimientos de su primo hacia ella. Se sentía corroído cada vez que se acordaba de lo que él le había contado, la acarició y también besó.

No estaba seguro de que realmente fueran celos, no sabía a ciencia cierta qué lo ataba a esa jovencita. Lo que sí sabía era que no había sentido algo semejante, era algo muy nuevo y no estaba acostumbrado a lo extraño. Imogen era un golpe de aire fresco, era una soga puesta para que él se aferrara y saliera del profundo hoyo en que había quedado atrapado tantos años.

—Esa cara, esa cara, a mí no me engañas —lo tentó su hermano.

—¡Brandon! ¿Qué haces aquí?

—Vine a verte. Me contaron del escándalo en el debut de tu pelirroja.

—Eso fue mi culpa. No sé en qué pensaba cuando se lo pedí. Gracias a eso la castigaron comprometiéndola con otro hombre, y ahora huyó. Se fue...

—Sí que tiene carácter...

—¿Y sabes quién la ayudó a huir?

—Nuestro querido Brian. Es un alma caritativa, un pan de Dios y bla, bla, bla —comentó Brandon restándole importancia con las manos.

—Probablemente esté enamorado de ella.

—¿Y eso qué? Me encantaría que él se casará y fuera feliz.

—Pero no con ella, Imogen se casará conmigo.

—¿Cómo que tú quieres casarte con ella?

—Lo decidí después de que ella me pidió ayuda para salirse del compromiso, pero ella no pudo esperar a que le diera la solución y Brian, que Dios sepa con qué cosas la ayudó, se la llevó rumbo a Escocia.

—¿Pero qué hará ahí sola? La gente no es muy amable con una mujer sola.

—Le pagó a un cochero y le dio mucho dinero. Eso al menos servirá hasta

que vaya por ella. Ahora debo viajar a Irlanda, dejaré que ella se tome este tiempo para aprender que no debe estar haciendo locuras constantemente.

—Pues... que te vaya muy bien entonces. Estaré también al pendiente de ella, si aparece antes, la alejaré de Brian.

—Hazme ese favor, lo quiero y no quiero pelear por una mujer aunque lo valga.

Tan solo habían pasado cuatro días de su huida y todavía no tenía ninguna propuesta para trabajar. Estaba segura que en algún momento lo haría.

La esperaba empezar y conocer ese nuevo mundo, gente nueva y no solo doctores. Pese a que Brian fue el mejor y más tierno doctor que sus padres pudieron haberle conseguido, ya no quería más de eso en su vida, deseaba sentirse saludable, porque era saludable.

Aburrida y sumida en sus pensamientos, se encontraba en la habitación soñando con una vida diferente hasta que tocaron la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy el posadero, señorita. La buscan en la recepción.

—¿No sabe por qué razón? —consultó temerosa de que la hubieran encontrado.

—Por su anuncio, es el duque de Montrose.

—¡Oh claro, ya bajo! —sonrió.

Estaba eufórica, ¡una oferta! Se arregló la peluca y bajó las escaleras despacio.

Ahí la esperaba un hombre más o menos de unos 40 años, a juzgar por las canas en sus cabellos negros, bien conservado y de ojos azules como el cielo mismo.

El duque era un hombre relativamente joven, había enviudado hacía unos cuatro años aproximadamente, y se sentía impresionado por la belleza rubia que bajaba las escaleras.

—Usted debe ser la señorita Anne Woods, ¿no es así?

—Sí, excelencia —hizo una graciosa reverencia.

—He venido por su anuncio. Tengo una hija de casi 8 años que quiere aprender a cantar y tocar el piano, por sus honorarios no se preocupe, que le pagaré muy bien.

—Gracias, excelencia, ¿cuándo podría empezar?

—¿Podría usted empezar mañana?

—Si es por mí empezaba hoy. —Le sonrió ansiosa.

—Si quiere podemos ir a mi residencia y le presento a mi hija, Melody.

—Ya su nombre es muy hermoso, excelencia, vayamos.

El cochero de Imogen vio que ella salía con un elegante caballero de la posada, y se disponían a subir a un igual de elegante carruaje.

—Milady, tengo órdenes de no separarme de usted —le recordó el cochero acercándose a ella con discreción, cosa que no pasó desapercibida por el duque.

—Síguenos en el caballo. Iremos a casa del duque.

—Sí, milady —obedeció quitando los tiros del caballo.

—¿Milady? Usted es mucho más de lo que aparenta —concluyó el duque, haciendo que Imogen sudara frío.

## Capítulo 18

Ella guardó silencio después de aquel comentario del duque.

—Su casa es muy cerca, excelencia —indicó por estar menos de diez minutos dentro del carruaje y ya habían parado.

—Sí, me parece que debí haber venido a pie —se burló de sí mismo.

—Puede ser, un poco de caminata nunca viene mal. —Sonrió.

—¿Usted es inglesa?

—Sí y a usted no le pregunto si es escocés, se nota en su acento.

—Disculpe, pero no sé si llamarla señorita o lady.

—Pues...

—No quiero tratarla de menos, si es mi par. Es notable que usted fue muy bien educada.

—Está bien. Me ha descubierto, soy una lady.

—Vaya, quisiera conocer su historia.

—Y yo quisiera olvidarla. —Sonrió con tristeza.

—Hemos llegado —anunció después de que el carruaje cruzó los portones y se paró frente a la entrada principal.

El duque le agarró las manos y la bajó con lentitud.

—Su mansión es enorme, me recuerda al del duque de Malborough en Londres.

—Los Waldow. No son unos vecinos muy activos en Escocia.

—Deben tener una vida activa en Londres.

—¿Los conoce personalmente? He tenido el placer de conversar en unas ocasiones con el duque, es una persona muy agradable, era muy joven cuando él vino a vivir a Escocia durante su juventud. ¿Conoce a sus hijos?

—Solo de vista. —Sonrió.

—He querido comprar las tierras de Malborough, pero el actual duque no quiere venderlas, solo arrendarlas, de hecho me ha trucado un par de veces ofreciéndome comprar mis tierras, es muy astuto. Quizás cuando uno de sus hijos herede, pueda tenerlas en mi poder.

—No lo dudo, son una familia interesante, ¿sabía que uno de los gemelos estuvo comprometido con mi hermana?

—No, ¿qué sucedió?

—Ella murió y todo acabó.

—Creo que él debería casarse con usted entonces. Le correspondía cumplir el compromiso, será un duque, una oportunidad única para cualquier dama.

—No para mí, excelencia. Le había pedido ayuda y me la negó, otra persona fue quien me ayudó a hu... —trató de quedarse callada, pero ya su imprudencia tenía el cuerpo completo fuera de su boca.

—Huir, ¿no es así?

—Sí...

—Huyó, ¿de qué...?

—Disculpe, pero no quiero hablar de eso. Apenas lo conozco, no sé siquiera su nombre.

—Soy un grosero, disculpe. Soy Marcus Stradford, duque de Montrose, para servirla —hizo una firme reverencia.

—Yo... usted ya lo sabe... —le dijo sin querer mentirle al hombre que le tendía la mano hacia un futuro diferente, más libre que el de una aristócrata con unos padres completamente locos y una prima venenosa. Aunque no tendría a Bradley en su vida, ni su amistad, ni su compañía. No merecía que ni siquiera se acordara de él. ¡Cobarde!

—¡Melody! —llamó el duque entrando a la sala.

Una niña preciosa, rubia de ojos azules bajó juguetona las escaleras.

—¡Padre! ¿La consiguió?

—Sí, es ella.

—¡Es hermosa! —Le sonrió colocándose frente a Imogen.

—Gracias, milady —correspondió graciosa y empática.

—¡Solo llámeme Melody! Quiero que me enseñe todo lo que sabe...

—Será un placer, Melody. ¿Quieres empezar ahora?

—¿Podemos, padre?

—Si lady Anne está de acuerdo...

—Por supuesto, excelencia. ¿Dónde está su piano?

—Ven —dijo la niña tomándola de la mano para llevarla hasta el salón de música.

—Espere, Melody, no debemos hacer ruido su madre debe estar por ahí.

—No tengo madre, murió hace mucho tiempo, solo estamos mi padre, la abuela y yo. —Le sonrió triste.

—Oh, lo siento mucho, discúlpeme.

—No se preocupe, fue hace tiempo —comentó abriendo la puerta del salón, haciéndola entrar.

—¡Qué hermoso piano! Es uno de los buenos.

—Mi padre solo tiene cosas buenas. ¿Toca algo para mí?

—Está bien. ¿Qué desearía escuchar clásica, melancólica?

—Una melancólica estaría bien.

—Tengo una que le gustará.

Imogen empezó con una melodía hermosa, pero muy triste, muy pocas la conocían. Solo virtuosas de ese arte como ella y otras pocas y contadas damas podían hacerlo. No era la melodía favorita de Anne, era la melodía favorita de Imogen.

Tocaba y tocaba con tanto corazón que Melody prácticamente lloraba al escucharla, era una niña muy sensible.

—¿Está bien, Melody?

—Sí, es que muy hermosa. Desearía algún día poder tocar como usted.

—Te enseñaré a tocarla muy bien, solo debes hacerlo de corazón.

Ese día las horas pasaron volando para Imogen y Melody, estaban inmersas en el arte hasta que debía volver a la posada.

—Lady Anne, debo llevarla —le avisó el duque, interrumpiéndola.

—No se moleste, puedo ir con mi cochero que ya tuvo tiempo para buscar el carruaje al darse cuenta que no me pasó nada.

Un mes después...

Bradley viajó a Irlanda y ya estaba por regresar. Solo había recibido una carta de su primo, en la cual le informaba que Imogen había conseguido ser la institutriz de la hija del duque de Montrose.

En lugar de que aquellas noticias lo pusieran contento, lo ponían muy nervioso. El duque aun era joven, aparte de viudo y muy rico. No quería que se fijara en Imogen. Se había apresurado a regresar lo más rápido posible.

—Lady Anne —murmuró el duque, llamando su atención.

—Dígame, excelencia.

—Cuénteme sobre por qué está aquí. Un mes ha estado trabajando con nosotros y aun no sé por qué huyó, es más de lo que me muestra.

—Es que...

—Tenga confianza y dígame —dijo Marcus pasándole una taza de té.

—Huí de un matrimonio, es decir, no quería casarme. Debuté hace muy poco e hice una diablura con el marqués de Blandford, uno de los gemelos del duque de Malborough, por lo que me castigaron y cedieron mi mano a un conde muy malo. No lo soporté y escapé con la ayuda de mi doctor, el primo del marqués.

—¿Padece alguna enfermedad grave? —preguntó con rostro preocupado.

—¡No, Dios me libre! Soy más sana que cualquier cosa que haya visto en su vida —afirmó vehemente y sonriente—, pero mis padres creían que en cualquier momento podía enfermarse repentinamente como le sucedió a Anne y morir. Desde que fui creciendo, no conocí más que doctores y encierro, tengo

una prima que es una víbora y quien consiguió para mi prospecto de esposo — tomó aire y lo expulsó—. Y aquí me tiene, siendo una prófuga de mis padres.

—Dígame cómo se llamaba su hermana.

—Anne.

—¿Y usted entonces?

—Lo siento mucho, no quería mentir, pero no quiero que me encuentren.

—No se disculpe, ¿cómo se llama?

—Imogen, y tampoco mi cabello es real —dijo quitándose la peluca y desatando su trenza—, me escondo porque... ya lo ve...

Él sonrió y apreció su cabello pelirrojo.

—Es hermoso, aunque la encontrarían muy rápido si no usa la peluca.

—Discúlpeme, excelencia, no quería engañarlo, no tuve mala intención.

—Le repito que no se disculpe. No puede andarse revelando al mundo. Sin embargo, necesitaba conocerla para darle mi protección.

—Usted ya hace mucho por mí dándome empleo en su casa —alegó con un gesto de cabeza.

—No quiero que sea una empleada, lady Imogen, venga a vivir aquí como invitada. ¿Qué le parece?

—No podría aceptar. Usted es un hombre viudo y yo una mujer soltera, no se vería bien.

—Mi madre llega mañana, la conocerá y luego decidirá qué hacer, ¿lo pensará?

—Está bien. —Sonrió.

—También quisiera saber qué “diablura” hizo con el hijo del duque —bajó la voz con curiosidad acercándose a ella.

—Fue algo inmaduro, pero satisfactorio. Queríamos molestar a mi prima Cecilia, bailamos un vals muy pegados, escandalosamente pegados, aclaro.

Él la miró insinuante, pensando que tenía algún tipo de relacionamiento con el caballero.

—¡Nosotros nada, no piense eso! Él no está interesado en mí —contó viendo



el rostro del duque.

—¿Y usted?

—Yo debo irme —Se levantó dándole un último sorbo a la taza de té —, creo que es muy tarde.

—La llevo, déjeme colocarle la trenza nuevamente.

—Gracias.

Después de colocarle la trenza y la peluca, salieron rumbo a la posada donde aun se quedaba Imogen hospedada, y la dejó en la puerta.

Le gustaba trabajar con el duque, era un hombre tan amable. El ambiente le recordaba a su casa cuando aun vivía Anne, todo era amor en ese entonces, pero desde que se fue, todo quedó mal.

Imogen había conocido a la madre del duque al día siguiente, le había parecido absolutamente amorosa al principio, sin embargo, la duquesa viuda la miraba con otros ojos.

—¡Marcus! —lo llamó su madre.

—¿Qué sucede, madre? —preguntó levantando los ojos del periódico.

—Esa niña, lady Imogen, es muy bella, ¿no crees? Y necesita ayuda según me has dicho.

—Y... la estamos ayudando —respondió volviendo a meterse en su lectura interrumpida.

—Sí, pero creo que podríamos ayudarla y ayudarnos... —dejó flotando aquellas palabras.

—¿Qué quiere decir?

—Que podrías... tú sabes, casarte con ella, me gusta la joven y trata con cariño a Melody y tú necesitas un heredero para el ducado.

—Madre, no estoy listo para eso.

—Tienes 36 años Marcus, estás más que listo, ¿esperarás que pase más tiempo?

—No, madre, pero ella está enamorada de otro.

—¿Y dónde está ese otro? ¿Acaso se ha interesado por ella? ¿Ha venido a

buscarla? —increpó la duquesa viuda.

—No, pero...

—¡Pero nada! Es libre y de buena familia, sana. Piénsalo. Ya pasó mucho tiempo desde que Diana murió, no quiero verte sufriendo más por cada rincón de esta casa y huyendo cada vez que le tocan a Melody las lecciones de piano, porque estoy segura de que huyes.

—Todo me la recuerda, ella era una pródiga con el piano, no puedo siquiera escucharlo mucho tiempo, déjeme pensarlo, madre.

## Capítulo 19

Habían pasado muchos días y el duque convenció a Imogen de que dejara la posada y se fuera a su mansión.

Mientras, Bradley había llegado a su mansión en Escocia. Los criados estaban enloqueciendo con tantas cosas, él no había avisado de su llegada, pese a que los había intentado tranquilizar y no consiguió nada.

Horas después, decidió ir a la posada donde se encontraba Imogen, la buscaría para llevarla a su casa con él.

—Buenas tardes, señor, estoy buscando a alguien.

—¿Quién? Veré si puedo ayudarlo.

—Lady Imogen Woods.

—No tengo a nadie con ese nombre, pero el apellido me resulta familiar — el hombre hojeó sus registros y dijo—, aquí se registró una Anne Woods, es la maestra de piano de la hija del duque de Montrose, rubia, muy bonita.

—¿Rubia? ¿Dónde está?

—Estuvo hospedada aquí hasta hace unos días, pero luego se mudó a casa del duque. Creo que él quiere hacerla su esposa.

—Gracias, señor —dijo nervioso Bradley.

No podía evitar que rondara por su mente la idea de que pudo haber llegado tarde. Debía ir tras ella.

Bradley regresó a su casa para cambiarse e ir a buscar a Imogen.

En casa del duque, Imogen iba a tocar una pieza para él, que decidió tener

valor y escuchar al menos una pieza completa.

—Bien, comenzaré con una melodía muy triste pero hermosa, le gusta mucho a Melody —anunció Imogen sentándose grácilmente en el banco.

—Está bien, escuchemos.

Imogen colocó sus dedos y los mismos se iban deslizando a través de las teclas.

Marcus no hacía más que recordar a su Diana, esa canción era suya, la tocaba a menudo hasta poco antes de morir y no lo soportaba.

—¡Basta! —gruñó Marcus y levantó a Imogen del asiento—. Deja ya de tocar esa pieza, me estás matando.

—¡Por favor, perdóneme, no es mi intención! Suélteme, me duele, excelencia.

El duque volvió en sí y observó lo que había hecho.

—Por Dios, perdóneme, Imogen, esa era la melodía preferida de mi esposa, la tocaba de la misma forma que ella —se excusó arrepentido de su comportamiento.

—No quería traerle recuerdos dolorosos, es mejor que me retire a la habitación —murmuró con una lágrima escapando del susto.

—Espere, no llore, Imogen.

—Perdón...

—Mi madre tiene razón, debo continuar con mi vida, Imogen. Tú necesitas ayuda y yo también.

—No lo entiendo.

Bradley había llegado hasta la mansión del duque donde se anunció y lo dejaron pasar hasta el recibidor, donde escuchó el piano y se dirigió al lugar donde venía el sonido.

Vio al duque acercarse bruscamente a Anne... No, era Imogen con una peluca.

—Imogen, quiero saber si acepta casarte conmigo. Usted no me ama y yo tampoco, no obstante, creo que podemos hacer algo con eso. Melody la adora

y yo la necesito, necesito un heredero.

—¿Qué? ¿Me está proponiendo matrimonio? —preguntó ella con los ojos desorbitados.

—Ya no necesitarás trabajar, te lo ofrezco todo.

—Pero, excelencia, yo...

—Tú, lady Imogen Woods, serás mi esposa y que eso te quede claro a ti y también a su excelencia —saludó introduciéndose al salón.

Marcus e Imogen fijaron su atención en Bradley.

—Bradley, ¿qué hace aquí?

—He venido por ti.

—No me ayudaste...

—No me dejaste hacerlo, te fuiste. Brian me lo contó cuando fui a reclamarle, ¿no pudiste esperar un día?

—No podía, ese hombre iba a llevarme lejos y...

—Señoría —interrumpió el duque—, los dejaré solos para que hablen y usted, lady Imogen, por favor, olvide mi propuesta. Ha llegado quien usted esperaba, con permiso.

Se despidieron con una inclinación, educada dentro de la situación incómoda.

—Imogen, ven conmigo. Se mi esposa, déjame salvarte y cuidarte.

—Pero, tú te casarás conmigo solo porque soy igual a Anne.

—Yo me casaré con Imogen, contigo. —Le quitó la peluca y sacó de su bolsillo una rosa blanca—. Es para ti.

—La rosa blanca, dulce y delicada, igual a la de Anne, entonces tú se la diste. —Se la llevó a la nariz.

—Esa rosa es solo para las mujeres más importantes en la vida de los hombres de mi familia. Jamás puede ser entregada sin un significado.

—No sé qué decir...

—¿Qué te parece un sí, acepto?

—Entonces, sí acepto —aseguró con una sonrisa en la cara.

Era algo extraño, tenía dos propuestas de matrimonio en una sola noche.

—Ahora ya no te quedarás aquí, irás conmigo.

—Deja que al menos me despida de estas personas que me han tendido la mano.

—Sin duda, Imogen. Te esperaré afuera —dijo besándola tierna y dulcemente.

Debía despedirse de las personas más buenas que había conocido, le iba a costar mucho trabajo, pero era hora de ir para que Bradley la cuidara.

—Excelencia —Se acercó Imogen—, lo siento mucho.

—No lo sienta, sabía que sentía algo por él, lo que no me imaginé fue que él sintiera algo por usted.

—Lo hace, digamos, por obligación.

—No lo creo, debe estar enamorado de usted.

—Él quiere cumplir con mi hermana, ella le pidió que me cuidara, créame, no es por otra cosa más.

—No se engañe, Imogen, usted es capaz de conquistar, no se escude detrás de lo que fue su hermana, sea usted misma sin importar nada más.

—Gracias por sus palabras y comprensión, excelencia.

Ella se despidió de todos en la mansión del duque, causando una profunda pena en la pequeña Melody, que ansiaba el cariño y afecto de una madre.

Lo alcanzó frente a la mansión del duque.

—¿Regresaremos a Londres? —preguntó viendo el suntuoso carruaje de viaje.

—No, querida, iremos a mi casa de aquí, está muy cerca, podríamos ir caminado, pero no es muy elegante.

—¿Te importan las apariencias? —preguntaba divertida.

—No, pero prefiero ir como dicta la sociedad.

—No tenemos tanto en común entonces, salvo la música.

—Tengo un hermoso piano en casa, es todo tuyo.

—¿En verdad? Me pone tan contenta que me lo prestes.

—En realidad será tuyo muy pronto, igual que todo lo que me pertenece, recuerda que aceptaste ser mi esposa, Imogen.

—¿Seremos felices?

—Si ambos nos damos la oportunidad, lo creo.

—Yo también lo creo y lo deseo mucho.

—Ya no debes preocuparte más, Imogen, nadie te hará daño mientras esté a tu lado.

Él se acercó a Imogen para besarla, ambos labios se unieron en un largo y tierno beso hasta que el carruaje paró y se tuvieron que separar.

—Hemos llegado, milady —anunció pasándole la mano para que bajara.

—Gracias, señoría.

Imogen miró lo que en el futuro también sería su hogar.

—Entremos —instó Bradley, colocando su mano en la espalda de ella.

Observaba el lujo que existía dentro, un gran salón blanco, con toques dorados, era impecable. Toda la servidumbre estaba ahí y la miraban curiosos.

—Buenas noches a todos, quiero presentar a lady Imogen Woods que será mi esposa en poco tiempo, les pido que le sirvan en todo lo que necesita.

—Señoría, ¿dónde acomodaremos a milady? —preguntó una doncella.

—En el cuarto de la duquesa.

Imogen cambió de color su rostro, de blanco a muy rojo. ¿Qué pensarían los criados de ella?

—Es mejor que me acomoden en una habitación de huéspedes —pidió ella con vergüenza.

—No, es tu casa y estarás ahí. ¿Alguna otra consulta?

Todos negaron con la cabeza, debían atender a la dama como lo que era, la futura señora de aquel lugar.

Toda la servidumbre se retiró después de hacer las reverencias correspondientes.

—Creo que no estamos empezando muy bien con lo de la libertad.

—¿Por qué lo dices? —objetó Bradley.

—¿Qué pensarán de mí? aun no estoy casada y ya duermo en el cuarto de la duquesa.

—¿Le importan las apariencias?

—Esa pregunta la hice yo en el carruaje.

—¿Y cuál fue mi respuesta?

—Que preferías seguir lo que la sociedad mandaba.

—Pero en este caso, querida, no, te quiero a mi lado para que no vuelvas a escaparte de mí. —Se acercó para acariciarle los brazos—. Ahora sube y ponte cómoda, te veré en un rato —se despidió besándola en la boca y se fue a la biblioteca.

Imogen fue guiada por el mayordomo hasta la habitación.

—Milady, ella es Greta, su doncella mientras esté aquí.

—Muchas gracias.

—Con permiso. —Se retiró el hombre.

—Milady, ¿preparo un baño?

—Por favor, Greta...



## Capítulo 20

**B**radley se encontraba sentado en la biblioteca tomándose una copa de brandy, pensando en que por fin tenía a Imogen con él. Podría cuidarla de la mejor manera posible y eso sería haciéndola su esposa, no podía imaginar que otro hombre, y menos su primo, la tocara, sería suya y solo suya.

—Señoría —interrumpió el mayordomo—, milady ya está con su doncella, le ha preparado un baño.

—Gracias.

—¿Se le ofrece algo?

—Puedes retirarte, por el momento estoy bien.

Se quedó pensando en que estaba tomando un baño y no pudo evitar imaginar su cuerpo desnudo, su piel blanca, contrastando con el fuego de sus cabellos y esos labios que solo lo invitaban a pecar, sentía que iba a estallar con todas esas ideas juntas en su mente.

—¡Demonios! —masculló en voz alta. Hacía mucho que no estaba con una mujer. Imogen era la mujer más tentadora del mundo.

No lo soportó y fue corriendo arriba a largas zancadas hasta su dormitorio, y miró la puerta de comunicación a la otra habitación. No tardó demasiado en girar el picaporte.

La doncella estaba ya peinando a Imogen, sus rulos eran hermosos, llegaban casi a su cintura.

—Greta, puedes retirarte —pidió Imogen al ver a Bradley.

—Estás hermosa, Imogen.

—Gracias, yo quería agradecerte por todo.

—No tienes nada que agradecer...

—Sé por qué te casarás conmigo.

—¿Por qué crees que me casaré contigo? —preguntó curioso.

—Por Anne, porque ella te pidió que me cuides, sabes no es...

—¡Basta de Anne, Imogen, mírame! —interrumpió Bradley con un gruñido—. Mírame bien, siento algo por ti, tú haces que desee volver a creer en el amor, tú haces que yo desee muchas cosas que pensé perdidas. Quiero casarme y tener una familia como la mía, como la de mi hermano. Por favor, deja de traer a Anne a nuestra vida, seremos tú y yo, Imogen, solo tú y yo.

—Bradley, yo también siento algo por ti, no sé lo que es, pero deseo todo contigo. —Se lanzó a sus brazos y lo besó como si no existiera el mañana.

Bradley correspondió a cada beso que ella le daba, si aquello no era amor, era algo bello y floreciente entre ambos.

—Te deseo, Imogen, quiero hacerte mía —decía Bradley entre murmullos en su oído.

—Yo también te deseo...

Esas fueron palabras suficientes para él. Se la llevó a la cama y lentamente le fue llenando el cuerpo con besos.

La ropa era un molesto accesorio para la pasión que los envolvía en aquel momento. La piel era la única vestimenta que ambos deseaban portar.

Imogen podía sentir el cielo con las caricias de aquel hombre, su juicio se nublaba por las sensaciones que la recorrían mientras se adueñaba de cada parte de su cuerpo. Sentía que le pertenecía plenamente.

La entrega de Imogen era sincera y bienvenida. Lo oía gemir y vibrar bajo por expertas manos, si ella quería conocer el cielo, lo haría de su mano.

La noche había quedado corta para los ansiosos amantes, quienes se rindieron al edén del descanso.

Imogen ya estaba más que segura que lo amaría, si es que ya no lo amaba, y

que se dedicaría a hacerlo el hombre más feliz de todos. Aquella noche majestuosa, le permitió soñar de nuevo y esta vez, con una vida feliz.

—Despierte, milady —dijo Bradley acariciando la espalda desnuda de Imogen.

Él ya estaba completamente vestido y arreglado. Había salido hace rato a comprar algo muy importante.

—¿Qué hora es? —preguntó somnolienta.

—Pasó una hora del mediodía, querida.

—Dios, he dormido todo el día —se quejó mientras se desperezaba en la cama.

—Estabas muy cansada. Le pedí a tu doncella que te prepare un baño y un traje de montar.

—¿Montar has dicho? Yo no sé montar. Mis padres no han querido que lo hiciera, ya sabes por qué. Además, no tengo ningún traje de montar.

—Imogen —pronunció acariciando su rostro—, ahora todo será diferente. Te dije que te daría libertad y así será, te enseñaré a montar y ya te compré trajes de montar para que los tengas.

—¿Es eso cierto? Soy tan feliz, Bradley.

—Solo quiero hacerte feliz.

—¡Eres maravilloso, Anne no se equivocó contigo! —Lo abrazó con fuerza, casi colgándose de su cuello.

—Imogen, debemos regresar a Londres —le recordó.

—¿Debemos despertar de este sueño? —preguntó con un mohín en el rostro.

—Sí, mañana.

—¿Tan pronto?

—No puedo dejar pasar más días sin hacerte mi esposa.

—Mi padre no sé si te otorgará mi mano.

—Me la dará, amor, te lo aseguro —sonrió pensando en que ya tenía eso casi asegurado, solo faltaba hablarlo.

Le dio un beso y se retiró para que ella pudiera tomar su baño y

acompañarlo al campo.

Imogen se tomó un relajante baño, se sentía bien, renovada, con esperanza y fuerza. Su rebeldía había casi desaparecido. Bradley le daba esa sensación de libertad que ella tanto ansiaba sentir y que siempre le habían negado, él le daba seguridad y también amor, no tenía por qué reclamar nada.

—Se la ve muy contenta, milady —opinó Greta peinando su cabello.

—Es por su señoría —alegó mirándose al espejo.

—Se ve que está loco por usted, milady, por eso la hará su esposa. Los Waldow solo se casan por amor.

—Esperemos que así sea, Greta.

Estaba vestida con un hermoso traje de montar verde, que Bradley había escogido para ella.

Bajó las escaleras y ahí ya la esperaba él, estaba tan elegante con su traje de montar color marrón, con una chaqueta verde musgo.

Bradley se acercó a ella para halagarla.

—Estás hermosa, Imogen. —La besó dulcemente en los labios.

—No se queda atrás —acotó con coquetería.

—¿Nos vamos? —preguntó el, enseñándole el brazo para que lo agarrara.

—Vamos...

## Capítulo 21

Salieron tomados del brazo rumbo a las caballerizas. Los majestuosos caballos estaban esperándolos.

—Son hermosos —manifestó Imogen acercándose a los caballos.

—Son pura sangre. Mi padre solo es amante de lo mejor. —Le sonrió tocando a uno de los caballos.

—Tu padre es un hombre muy poderoso —admitió Imogen acariciando al mismo caballo que Bradley.

—En contadas ocasiones ha hecho uso de su nombre para conseguir cosas, pero trata de hacerlo siempre por donde corresponde. A esta edad ya pretende tener su merecido descanso después de tantos años de responsabilidad. Lentamente se ha estado desligando de las responsabilidades de cada ducado, para eso tuvo gemelos, supongo.

—Es mucha responsabilidad, imagino.

—Responsabilidad que este caballero compartirá con su esposa —indicó colocando una silla de montar en el caballo.

—Estoy pensando, que tengo preferencia por los derechos —bromeó a sus costillas.

—Este es el que usaremos hoy —indicó al terminar.

—Se ve muy dócil.

—Es el consentido de mi madre. Es nieto de su yegua de la infancia.

Primero Bradley la subió sobre el lomo del semental, sin embargo, el

caballo se movía un poco, e Imogen temblaba como si se estuviera congelando.

—¡Tengo miedo! —admitió aterrorizada, casi ahorcando al animal, pues se abrazó al cuello del mismo para no caer.

—No lo tengas, yo estoy contigo, nada te va a suceder. Confía en mí...

—Está bien —seguía temblando.

Ella confiaba en Bradley. Estaba encantada por sentirse amada por él, pese a que aun no se lo había dicho.

Lo que restó del día fue maravilloso. Se estaban conociendo de una manera especial, a Bradley le encantaba Imogen, todo en ella era perfección, y pese a que se ponía terca de a momentos, disfrutaba de cada palabra que él le dedicaba. Llenaba su corazón con pequeñas palabras de afecto, disfrutando de la sencillez de su prometido.

Imogen podía notar que Bradley tenía un espíritu jovial, lleno de vida. Más de lo que había imaginado, no era ese individuo con apatía que se había presentado frente a ella y le había negado ayuda, era un caballero en toda su regla, atento y amoroso, con quien podría llevar una vida, hasta que la muerte los separara, sin ningún problema.

—Imogen... —Bradley se arrodilló frente a ella, bajo aquella sombra campestre.

Ella lo miraba expectante. ¿Qué hacía?

—Lady Imogen Woods, ¿me concedería la gracia de convertirse en mi amada marquesa? Podría prometerle amor en este momento, porque sé que nacerá de ambos. No dude, milady, que la amaré el resto de mi vida, pues la he escogido como la compañera de mi juventud, y el tiempo de amarnos será largo.

Ella se arrodilló junto a él, y colocó su mano para que él colocara en su dedo aquel anillo de esmeraldas.

—Acepto, señoría. —Se le escapó un emocionada lágrima de los ojos mientras él le colocaba el anillo con aquella lentitud llena de promesas de amor en el futuro—. Acepto pasar el resto de mi vida a su lado, amarlo y

conocerlo cada día...

Él le entregó una sonrisa que cubría su rostro, iluminándolo. Tantos años había pensado que su vida carecía de sentido y que quedaría solo. Sin embargo, aquella rebelde pelirroja, se había cruzado en su camino para demostrarle que aun existía una vida por delante.

Se levantó y sin previo aviso, hizo girar a Imogen en el aire, haciendo que su sombrero saliera volando.

Rebosaba de felicidad, la vida volvía a sonreírles a ambos que vivieron tantos años tras la sombra de la querida Anne.

—Anunciaremos el compromiso al regresar a Londres —la bajó Bradley comunicándole su decisión.

—¿Estás seguro que mi padre no se opondrá?

—Déjalo en mis manos...

Durante la noche nuevamente se encontraron haciendo el amor intentando saciarse mutuamente, eran como fieras hambrientas buscando la forma de expresar sus más profundos sentimientos.

Ella no pudo dormir muy bien de la emoción, era todo tan increíble, aun no lo creía, debía ver qué opinaba su familia, en especial la reacción de Cecilia, no sabía de qué era capaz.

Por la mañana partieron de nuevo a Londres, donde les esperaban aun muchas pruebas. Estaban en silencio dentro del carruaje, solo sonriéndose mutuamente. Era extraño estar con él después de haber intimado antes del matrimonio, sabía que era un riesgo, pero creía ciegamente en cada palabra que él le decía. No la abandonaría ni se aprovecharía de ella.

Miraba cómo ella tenía su mirada fija en el paisaje, y una sonrisa permanente en su rostro, aunque debía decirle que al llegar a Londres, debían separarse, había normas que cumplir.

—Imogen, hasta el día de nuestra boda te quedarás con tus padres.

Su alma había tocado sus zapatos, estaba por los suelos con aquella noticia.

—¡No me lo digas! No quiero estar con Cecilia.

—No será por mucho. Pediré una licencia especial para casarnos en como mucho, dos semanas.

—Creo que podré soportarla, lo he hecho por casi 18 años, puedo hacerlo dos semanas más —manifestó un poco dudosa.

—Te visitaré todos los días, tocaremos el piano juntos, sentirás que ya vivo contigo, verá mi cara todos los días hasta el hartazgo, milady. —Sonrió bromista.

—Me encantaría. Y también tú tocarás y yo cantaré.

—Tu voz es tan dulce, que ya deseo que cantes para mí.

—¿Quiere que lo haga, señoría? Puedo officiar un concierto privado en un carruaje en movimiento.

—Si gusta deleitarme, milady, muéstreme sus talentos.

Imogen dio rienda suelta a su felicidad y le cantó a Bradley. Él estaba verdaderamente impresionado, esa mujer lo estaba convirtiendo en un blandengue romántico, ¿pero qué más daba? Era todo lo que deseaba.

Tiempo después, habían llegado a su destino.

—Baja cariño —pidió Bradley, tendiendo su mano para que la tomara.

—¡No quiero! —se negó agarrándose del asiento del carruaje.

—No seas caprichosa, Imogen —la regañó Bradley tomando su brazo para bajarla.

—¡Está bien, está bien! —se quejó bajando enfurruñada y con los brazos cruzados.

El mayordomo los recibió y los hizo pasar a la sala. La madre de Imogen lloraba de felicidad mientras la veía cruzar el umbral de la puerta.

—¡Imogen! ¡Por qué le hiciste esto a tu madre! ¡Eres una desconsiderada! —exclamaba su madre sin descanso mientras la abrazaba.

—Madre, perdóneme.

Bradley observaba la escena y vio al conde con el rostro serio, mirándolo.

—Milord, debo hablar con usted —manifestó Bradley acercándose al caballero.



—Vayamos a mi despacho —indicó, haciendo que él lo siguiera.

Entraron, el conde pasó a su asiento y le indicó a él que se sentara.

—Como se lo dije, aquí está su hija, ahora, ¿qué hará usted con ella?

—Es una buena pregunta, no lo sé. Casarla no creo, el conde de Coventry ha desistido de casarse con ella, creo que quizás un convento sea...

—Ni lo piense siquiera, ella no puede ir a un convento, la mataría. Tengo un trato para usted.

—Lo escucho.

—Concédame la mano de Imogen.

—Pero...

—Déjeme terminar, deme su mano y usted tendrá sus deudas de vuelta.

—Pero si el barón las tiene.

—Él ya no es dueño de sus deudas, yo se las compré —contó con suficiencia.

—¿Cómo?

—Créame, haría cualquier cosa para no casarme nunca con Cecilia, pero sí con Imogen.

—¿Está usted demente? Imogen es una descarriada.

—Le agradecería que no hable así de ella en mi presencia, milord, no puede negarse a que se case conmigo —amenazó con tono mordaz.

—¿Por qué no?

—Porque... ella ya es mi mujer y sepa entenderlo —confesó. Utilizaría todas sus armas para que el hombre le entregara, con gusto o sin él, la mano de Imogen.

El conde tenía la mirada furibunda, ese hombre había robado la virtud de su niña.

—Prometo hacerla feliz, amo a Imogen, no le faltará nunca nada a mi lado.

El conde parecía cansado y confundido. Se preocupaba por el futuro de su pequeña rebelde.

—¿No será que usted ve a Anne en ella?

—No. Imogen es única, al igual que lo fue Anne... —explicó.

Ambos hombres estaban aun discutiendo en el despacho, mientras Imogen escondía el anillo con su otra mano.

—Imogen, ¿qué tienes ahí?

—¿Dónde, madre? —se hizo la desentendida.

—En tu mano...

—Nada, madre —intentó esconder el anillo aun más.

—¡Algo tienes niña, muéstralo! —ordenó su madre.

Cecilia se había unido a ellas, estaba girando los ojos por la rabia que le producía que Imogen fuera tan terca, aparte de molestarle su sola presencia de nuevo entre ellos. Se acercó, sacó la mano que cubría el anillo.

—¿Un anillo?! ¿De dónde lo sacaste? —increpó Cecilia observando lo hermoso y valioso que se veía.

—Es mío...

—¿Quién te lo dio? —preguntó su madre.

—Bra...

—Fui yo, lady Vitoria, es un anillo de compromiso, significa que Imogen será mi esposa.

Cecilia, con el corazón roto, lo miraba con desprecio. Después observó a su padre que iba a decir algo.

—He concedido la mano de Imogen a su señoría, aquí presente —comunicó a su sorprendida familia.

Imogen saltó agradecida hacia su padre, casi ahogándolo con un abrazo.

—Gracias, padre, no se arrepentirá. —Seguía abrazada cariñosamente.

Su prima hervía por dentro. Fingió felicitar a la feliz pareja, se quedó un momento a compartir una copa y luego se retiró a su habitación.

—¡Maldita seas, Imogen! ¡Maldita seas! —gritaba llorando mientras arrasaba con cosas de su habitación—. Nunca serás feliz con ella, así como perdiste a Anne, perderás a Imogen. También se va a morir —continuaba con su rabieta, pensando en cómo deshacerse de su odiosa prima.

Aún en la sala, festejando, Bradley se levantó del sillón.

—Lo siento, pero debo comunicarle a mi familia sobre nuestro compromiso.

—¿Y debe irse, señorita? —consultó Imogen afligida. La dejaría sola en esa casa.

—Sí, milady, volveré mañana por usted, quizás salgamos a dar un paseo.

—Lo estaré esperando entonces.

—Imogen, compórtate... —reprendió su madre ante la ansiedad de su hija por su prometido.

—Sí, madre...

Bradley llegó a su casa y se encontró con toda la familia reunida, incluso a Angeline y a Daniel.

—Qué placer verlos a todos reunidos —saludó en un salón repleto.

—El placer es nuestro, querido hijo. Qué por fin te dignas en aparecer por tu casa, ¿dónde estabas? Sales sin decirnos nada, ¡por Dios!, vas a matarme, niño.

—Madre, estoy bien, fui a Escocia.

—¿A qué fuiste ahí? —curioseó su gemelo.

—Brandon, si me dejas terminar, lo sabrás —carraspeó la garganta y orgulloso continuó—. Fui a traer a mi prometida, lady Imogen y yo pronto nos casaremos...

Todos se habían quedado un poco atolondrados por la noticia, hasta que reaccionaron, y las felicitaciones se hicieron casi inacabables.

## Capítulo 22

Cecilia no podía contener su ira, y Rita trataba de calmarla de todas las formas que podía.

—Milady, cálmese, debe pensar en algo...

—¡Ahora solo quiero matarla, descuartizarla y tirar sus restos al Támesis!

—Piénselo, todavía hay tiempo de impedir el matrimonio, y yo la puedo ayudar.

—Dime, ¿cómo puedes ayudarme entonces, Rita?

—Un... accidente lamentable, milady... —sugirió su doncella.

Cecilia se limpió las lágrimas con las mangas de su vestido mientras se iba animando con la idea que le dio su doncella.

—Sí, puede ser...

—Debemos seguirla y saber qué hace, déjela estar con su señoría, quizás en una de esas podamos llevar a cabo una buena idea.

—Eres maléfica, Rita, creo que le diré a padre que te aumente el sueldo.

—Con todo lo que tengo que limpiar aquí, estaría bastante bien un ligero aumento —alegó sonriéndole a su lady.

—Rita, Rita, Rita... tú serás mi arma para deshacerme de Imogen.

—Será un placer liberarla de esa odiosa, milady.

Cecilia y su doncella eran tal para cual, cómplices que odiaban a Imogen sin un motivo aparente.

A la mañana siguiente el piano de la casa estaba disponible para que lo

tocara Imogen. Estaba tan feliz que solo quería expresarlo con bellas melodías.

Tocaba y tocaba sin ánimos de parar, se sentía libre y tranquila, su madre bajó para acompañarla.

—Tocas tan bien, Imogen —la felicitó sentada al lado.

—Gracias, madre, es por Anne, ella me enseñó.

—Pensé que no te gustaba que te compararan con ella.

—No me gusta, pero tampoco le sacaré el mérito por haberme enseñado su secreto.

—¿Su secreto?

—Tocar con el corazón, que es lo que estoy haciendo.

—Estás muy contenta, ¿no es así?

—Lo estoy y mucho. Bradley es maravilloso, madre.

—Es un joven muy bueno, eso no lo dudo ni un minuto, como cuidó y se desvivió hasta que Anne nos dejó.

—La amaba mucho, estoy tan feliz de que ella haya conocido el amor.

—Él también toca el piano, lo hacía para tu hermana. Ella murió escuchándolo tocar su melodía preferida.

—¿Es verdad, madre?

—Ella murió en aquel sillón que está ahí —señaló lady Vitoria a su izquierda.

—Aún no entiendo cómo es que ella murió, era muy saludable, nunca la había visto enferma.

—Es algo que ninguno de nosotros jamás entenderá, y ya que has tocado el tema, el doctor Brian vendrá a verte.

—¡Pero, madre, estoy muy bien! —se quejó.

—No importa. No vamos a correr riesgos, ¿lo entiendes?

—Está bien, saldré al jardín, me avisan cuando llegue. —Se levantó enfurruñada, había vuelto a su saludable celda.

Mientras tanto, Rita llegaba del mercado con algo que le había pedido

Cecilia.

—¿Lo has traído?

—Claro, milady. —Sonrió cómplice.

—Con esto parecerá un accidente lamentable.

—Es altamente efectivo, eso me dijo el hombre que me lo vendió.

—Pues lo sabremos en pocos instantes. ¿Ves allá? Ella está bajo el árbol, ve a llevarle algo para beber y déjale eso ahí.

—Con gusto, milady...

Rita bajó a la cocina y preparó una limonada para Imogen. Eso sería suficiente para que tuviera un refrescante accidente.

—Con esto bastará para que usted deje de molestar a milady —espetó, colocando el vaso en la bandeja.

Imogen se encontraba sentada en el césped leyendo un libro de Anne, cuando Rita se le acercó muy amablemente.

—Milady, le traje un poco de limonada, si gusta —ofreció cándida.

—Oh Rita, no te hubieras molestado, pero ya que lo hiciste, me lo voy a beber...

—Disfrute, milady —pronunció dándose la vuelta para abrir un frasco con un bicho muy venenoso dentro. Lo dejó sobre el vestido de Imogen en la parte trasera cuando le dio la espalda para beberse la limonada.

El animal iba lentamente subiendo por su falda sin que ella se diera cuenta. Siguió moviéndose lentamente, hasta que casi había llegado a sus manos.

—¡Maldita sea, Imogen! —masculló Bradley golpeando el brazo de Imogen con una no muy delicada patada. El animal salió disparado, y Brian lo pisó.

—¡Qué diablos sucede contigo, Bradley! —exclamó enfurecida y dolorida por la patada.

—Mira lo que se te estaba subiendo —dijo Brian sacando el pie del cuerpo aplastado del animal.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—Los he visto mucho. Es un escorpión. En América matan a varias personas

al año, aquí no tenemos una cura contra la picadura, si te llegaba a picar ibas a morir.

—¡Imogen, ten más cuidado! —La abrazó Bradley con todas sus fuerzas. Había pasado un susto de muerte cuando Brian le dijo que ella tenía un escorpión en el brazo, temía por ella, estaba realmente asustado.

—Estoy bien, Bradley, muchas gracias a ustedes por salvarme, no sabía que teníamos esos bichos en el jardín.

—Pues creo que eso no pertenece al jardín, no es un clima propicio para este tipo de animales.

—Entonces, ¿de dónde salió? —cuestionó Bradley.

—No lo sé... —respondió Brian.

—Mi madre tuvo que llamarlo nuevamente, ¿no es así, doctor?

—No puede definitivamente dejarme tranquilo, pero paga bien para que esté sana. —Le sonrió.

—Mejor dicho te paga por nada —discrepó Bradley, ya celoso por la intimidad entre su primo y su prometida.

Entre ellos ya habían llegado a un acuerdo sobre Imogen, Brian respetaría su nuevo estado, sería su prima.

—¿Qué clase de ángel guardián tiene esa majadera? —rugió Cecilia, molesta.

—Estábamos a punto de conseguirlo, milady, es una lástima que aparecieran ellos —lamentó Rita para consolar a Cecilia.

—Estar cerca no es suficiente. Ya tendremos otra oportunidad, pensemos, tenemos poco tiempo.

—Si su señoría viene todos los días, no creo que podamos hacer mucho.

—Pues tendremos cuidado, Rita, pero juro que vamos a deshacernos de ella. Ve y averigua qué van a estar haciendo en estos días.

—Sí, milady —obedeció.

En la habitación, Imogen era revisada por Brian. Ella estaba perfectamente sana, pero él debía cumplir con su trabajo.

—Esto es tonto. ¡Estoy sana! —se quejó Imogen con un mohín.

—Más vale dejarte revisar, querida.

—¿También tú, Bradley? Estoy bien, muy bien, no tengo nada.

—Más vale prevenir que...

—Que curar, ya lo sé —gruñó.

Brian la revisaba bajo la estricta mirada de Bradley, que aun celaba de su primo, básicamente no confiaba mucho en él cuando estaba a solas con Imogen.

—¿Y bien? —preguntó Bradley.

—Es evidente que está sana. Su corazón está un poco acelerado, pero creo que se debe al susto por el bicho o quizás a mí...

Bradley lo miró serio.

—No es cierto, está perfectamente bien, ahora me retiro. Fue un placer, Imogen —se despidió besando con fineza su mano.

—Gracias, doctor, es un ángel.

—Termina de irte, Brian, de mí no hace falta que te despidas —lo expulsó poco civilizado su primo.

Inclinó la cabeza con una sonrisa y los dejó solos.

—No seas cruel con él, Bradley.

—Le agradas en demasía —espetó con seriedad.

—No es mi culpa, él ha sido amable, y yo le correspondo.

—Tú —la señaló—, mujer pelirroja, le has dado alas a mi primo, eso es lo que pasa.

—Quizás uno que otro beso de agradecimiento, pero no más que eso.

Él se acercó a Imogen, sujetándola firmemente de la cintura. Su porte dominante y autoritario salía a flote.

—Voy a borrar cualquier tipo de beso que te hayan dado, Imogen. Solo tendrás los míos. —La besó con insondable pasión, tanta que los envalentonaba para ir más allá que la simple posesión de los labios.

Rita estaba escuchando tras la puerta, «Esta información no le gustará a lady



Cecilia», le dijo su mente, mientras ese silencio, no era símbolo de algo bueno.

Se quedó un poco más de tiempo, hasta que escuchó pasos que venían del cuarto y corrió por el pasillo.

—Salgamos —lo cortó—. Bradley, no queremos levantar sospechas y que por presunciones, termine castigada.

—¿Qué tal si vamos a tocar un poco el piano?

—Suena encantador, tú tocas y yo canto.

—Eres tramposa. —Le sonrió abriendo la puerta para que pasara ella.

—¿Deseas cantar tú?

—No es un talento que posea, mi querida dama...

—Entonces, caballero, confórmese con lo que hay —indicó tomando ventaja para llegar hasta el piano.

## Capítulo 23

Ambos bajaron cómplices sonrientes luego de haber dejado la habitación. Estaban inmersos en las emociones que sentían uno por el otro.

Bradley se sentía completo a lado de Imogen, y ella sentía ser realmente libre de las ataduras que llevaba desde la muerte de Anne.

—Elige la melodía, Bradley.

—Está bien —aceptó.

Comenzó a tocar la melodía de Anne, Imogen amaba esa melodía, pero la hacía sentir incómoda, como si le estuviera robando algo a su hermana.

Se puso a cantar para intentar liberarse de esa culpa que no tenía razón de ser, sin embargo, no estaba resultando muy bien. Terminaron con esa melodía y luego le tocó una más alegre.

Cecilia observaba desde la escalera y una nueva idea macabra se le había ocurrido.

Rita le había contado que ambos se acicalaban como gatos después de que el doctor Lowel se retiró, y eso le llenó aun más de odio. Esperaría que él se fuera y luego echaría un poco de veneno en su insulso corazón.

Bradley se fijó en el rostro de Imogen y vio que algo andaba mal, no tenía aquella mirada feliz de cuando había cantado para él un día antes.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió un poco ida—, solo estoy un poco cansada —mintió.

—Entonces me retiro. Estaré aquí mañana por la tarde, durante la mañana

estaré atendiendo asuntos del ducado de mi padre.

—Estaré esperando por ti —replicó sin mucho ánimo.

—¿De verdad estás bien, Imogen? ¿No te sientes mal? —La miró con gesto preocupado.

—Debe ser la tensión y el susto por el bicho raro del jardín —justificó sin mirarlo.

—Brian dijo que aun tenías latidos rápidos. Sube a descansar —mandó besando su frente.

—Adiós... —Le entregó una sonrisa tímida y para nada alegre.

Bradley abandonó la residencia dejando un sabor amargo en su visita a Imogen. Algo la incomodó y de eso estaba seguro, al día siguiente lo averiguaría mejor.

—¿Todo bien, hermana? —preguntó Cecilia bajando las escaleras.

—Sí, todo bien.

—Creí haber escuchado la melodía de Anne, ¿tú le sugeriste para que la tocara?

—No, él solo la tocó —respondió avergonzada frente a Cecilia.

—Esa melodía se la llevó a la tumba mientras él la tocaba, creo que la estaba recordando.

—No, no es así —discutió con poca convicción.

—Se la recuerdas tanto, seguro por eso se casará contigo.

—Cecilia, no voy a caer en este juego...

—Te quiero —la abrazó Cecilia forzándose a llorar—, quiero tu felicidad. Sé que somos primas, pero para mí eres una hermana.

Imogen estaba sorprendida. Ella nunca se comportaba así.

—Sé que a veces soy un poco malvada, pero ya sabes, siempre fui así, sin embargo, no quita que te adore...

Ella no podía dejar el estado de estupefacción en el que Cecilia la había sumergido. Le era imposible articular una simple y sencilla frase.

—Y para que veas que no soy malvada, te invito mañana a Hyde Park,

vamos a dar un paseo a las orillas de lago. ¿Te agrada?

Cecilia la miraba con esos lagrimeantes ojos azules, no podía negarse.

—Acepto...

—Vístete, hermosa Imogen. Disfrutaremos juntas, como no lo hicimos antes.

—Por supuesto —indicó Imogen mientras subía las escaleras.

Seguía aun sorprendida. Creía que la ayuda de Brian sería fundamental en este caso, pues su prima, en definitiva, estaba enferma de algo muy grave.

—¡Milady, fue una actuación magistral! —la engalana Rita.

—Es un jaque mate. Nunca sospechará de mí si soy su amiga íntima, la mejor y más cariñosa prima.

—¿Y ahora qué viene?

—Mañana lo sabrás, querida —dijo Cecilia con gran secretismo, pero sin duda, no sería bueno.

—Estoy ansiosa por saber.

\*\*\*

Esa misma noche en White's, estaban Stephen, Brandon, Brian, Daniel y Bradley sentados en una ronda de brandy.

—Dos han caído y faltaban tres.

—Stephen es como un dos y medio, Helen ya lo tiene bien sujeto de la campana —se burló Bradley con humor.

—Ten cuidado de cómo hablas de mi hermana —sugirió Daniel con cara de pocos amigos.

—¿Acaso te hemos dicho algo sobre cómo te llevaste a nuestra hermana? —replicó Brandon con un tono que encerraba un poco de rabia.

—¡Vinimos a divertirnos, caballeros, no a matarnos entre nosotros! —alegó razonable Stephen.

—Pues tenemos a otro que entrará al equipo de los casados y es mi querido gemelo.

Brian ni se inmutó, pues él ya lo sabía al igual que Daniel.

—Mañana será publicado —anunció lleno de orgullo.

Todo era un ambiente de algarabía, hasta que Daniel no pudo ocultar más su preocupación.

—Bradley, Brandon, Brian... —Sacó todo el aire de sus pulmones, quizás esa fuera su última noche.

—¿Qué? —dijeron los tres al unísono.

—Angeline.... está de nuevo...

Ni siquiera terminó cuando Bradley y Brandon se tiraron como fieras salvajes sobre él.

—¡Maldita sea, Bellamy! ¡Vas a matar a nuestra hermana! ¿Eres idiota? —masculló enfurecido Brandon tomándolo de una prenda mientras Stephen trataba de separarlos.

—¡Ustedes no conocen lo insistente que puede ser su hermana, soy hombre, caí! —se justificó tapándose el rostro para evitar que le dañaran con puñetazos.

—¡Sabes que te mataré si se muere! —gruñó amenazante Bradley, intentando alcanzarlo, pero Brian lo sostenía.

—Primos queridos, dejen de comportarse como cavernarios. Yo seguiré el embarazo de Angeline el tiempo que me quede en Londres.

—¿Cuánto? —musitaron los gemelos.

—Un año quizás. El tío Brent quiere mostrarme cosas del título.

—Está bien. Entonces tú serás el responsable si algo sale mal —sonrió nervioso Daniel mientras los ocho ojos lo miraban como si estuviera loco.

—¿Cuándo se lo dirán a nuestros padres? —cuestionó Bradley.

—Hoy... por eso estamos aquí —confesó sentándose.

Brandon emitió una queja ininteligible y se tomó del rostro mientras Bradley negaba con la cabeza y miraba al techo.

—Ahora también van a matar a nuestra madre —se quejó Brandon.

—Qué velada más agradable —manifestó aburrido Stephen bebiendo su

copa de brandy—, agradable, muy agradable.

En la residencia de los Waldow, la guerra de familias se hacía difícil. Confesar el embarazo de Angeline era muy conflictivo, por lo que acudió con sus suegros y su cuñada mientras Daniel les contaba a sus hermanos.

Alen y Darline casi estaban muriendo de rabia y pena.

—¡Madre, por favor no se ponga mal! —rogó Angeline al ver el rostro descompuesto de su madre.

—¡Dónde está ese infeliz! —reclamó Alen—. ¡Yerno mal agradecido! ¡Quiero su cabeza!

—Alen, cálmate —pidió Alfred con un gesto de manos.

—¿Qué me calme? ¡Qué calme! ¡Tu hijo va a matar a mi hija, es un infeliz que no puede mantener el pantalón alzado!

—¡Padre! —Se escandalizó Angeline por el poco decoro de su padre—. El marquesado necesita un heredero varón.

—¿Él te lo exigió? —preguntó Darline.

—¡Por supuesto que no, madre! Yo lo busqué.

—Así que fue tu hija quien no pudo mantener las faldas en su sitio —replicó Alfred, ante la poco amable mirada de los Waldow.

—¡Debí haber aceptado el duelo hace años! Ahora no seríamos familia y hubiera alimentado a los caimanes con tu hijo.

—Por qué no bajamos un poco la voz y nos calmamos. El bebé ya está ahí... —dijo Esther intentando contener los caldeados ánimos—, solo debemos apoyarlos a ambos y no dar disgustos.

—Madre tiene razón, Angeline y Daniel nos necesitan —razonó Helen.

—Espero que Stephen sepa mantener el pantalón arriba siempre —dijo con sarcasmo Alen.

—¡Más respeto! —gruñó Alfred.

Los jóvenes llegaron cuando la casa era un alboroto terrible.

—¡Brandon! —Lo abrazó Emma al llegar.

—¿Qué haces afuera? Te dejé con mis padres, ¿qué haces con Arthur?

—La casa está de locos, querido. Salí por mi bien y por el del bebé. No quiero que se adelante con tanto barullo.

—Quédate con Arthur, vendré después por ti.

—Ten cuidado, son unas fieras.

Al momento en que Daniel traspasó la puerta, Alen posó sus ojos en él.

—¡Hasta que se dignó a aparecer el engendro! —declaró Alen que nunca en su vida estuvo tan enojado, ni había perdido los estribos.

—Excelencia... —pronunció Daniel, tragando saliva.

—¿Puedes explicarme cómo es que mi hija está embarazada nuevamente?

—Es algo natural, padre —manifestó Angeline, intentando defender a su esposo.

—¿Natural? —dijeron Alen y los gemelos.

—El marqués necesita un heredero y debo ser capaz de dárselo, nuestra hija no podrá llevar el título y lo saben.

—Angeline —dijo Daniel acercándose a ella—, no debimos haberlo hecho, tu vida está...

—¡Basta! —gritó Angeline frente a todos para que la escucharan—. Soy fuerte, voy a poder hacerlo. Les prometo a todos que viviré.

—Disculpen que me meta, pero soy médico y puedo ayudar. Atenderé el embarazo de mi prima Angeline, tengo experiencia en personas con enfermedades del corazón como ella —indicó Brian para que aquella situación agobiante dejara de afectar a su prima.

—¡Gracias, Brian! —Se arrojó Angeline para llorar en sus brazos—. Eres mi esperanza.

—Confíen en mí. Lo único que deben hacer es quedarse en Londres y dejar Bath.

—Nos mudaremos mañana mismo —aseguró Daniel.

Brian los calmó a todos. Sus palabras fueron como una brisa de aire fresco a las muy asustadas familias Waldow y Bellamy.

## Capítulo 24

El amanecer había sido mejor en el hogar de los Waldow, todos estaban más tranquilos, era una gran ventaja un médico en la familia.

—Bradley —lo llamó su padre.

—¿Sucede algo, padre?

—Esta mañana no podremos ir a ver los asuntos del ducado, lo haremos por la tarde —informó su padre tomando un té en su despacho.

—Entonces iré a ver a Imogen.

—Mira el periódico —mandó Alen, entregándoselo para que lo leyera.

Bradley miró con orgullo el periódico.

—Muy bien hecho, jovencito. Estoy contento con la decisión que has tomado. Trae a la muchacha para tomar el té esta tarde con tu madre.

—Lo haré...

La incredulidad estaba casi consumiéndolo al conde de Torrington, mirando en el periódico el anuncio del compromiso de su rebelde hija Imogen.

—¡Mira, Vitoria! —el conde le enseñó el periódico.

—¡El aviso de tu compromiso, Imogen! —Le brillaron los ojos a la condesa al ver el nombre de su hija, y que nada más y nada menos, sería desposada por un marqués.

—¡¿Qué?! —exclamó ella arrancándole el periódico de las manos a su progenitora.

—¡Es oficial, Imogen! —fingió Cecilia estar emocionada. Todo era igual que



cuando él quiso casarse con Anne.

—Es oficial —murmuró apenas audible, era difícil contener la emoción, pero debía hacerlo.

—Bien, Imogen, vamos. Hoy ambas necesitamos respirar aire fresco.

—¿Dónde van niñas? —preguntó su madre extrañada al verlas querer salir juntas.

—A Hyde Park, madre. Cecilia me invitó a pasear.

—Qué grata noticia —sonrió el conde, dándoles la bendición para que fueran juntas.

Fueron caminando lentamente, Imogen se sentía muy desconfiada por la repentina amistad de Cecilia. De cierta forma sentía que debía estar alerta, era poco creíble que alguien cambiara su actitud de la noche a la mañana.

—Mira, Imogen, un puesto de limonadas ¿Qué te parece si compro dos? Hace calor. —Se abanicó Cecilia con la mano.

—Oh sí, estaría bien...

—¿Qué tal si me esperas en la orilla del lago?

—Le tengo un poco de miedo al agua. —Sonrió nerviosa.

—Imogen, ¿que no te gusta nadar en verano? Toda la sana sociedad lo hace en sus residencias solariegas.

—No sé nadar... —Se sonrojó avergonzada.

Había tantas cosas que no sabía hacer gracias a que sus padres la habían sobreprotegido, o mejor dicho, prohibido que practicase cualquier actividad peligrosa que pusiera su vida en riesgo.

Como Cecilia se lo esperaba, ella no sabía nadar, era su oportunidad para acabar con su prima en un triste accidente.

—Imogen, no te vas a lanzar, ve y espérame ahí, disfruta el paisaje —indicó Cecilia para que se confiara y fuera hasta ahí.

—Es cierto...

Imogen fue y caminó por la orilla, hasta que se paró por el cansancio mientras Cecilia iba en busca de las limonadas.

—¡Oye, tú, niño! —llamó a uno de los que corría enloquecido por el parque  
—. ¿Quieres ganarte dos libras?

—¡Claro, milady! Usted manda...

—¿Ves a la pelirroja parada en la orilla del lago? Necesito que la empujes al agua y desaparezcas.

—Pero milady...

—No te preocupes, es solo un juego. Es una magnífica nadadora.

El niño asintió conforme con lo que le había dicho la elegante dama.

—Muy bien... —dijo Cecilia entregando las dos libras.

Bradley había decidido adelantar su visita a la casa de Imogen, pensó que la sorprendería, pero el sorprendido fue él al saber que había salido con Cecilia.

—¿Puede decirme a dónde fueron? —preguntó al mayordomo.

—Fueron a Hyde Park, señorita.

—¿Hyde Park? Bien, no está muy lejos, las alcanzaré.

Ingresó al parque buscando a ambas jovencitas, Imogen no debería ser difícil de ubicar en una multitud de gente. Vio que ella estaba mirando del otro lado del lago, cuando un niño la empujó directamente al agua.

Sentía el frío del agua chocar con el calor de su cuerpo, estaba en el agua y no sabía nadar

—¡Ayuda! —gritó desde el agua—. ¡Ayuda!

Cecilia miraba complacida que ella se estuviera ahogando, la llenaba de júbilo, mientras el resto de los presentes se acercaba a la orilla, ella caminaba despacio con las bebidas en la mano.

—¡Ayuda! —repitió casi hundiéndose. La gente observaba, pero no ayudaba, estaba segura que moriría.

—¡Imogen! —llamó Bradley lanzándose al agua.

Ella se iba hundiendo cuando la tomó de la cintura y la sacó del agua. Tosía sin parar, había tragado mucha agua.

Cecilia miraba atónita, ¿de dónde había salido para salvarla? ¡Qué mala suerte!

—Brad... Bradley... —intentó hablar mientras se sentía contenida en sus brazos.

—¿Estás bien?

—Casi... muero —comenzó a llorar.

—Ya estás a salvo, querida mía —decía aferrado a ella, estuvo a punto de perderla otra vez.

—Señoría, ¿qué hace aquí? —preguntó Cecilia acercándose a ellos.

—¿¿Dónde estaba usted cuando le sucedió esto a Imogen?! —replicó casi histérico.

—Comprando limonada para ambas, le dije que me esperara y disfrutara del paisaje....

—¡Pues mire cómo lo disfrutó! —la acurrucó en sus brazos y se disponía a ir con ella.

—¿A dónde la lleva?

—A su casa. Suba al carruaje, lady Cecilia, las llevaré.

Imogen aun temblaba conmocionada, había pasado un susto horrible.

—Estás a salvo, deja de temblar —pidió Bradley acariciando su rostro.

—Sentí tanto miedo, no sé cómo caí.

—Un niño te empujó, Imogen —contó Bradley, recordando lo que había visto.

—¿Un niño?

—Lo vi...

—Los niños son juguetones, quizás solo se quiso hacer el gracioso con otros amigos —justificó Imogen más tranquila.

Cecilia asintió. Si hubiera salido bien, nadie desconfiaría de ella, al igual que nadie sospecharía de ella en este momento, fue una excelente idea pagarle a un niño.

—Hemos llegado, damas, bajemos —ordenó Bradley.

Entraron a la casa, Imogen estaba empapada y temblaba por el frío que sentía.

—¡Imogen, Dios bendito! ¿Qué te ocurrió? —preguntó su madre al verla empapada y tiritando de frío.

—Me empujaron al lago, madre.

—Pero si tú no sabes nadar.

—Casi me ahogo, madre, si su señoría no llegaba estaría muerta. —Tragó saliva.

—¡Por Dios, Imogen! Ve ahora, toma un baño y cámbiate de ropa, que no te dé un resfriado.

—Sí, madre —obedeció subiendo las escaleras.

—Imogen —dijo Bradley—, vendré por ti esta tarde para llevarte a un té con mi madre.

—Estaré esperando encantada.

—Me marchó, nos vemos por la tarde —inclinó la cabeza y salió de la casa, también debía cambiarse la ropa empapada.

Bradley abandonó la casa de Imogen apresuradamente. Debía sacarla de esa casa lo más pronto posible. La licencia especial debía adelantarse, hablaría con sus padres para que lo ayudaran con todos los arreglos del matrimonio.

—¿Dónde estuviste tú, Cecilia, cuando le ocurrió eso a tu hermana?

—Comprando limonada, ella me esperaba muy cerca del agua...

—Cecilia, si en algún momento vuelves a salir con Imogen, no dejes que se acerque a nada peligroso, por favor —pidió su madre.

—Sí, madre, yo siempre cuidaré de mi pequeña hermanita. —Sonrió en tono sarcástico.

Bradley le había contado sus inquietudes a Stephen, aprovechando su visita. No tenía con quién desahogar sus miedos.

—¿Crees en las coincidencias, Bradley?

—¿Qué?

—Escorpiones y ahogamiento no son coincidencias, alguien no la quiere viva, al menos es mi teoría.

—Stephen, ¿quién no amaría a Imogen? Es bella, talentosa, amable y grácil.

—¿Su prima, quizá? Has dicho exactamente todos los motivos por los cuales una mujer celosa podría querer matar a otra.

—No la creo capaz de querer matar a nadie, en las dos ocasiones estuvo lejos.

—Entonces solo resta esperar otro atentado a la vida de lady Imogen para comprobar mi teoría.

—No sabía que te habías vuelto un detective, mi buen Stephen.

—Una recomendación que te hago es alejarla lo más pronto posible de su familia antes que termine mal. —Se recostó relajado en la silla.

—En eso estoy, ¿crees que no estoy haciendo lo posible para llevármela pronto?

—No lo dudo... ¿Qué te parece si ponemos en práctica mi teoría?

—¿Cuál?

—Acabamos de discutirlo, la teoría de atentados para lady Imogen. Es perseguida por las desgracias. Si todo es como lo pienso, sufrirá otro ataque pronto, antes de tu matrimonio con ella.

—¿Y qué sugieres, mi genio amigo?

—Engañar al que pretende dañar a tu amada, ponerla en una situación de la que ella no pueda escapar —indicó mirándolo fijamente—. Un ejemplo, ella cayó al agua no sabiendo nadar, era prácticamente una muerte segura, ahora, ¿qué más sabes sobre una debilidad de lady Imogen?

—No sabe montar...

—¿Y quién más lo sabría? Su familia, ¿no es así? La fiesta campestre que daremos será el momento ideal para probar nuestra teoría.

—Tu teoría —corrigió—, yo no pondré a Imogen en peligro.

—No estará en ningún peligro, anunciaremos que ella montará un caballo y cual será, luego yo me subo al caballo y si algo me pasa... ¡Lo tenemos! Alguien quiere matarla. Sencillo...

—Estuvimos desmeritándote durante demasiado tiempo, eres de lo más macabro —lo alabó golpeándole el hombro.

—Estoy arriesgando mi pellejo para demostrarte que esto es verídico, solo quiero que Brian esté cerca por si me parto el cuello.

—Te lo cumpliremos. Tu último deseo para Helen, ¿cuál es?

—Que jamás se case si yo muero, de lo contrario, sí lo hace, me revolcaré en la tumba.

—Perfecto, ahora si me permites voy a buscar a mi amada para el té —lo invitó a irse con él.

## Capítulo 25

—¡Este no, este tampoco! ¡¿Qué no tengo nada decente para aparecer frente a la duquesa?! —gruñó Imogen enojada mientras tiraba cada vestido que le pasaba Rita, todos le parecían inapropiados para presentarse frente a una duquesa.

—Milady, quizá si usa el vestido... —sugirió Rita, uno amarillo con bolados dorados.

—Rita, ¿qué te parece si te marchas y te llamo para que me lo acondiciones? —indicó molesta por aquella horrenda elección de vestuario, era pésima escogiendo ropa, era raro que Cecilia siempre se viera immaculada teniéndola de doncella.

—Sí, milady. —Se retiró y cerró la puerta—. ¡Uy, cómo la odio! —expresó volviendo a sus demás quehaceres.

—¡Este es perfecto, verde! —exclamó viendo un vestido decente, verde con encaje blanco—. Debo darle un buena impresión a mi suegra, la última vez que la vi creo que no le habré caído muy bien —mencionó mientras se colocaba el vestido encima de su cuerpo para ver si le quedaba como deseaba.

Imogen había terminado de arreglarse, estaba un poco pálida, aunque siempre era así, jamás estuvo de otro color salvo más roja, salía mucho al sol y terminaba en carne viva.

—¡Estoy lista! Voy a bajar —se anunció mirando al espejo, echándose una última vista.

Imogen bajaba muy feliz para esperar a Bradley en el piano, pero al bajar no le agradó lo que vio.

—¿Qué hace usted aquí?

—Lady Imogen, sus modales no han mejorado, le sigue faltando ser domesticada.

—Siento tener que pedirle que se retiré, milord. Usted no es bienvenido en esta casa, solo mi prometido.

—Su prometido soy yo, lady Imogen. ¿Qué pensaba? ¿Qué me vería la cara?  
—Se acercó y le apretó el brazo con fuerza.

—Me lastima, suélteme...

—¡Suéltela! —exigió el padre de Imogen.

—Milord, usted no es un hombre de palabra. Ha cedido a dos hombres la mano de su hija.

—Usted dijo no quererla más, entonces ¿por qué no la cedería a otro que dice estar interesado en ella?

—Cambié de opinión...

—Pues yo no, ella está comprometida con el marqués de Blandford, ahora si nos disculpa, debe retirarse, Imogen tiene un compromiso.

—Esto no quedará así —amenazó el conde de Coventry.

—Hasta luego, milord... —Le abrió la puerta el padre de Imogen para que se fuera.

—¡Padre, ese hombre es tan desagradable, ya ve por qué huí!

—No sé cómo pude haberle dicho que se case contigo.

—Lo importante es que ahora ya todo está bien, padre...

Bradley bajaba de su carruaje cuando se encontró al conde saliendo de la residencia de su futuro suegro.

—¿Qué hace usted aquí? No creo que se le haya perdido algo.

—Aquí está la dama que necesita de una mano dura.

—Soy su prometido y le pido que no se acerque a incomodar a Imogen y a su familia.



—¿Cree usted que su compromiso ya está asegurado?

—¿Por qué no he de creerlo?

—Pues no la tendrá fácil.

—El último que me lo dijo yace hoy varios metros bajo tierra, milord. No le tengo miedo a los desafíos, si usted quiere algo con ella, luche con honor, pero le sugiero que lo piense bien.

El rostro del conde palideció. Recordaba que ese hombre había acabado con el barón de Ros, siendo él bueno con el arma.

—Nos estaremos viendo, señoría —se despidió el conde con una reverencia rápida.

—Creo que ya no. —Le sonrió, podía oler su miedo—. Hasta nunca, milord. Si lo vuelvo a ver por aquí, es hombre muerto.

Bradley tenía suficientes problemas para seguir aguantando a ese hombre, no dudaría en meterle una bala entre las cejas si seguía rondando por ahí.

—Adelante, señoría, lo esperan —musitó el mayordomo.

—¡Bradley! —exclamó Imogen arrojándose a sus brazos.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy todo lo bien que me permite estar la visita espantosa de ese malvado conde.

—No te preocupes, no volverá por aquí.

—Nos amenazó...

—No le hagas caso. Estoy muy seguro que él no volverá por aquí. Vayamos a mi casa, te esperan mi madre, Angeline y Emma con un delicioso té.

—Espero causarles una buena impresión.

—Ellas ya te adoran, no lo dudes —la tranquilizó Bradley.

Ambos estaban entrando a la mansión de los Waldow, y todas las damas la recibieron con algarabía y cariño.

—Buenas tardes, lady Imogen —la recibió Darline—, bienvenida a nuestro hogar que también será el tuyo muy pronto.

—Gracias, excelencia —respondió avergonzada por tanta atención.

—¡Cuánta formalidad, niña, llámame Darline! Aquí está mi hija, lady Angeline Bellamy y mi nuera Lady Emma, marquesa de Granby.

—Un placer, lady Angeline. ¡Oh, lady Emma, aun sigo azotándome todas las noches por mi error! —pronunció todavía avergonzada por aquel episodio bochornoso.

—Lady Imogen, no se culpe, ya estoy acostumbrada a las confusiones. Estoy orgullosa de que usted haya captado la atención de mi cuñado, de esa manera, sentará cabeza y las mujeres dejarán de acusar a mi esposo —bromeó Emma sonriendo detrás de su abanico.

Las mujeres reían y se divertían mientras tomaban el té. Bradley había armado un pequeño terrario con cuatro bellas serpientes en la sala de té. Adoraba a esas mujeres, hacían felices a todos.

No podía dejar de pensar en el peligro que se avistaba sobre Imogen mientras él no se encontraba cerca. Eran inagotables las probabilidades de que algo le sucediera y eso lo ponía muy nervioso, temía constantemente perderla. La muerte lo asustaba, no quería volver a llorar la muerte de su amada, si pudo sobrevivir a Anne, él estaba seguro de que no podría hacerlo si perdía a Imogen. ¿Qué sentido tendría su vida? La estaba aprendiendo a amar como no había amado a Anne.

Las teorías de Stephen tenían sentido, tenía razón. ¿Quién quería verla muerta? Esa pregunta no dejaba de rondarle los pensamientos.

—Hijo, hijo...

Bradley no respondía.

—¡Bradley!

—¡Diga!

—Al fin —masculló molesto su padre—. ¿Qué te sucede? Llevo un buen tiempo intentando hablarte y no me hacías caso.

—Lo siento, padre, estaba pensando.

—¿En Imogen?

—En qué sería de mí sin ella, no podría soportarlo, padre...

—No le va a suceder nada.

—Pero si no pude salvar a Anne, ¿cómo la salvaría a ella?

—Comprendo tu temor. Encontrarás la forma, sabes que cuentas con nosotros para lo que requieras, al casarte con ella tráela a vivir aquí, nosotros la cuidaremos.

—Eso me tranquiliza, prácticamente no duermo pensando en que algo pueda suceder cuando no estoy a su lado. Hoy casi se ahoga, padre, la salvé porque pude llegar a tiempo, pero si no lo hacía... —pronunciaba tapándose el rostro, intentando borrar aquel momento de su mente.

—Hijo, sosiégate. Falta poco para que esos temores te dejen tranquilo — intentó apaciguarlo Alen.

—Lo deseo, odio esta impotencia y desesperación, ¿alguna vez la sintió?

—Lo de tu madre y yo no fue tan fácil. Tuve que ganarme su amor a pulso y recibir una bala para que ella esté con nosotros hoy, creo que ya he estado muy desesperado. —Sonrió recordando sus propias luchas y temores.

—El marqués creo que debió haberlo pasado muy mal.

—Mucho, él pasó por lo peor, pero cada quien debe enfrentar su destino, y el tuyo es salvar y cuidar a Imogen.

—La cuidaré con mi vida, padre.

—Es así como habla un Waldow.

La noche casi había llegado y ya era hora de volver a su casa. Imogen no quería dejar aquel lugar tan agradable. Nunca se había divertido tanto escuchando las historias de todas esas mujeres.

—¿Lista para irnos, Imogen?

—No quiero irme, Bradley, me siento tranquila y feliz aquí —explicó.

Él la abrazó y dijo:

—Qué diera yo por tenerte a mi lado desde ahora en esta casa...

—No me lledes.

—No quiero hacerlo, sin embargo, aun no estamos casados.

—Ya no quiero estar en casa, tengo miedo...

—Mi dulce Imogen —acarició su mejilla—, calma. Te invito a la fiesta campestre de los duques de Norfolk, podremos estar dos días juntos, y así hacer que el tiempo pase alígero.

—Me encantaría, jamás he ido a un evento campestre, ¿irán tus padres?

—Quizás, aunque ellos desean quedarse para planear la fiesta de matrimonio.

—Tu madre es tan amorosa, ¿no le gustaría adoptarme? —pidió casi como si fuera un ruego.

—Pronto serás su hija, querida, muy pronto.

—No sabes cómo deseo eso.

La noche se hizo larga y eterna para Imogen. No sabía por qué el miedo comenzaba a acecharla, Anne llegó hasta esa etapa y luego... murió.

—¡Oh por Dios, quizás mi destino sea morir joven como Anne! Escorpión y agua eran muertes seguras. —Las recordó con lágrimas—. Bradley... te necesito...

Escuchó el sonido de su ventana, algo estaba sucediendo afuera.

—¿Qué ruido es ese? —Imogen se levantó de la cama y miró por la ventana.

Vio a su prometido arrojando pequeñas piedras a su ventana para que le abriera.

—¡Bradley! —exclamó emocionada.

Él colocó su dedo sobre su boca, indicándole que guardara silencio.

—¡Quítate, voy a subir! —susurró haciendo que sus palabras fueran más entendibles por lectura de labios que por el sonido—. ¡Maldita planta con espinas!

Imogen reía viéndolo subir y quejarse con unos cuantos improperios a su enramada.

—He llegado. Estoy más lívido que antes, acabo de perder unos litros de mi sangre subiendo —chasqueó a sus propias costillas.

Le dio una sonrisa y luego su boca hizo un amague de llanto, que terminó ocurriendo al abrazarse a él.

—¿Imogen? ¿Qué sucede? ¿Estás bien? Tiembles...

—Tengo miedo, tengo miedo de que lo nuestro termine —confesó  
sorbiéndose la nariz, de forma poca educada.

—No digas eso...

—¿Y si la muerte nos separa?

—Lo hará, cuando seamos ancianos.

## Capítulo 26

—No veo la hora de dejar esta casa. Amo a mis padres, pero esto ya me está afectando. Sabía que con el tiempo enloquecería por culpa de sus excesivos cuidados.

—No tengas miedo, prepara tus cosas para partir mañana a la casa de campo del duque de Norfolk, estaremos juntos ahí.

—Pero si ya estamos juntos ahora.

—Porque no podía dejarte sola. No quiero estar lejos de ti.

—¿Qué sucede?

—Nada. ¿No puedo extrañarte?

—Sí, pero...

—Pero nada, Imogen, ¿No puedes dejarte llevar una vez?

—Siempre me dejo llevar por ti. No obstante, siento que me ocultas algo.

—Invenciones tuyas. ¿Qué puedo estar ocultándote?

—No lo sé, quizás sean imaginaciones mías después de todo.

Ella no quería decirle que sentía su miedo, pues era su mismo sentimiento, el miedo a la muerte que ambos tenían por culpa de lo que sufrieron por Anne.

—¿Por qué mejor no hacemos algo entretenido? —curioseó con una sonrisa pícaro.

—¿Cómo qué? —respondió coqueta.

—Darnos un poco de afecto...

Imogen necesitaba con urgencia sentirse segura y eso solo lo conseguía al

lado de ese hombre que había llegado a su vida para salvarla.

Bradley la deseaba intensamente. Deseaba cuidarla de todo lo que pudiera hacerle mal, no se imaginaba siquiera que sería de él, sin ella.

Ambos se entregaron enteramente esa noche, eran una mezcla de brazos y piernas hambrientos de contacto.

\*\*\*

El día había empezado y estaban en la casa campestre de Stephen. Era un día espléndido para cabalgar por aquella inmensa pradera.

—Bradley, quiero montar, enséñame... —pidió Imogen con una sonrisa.

—Imogen, es peligroso.

—Nada puede sucederme si tú estás a mi lado. Déjame subir y tú me sigues.

—No estoy seguro...

—Vamos, no me hagas rogar. Me has dicho que ibas a enseñarme, hazlo si me amas —chantajeó con coquetería, moviendo sus pestañas rápidamente.

—Claro que te amo, pero no quiero que te suceda nada.

Ella arrugó su bello rostro e hizo un mohín caprichoso.

—Creo que mejor le pediré al doctor Lowel que me ayude.

—No. ¡Yo te ayudo! Mis celos son más grandes que mi negación a que montes.

—Bien. Subiré y caminaré un poco.

—Ve despacio —pidió viéndola montarse en el lomo del animal.

—¿Así está bien?

—Vas bien, querida, muy bien... —halagó Bradley al verla regia y sobria sobre el caballo.

Todo iba bien en su enseñanza hasta que el caballo se asustó y se paró en dos patas.

—¡Bradley!

—¡Imogen! —gritó al verla caer—. ¡No, Imogen!

Bradley y Brian corrieron desesperados para ver qué había pasado con Imogen.

—¡Imogen, Imogen! —decía Bradley intentando que despertara mientras Brian la revisaba.

—Es inútil, Bradley, ella... ella murió —informó su primo con el rostro lúgubre.

—¡No! ¡No es cierto! ¡Tú mientes! ¡Mientes! —Lloraba sin consuelo tomándola en sus brazos—. Imogen, no... Háblame... ¡Imogen!

—¡Imogen! ¡Imogen!

—¡Despierta, Bradley, aquí estoy! —Lo movía del brazo mientras él gritaba casi desesperado.

Él despertó y apenas distinguía la imagen de su amada a su lado, observándolo asustada.

—¡Estás bien! —La abrazó sudoroso.

—Estabas teniendo una pesadilla.

—No lo sé, era tan real...

—Era solo una pesadilla —intentó calmarlo.

—Debo irme —recogió sus prendas del suelo.

—Vete, ya casi amanece...

Ambos se dieron un abrazo para que Bradley pudiera volver a su casa por donde había entrado.

Todo aquel día, Bradley había pensado en su sueño, no lograba quitarse de la mente que Imogen en cualquier momento podía morir, vivía en una zozobra constante.

—Bradley... —lo llamó Brian.

Bradley solo rumió.

—¿Te has convertido en animal? ¿Ya no hablas?

—Brian, no estoy para juegos.

—Voy a atender a Imogen hoy. Solo vine a decirte eso.

—¿Qué? ¿Le sucedió algo? —cuestionó desesperado.



—No, solo que su madre me envió una nota diciéndome que necesitaba ir a verla, porque su hija había tenido probablemente una mala noche, parecía ser aquejada por pesadillas —contó sin darle mucha importancia a lady Vitoria.

Se puso rojo de la vergüenza. Su primo vería a Imogen por su causa.

—Eran pesadillas, no de ella, sino mías.

—Ya lo suponía. ¿Acaso te has puesto a pensar que puedes embarazar a Imogen antes del matrimonio?

—¿Un hijo?! No, no... es aun peor que una pesadilla.

—¿No quieres un heredero?

—Por supuesto, pero... y si... ¿algo le sucede?

—Deja la paranoia, de lo contrario te encerraré en Saint James, en América. Un buen instituto mental, claro, junto a tus suegros.

—No lo comprendes...

—Si sigues así, tú enfermarás más rápido que la misma Imogen — interrumpió Brandon, pasando a sentarse con ellos.

—Brandon, eres un metiche, ¿que no tienes nada qué hacer? —preguntó su hermano.

—No... Emma está un poco enfadada conmigo.

—¿Por qué?

—Ya sabes, el embarazo, solo la abracé después de haber montado, y luego... ya ni sé. Dormí en el cuarto de la duquesa y ella en el mío, aunque siempre dormimos juntos. No quiere verme ni pintado.

—Date un buen baño y llévale flores, es simple —indicó Brian, restándole importancia.

—Tan simple. Está loca.

—¡Brandon Waldow, ven aquí ahora mismo! —gruñó Emma encontrándolo —. ¡Te escuché perfectamente! ¿Y ustedes qué? Tú Bradley deja esa cara y tú Brian búscate una esposa, a ver si es tan fácil entregar flores.

Todos se quedaron callados, y Brandon salió cabizbajo del estudio.

—No comprendo qué sucedió. —Se rascó la cabeza Bradley.

—Bueno, es una señal. No debo casarme nunca —adujo Brian pensativo.

—Debes hacerlo, ya sabes que vas a heredar el condado de Derby.

—No quisiera hacerlo.

—Pues pronto no te quedará más opción, y Violet quedará a tu cargo también, no ha querido aceptar a ningún pretendiente, ya tiene casi 22 años.

—¡Oh, por favor! Adoro a Violet, pero aunque sea lo último que hagamos el tío y yo, la casaremos. No faltará un desesperado por casarse. Además, ella es muy hermosa, solo que su problema radica en su porte de general.

—Pues entonces necesita un blandengue como esposo. No menos que eso.

—No me eches malos augurios, tengo muchos amigos que quizás... quieran...

—¿De verdad piensas ofrecerla a tus amigos? ¿No te dará vergüenza verles la cara después? Sí que tienes valor. —Se extrañó Bradley, con el indomable carácter que tenía Violet.

—Mejor no a mis amigos, quizás a mis enemigos, pero no tengo ninguno.

Brian y Bradley continuaron charlando con naturalidad, se sentían muy cómodos habiendo arreglado sus discrepancias con respecto a Imogen.

En la casa de campo de Stephen, estaban todos, menos Brandon y Emma, por su embarazo.

Los Woods llegaron antes que los Waldow, Bellamy y Lowel.

Imogen estaba impresionada con el lugar, era extenso y muy agradable. El día se había prestado, no había nubes que opacaran aquel cielo despejado.

—¡Este lugar es hermoso! —apreció Imogen.

—Hermoso para cabalgar, ¿no lo creen? —opinó Cecilia desafiante.

—Ya practicarás después, Imogen —mencionó su padre, para que esa idea ni siquiera se le ocurriera.

—Si lo sé, no sé montar, pero no faltará quién me enseñe...

—Pequeña diabla. No subirás a ninguno y se acabó. Hasta que no te cases, eres mi responsabilidad y como aun no te has casado te quedas en tierra y por nada de este mundo te subes a uno de esos demonios de cuatro patas —amenazó su padre, sonando muy convincente.

Ella enfurruñó su rostro y cruzó sus brazos.

—Y nada... soy tu padre y hasta que te debas a tu esposo, yo soy la ley.

No podía discutir con “la ley” pues no quería que le echara a perder su matrimonio con Bradley, ya vería la forma de aunque sea acercarse un poco a un caballo.

—Bienvenidos mis buenos amigos —saludaba Stephen refiriéndose a Bradley, Daniel, Arthur y Brian.

—Muy lindo lugar, mi exótico cuñado —refirió Daniel, abarcando el lugar con un gesto de brazos.

—Aún no has visto todo, tenemos un lago, también unas caballerizas impresionantes y muchos otros animales.

Bradley palideció, ya tenía la bilis en la garganta. Dos días de probables peligros, y para colmo de males con el terrible plan de Stephen de poner en peligro a Imogen para comprobar su teoría de persecución.

## Capítulo 27

—Padre, iré a buscar a su señoría.

—No. Tú te quedas aquí, no eres ninguna cualquiera para ir a buscarlo y menos sola.

—¡Pero padre! —chilló Imogen con el rostro caprichoso. Su padre le prohibía cuanta cosa existiera.

—¡Basta!

Jamás la detendrían ante un objetivo, ella lo que tenía era más determinación que sentido común. Sigilosamente se fue escabullendo entre los setos.

—¡Maldita sea! Setos espinosos —masculló siendo arañada por ellos.

Salió disparada y entonces empezó a caminar sin rumbo. ¿Dónde estaría su querido Bradley?

—¿Listo para probar mi teoría?

—¿De nuevo con eso Stephen? No pondría en peligro a Imogen. Creo que desertaré.

—No la pondrás, solo lo anunciarás y dirás qué caballo montará. Es ridículamente fácil.

—No sé por qué diablos te hago caso, ¿cuándo saldría bien de esto? ¿Daniel te ha hecho caso alguna vez?

—¿No ves? Está casado, gracias a mi buen juicio.

—Vaya buen juicio —lamentó refiriéndose a su hermana Angeline.

—Su cerebro es muy simple, le dije o vas tú o es mía, y ahí lo tienes, por

eso él es tu cuñado y no yo —contó Stephen en tono de suficiencia.

—Me has hecho el día, no pensé reírme tanto. Que yo supiera mi hermana prácticamente ya estaba comprometida con Daniel desde antes de su concepción. —Rio a carcajadas.

—Muy cierto, pero vamos a lo que nos compete. Esta tarde llévala a las caballerizas, yo estaré ahí y estará nuestro caballo señuelo.

—Lo que digas. Vamos con los demás.

Imogen continuaba su camino y se encontró con Cecilia, relajada bajo una sombra.

—¡Imogen! ¿Escapaste de nuestro padre?

—¡Por favor, Cecilia! Solo mi padre sería tan ingenuo para pensar que seguiría al pie de la letra sus instrucciones.

—Tú ya no tienes remedio. ¿Dónde ibas?

—Quería ver los caballos... quizás si Bradley me deja puedo montar uno.

—Esperamos que te deje montarlo. —Se sonrió Cecilia, tomando del brazo a Imogen para acompañarla a buscar a su amado y que cometiera la estupidez de colocarla en un caballo.

Ambas fueron con prisa hacia las caballerizas. Cecilia ya tenía otra idea para deshacerse de su primita, ya se la imaginaba hermosa en su ataúd, y sonreía.

—¿Por qué sonríes, Cecilia?

—Parece que estamos haciendo diabluras, jamás había violado algún mandato de padre —justificó Cecilia.

—Es bueno ser desobediente de vez en cuando, le da más emociones a todo —dijo sonriendo sincera.

Ellas llegaron a las caballerizas antes de lo que habían creído Stephen y Bradley.

—Mira, Bradley —señaló Stephen a las damas que miraban a los caballos—. ¿Qué tenemos ahí? ¿Son lady Imogen y su hermana?

—Prima —corrigió—, sí, son ellas. Creo que le prohibieron a Imogen venir

a ver los caballos y Cecilia, no entiendo qué hace con ella, es muy raro y no me agrada.

—Vamos, mis planes se han adelantado. —Colocó Stephen una calculadora sonrisa en su rostro.

—Estás asustándome, Stephen.

Imogen no sabía que caballo era más bonito, todos eran tan fuertes y elegantes.

—Mira, Cecilia, qué hermoso, es blanco, muy blanco. —Se emocionó agarrando sus manos para no tocarlo.

—Muy lindo —dijo Cecilia aburrida—. ¿Ya podemos irnos?

—Pero si acabamos de llegar... mira cuántos caballos...

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó Bradley sonando divertido.

—¡Bradley! —exclamó gratamente sorprendida Imogen y se arrojó a sus brazos—. ¡Te extrañaba tanto! Cecilia y yo venimos a ver los caballos.

Bradley inclinó la cabeza en dirección a Cecilia como saludo.

—Señoría —reverenció Cecilia casi suspirando.

—¿Le gustaría montar, lady Imogen? —Investigó Stephen.

—¡Por supuesto! Aunque no sé hacerlo...

—Yo te enseñaré. Mañana saldremos a montar temprano —contó Bradley.

—Encantada, aunque no sé si mi padre me dejará.

—Lo hará, pediré el permiso por ti.

—¿Y usted lady Cecilia, irá con nosotros mañana? —consultó Stephen.

—Yo...

—¡Vamos Cecilia, eres una excelente amazona! —la animó Imogen.

—Pues perfecto, iremos todos. Lady Imogen, este semental blanco será para usted, es muy tranquilo.

—Muchas gracias, milord —agradeció Imogen mirando a su amado, expresándole lo feliz que estaba.

—Llámame Stephen —dijo mirando a Bradley que tenía los ojos entornados.

Ella solo le sonrió.

—Lady Cecilia, mañana le presentaré un caballo ideal para usted también.

—Gracias, milord —indicó con una mueca.

No podía salir mejor de lo que ya estaba. Ella misma se aseguraría de ver que Imogen se cayera y se partiera el cuello, ya estaba saboreando su victoria.

—Imogen, vamos, debemos prepararnos para la cena.

—Tienes razón, espero que padre no note mi ausencia.

—Hasta esta noche, caballeros —se despidió Cecilia saliendo con Imogen de las caballerizas.

Bradley le enseñaría por fin a montar y pasaría tiempo con él. La próxima semana sería su boda, pero ella ya no aguantaba las inmensas ganas de ser su esposa y quedarse a su lado, despertar y verlo, hacer el amor todas las noches.

—¿De dónde vienen ustedes?! —las increpó su padre al verlas.

—Padre —dijo Cecilia, tranquila y cómplice—, solo fuimos a conocer un poco la propiedad.

—Qué bueno. Menos mal que acompañaste a tu hermana no tan dotada de inteligencia como tú.

—¡Padre! —volvió a chillar Imogen—, soy muy sensata.

—¿De verdad? Te escapas y luego vienes comprometida con un hombre, ¡qué sensatez! Vayan a cambiarse para la cena.

—Sí, padre —obedecieron ambas al unísono.

Odiaba las comparaciones con Anne y con Cecilia, parecía que ella nunca tenía nada bueno que entregar para su familia. Servía solo para compararla con una imagen de Anne y la perfección del comportamiento de Cecilia, incluso quizá Bradley, no la viera a ella, sino que al espejismo de su hermana, ¿y si no la deseaba?

—¡Basta, Imogen! —se regañó—. En una semana serás su esposa y eres tú quien le importa y no Anne, memoriza eso.

Trataba de darse ánimos a sí misma, ya que su familia la rechazaba. Tal vez su nueva familia la aceptase, su futura suegra, lady Darline, era un ángel, su suegro era bastante afable, sus cuñados todos muy amables y llenos de energía,

y Brian era tan dulce, no sería ningún problema tener una nueva familia. Y sus padres, bien que podrían quedarse con su adorada y perfecta Cecilia, no les haría falta ella.

—¡Rita, tengo una nueva idea! —anunció emocionada Cecilia—. Ya casi puedo saborear deshacerme de ella.

—Cuénteme, milady...

—Mañana saldremos a montar y ya sé cuál es el caballo que montará mi no muy estimada prima. Ven, ayúdame con el vestido mientras hablamos.

—Sí, milady. —Se acercó a desvestirla.

—Quiero que mientras estemos en la cena, vayas a los establos y cortes bastante las riendas. Que dé para un largo trecho, para no levantar sospechas.

—¿Cuál es el caballo?

—Es uno blanco que se encuentra hacia la derecha en las caballerizas. La silla está colocada a un lado, es una silla de montar para damas.

—Será fácil, milady, confíe en mí, esta vez no fallaremos.

—Lo tengo todo fríamente calculado, nada puede salir mal, absolutamente nada —dijo entre risas.

Ya en la cena, las damas se pasaban charlando trivialidades.

Imogen se había sentado con su futura familia, solo faltaba lady Emma que según todos en la casa estaba de un humor terrible.

—Mi pobre hermana no puede con esa panza. Cada día se le hace más grande y pesada —opinó Arthur.

—Excelencia, los embarazos son así —agregó Angeline, queriendo tranquilizar al duque.

—Cada embarazo es distinto, quizás el próximo sea más agradable —dijo lady Esther.

—Yo creo... —pronunció Darline, pero se quedó paralizada, lívida. Se levantó a las prisas y corrió junto al marqués de Huntly—. ¡Alfred, Alfred! ¡Está aquí, está aquí!

Alen la miraba perplejo mientras Alfred debía intentar descifrar qué le



quería decir Darline.

—¿Quién está aquí? —le preguntó.

—¿Quién ha querido matarnos en el pasado?

Los hombres se miraron, y Alfred no pudo contener su furia.

—¡Harry, canalla desgraciado! —exclamó Alfred yendo hacia su amigo para tomarlo de sus prendas.

El duque de Norfolk no sabía a qué se refería, solo sintió que su amigo lo tomaba del cuello.

—¡No es la forma! Calma... —pidió Alen— no es la forma...

—¿En qué estabas pensando cuando invitaste a esa mujer aquí? ¿Acaso piensas poner a nuestras familias en riesgo?

—¿De qué hablas? Esta fiesta campestre la organizó Stephen, él no sabía nada. ¿Dónde está ella?

—La vi saliendo hacia los jardines —comentó asustada Darline.

—Iré a ver qué quiere —sentenció Alfred.

—¡No! —gritaron todos al mismo tiempo.

—Bien, entonces acompañenme, no me entusiasma acercarme a ella.

## Capítulo 28

—¿Qué le sucedió a su excelencia? ¿Por qué salen todos? —preguntó Arthur.

—No lo sé, pero iré a averiguar —dijo Brian.

Cuando se dirigía a los duques y al marqués, se fijó por la enorme puerta de cristal, era la doncella de Ella, pero con ropas de una dama, y cambió rápidamente el objetivo.

Corrió por el jardín hasta alcanzarla.

—¡Señora! —exclamó tomándola del brazo.

—¡Pero si es el doctor Lowel, ¿cómo está?! —expresó con sarcasmo la mujer.

—¿Bien y usted?

—Bien también, ¿qué desea?

—Ella. ¿Dónde está?

—¿Usted para qué desea saberlo? Lo vi muy entusiasmado con la pelirroja, creo que ella puede ser su ideal de mujer.

—No es de esa forma, deseo saber cómo está.

—Vive, si es lo que le preocupa, pero no tengo por qué seguir charlando con usted.

La mujer se dio media vuelta y se disponía a dejarlo, cuando él con más fuerza de la que pretendía se aferró a ella.

—Estoy perdiendo la paciencia ¿dónde diablos está, Ella?

—Jamás se lo diré. ¿No fue suficiente con destrozarle el corazón hace dos años? ¿Por qué no lo deja todo como está?

—Porque...

—¡Déjame ir ahora! —pidió desesperada viendo que se acercaba Alfred y toda una tropa de gente.

Lo pateó, se liberó y corrió desesperada buscando su carruaje.

—¡Dios mío, hijo! —gritó Mariane—. ¿Te hizo algo esa mujer?

—Sí, me dio una patada.

—¿Qué hacías con esa mujer? —preguntó su padre, Harold.

—Era la doncella de una paciente en Saint. James.

—Debe ser un error —corrigió Alfred.

—Quería preguntarle por su señorita, pero se negó a contestarme.

—¡Jamás te acerques a esa mujer, es muy peligrosa! —dijo Darline.

Todos vieron que ella se alejó, perdiéndose en las sombras.

Mientras había un alboroto en la mansión, Rita estaba cumpliendo las órdenes de su lady.

—Eres tu bonito... —dijo Rita al caballo—, tendrás el honor de hacernos un favor para mi querida lady Cecilia —habló y se dispuso a cortar y aflojar las riendas—, ya casi termino. No me vayas a delatar, querido.

Cuando Rita terminó su encargo, se dispuso a continuar con sus labores para su lady.

—Bradley, ¿qué fue todo ese escándalo? —preguntó Imogen.

—Mi madre creyó ver a alguien, pero no fue así, querida, no te preocupes —intentó tranquilizarla.

Habían sido días tensionados, y darle más preocupaciones a Imogen no ayudaría.

Caminó con ella por los pasillos que lindaban con el jardín y, bajo aquella hermosa luna, Bradley creyó que aquel era el momento ideal para confesarle su amor.

—Te amo, mi bella Imogen —soltó mientras caminaba del brazo con ella.

Imogen detuvo la marcha y se giró hacia él.

—Necesitaba oír que dijeras esas palabras —reveló Imogen, colocando su mano derecha en el rostro de su amado— y que no me amas por ser un espejismo de Anne.

—Imogen, te amo a ti más de lo que amé a tu hermana. No podría decirte que no me la recuerdas en lo absoluto, pero tú jamás serás como ella, eres única para mí.

—Te amo, Bradley, lo necesitaba tanto. Siento que mi familia no me quiere.

Él sonrió al ver el motivo de sus perturbaciones.

—Ve esto de un modo más práctico, si no te amaran, jamás te cuidarían como lo hacen, están locos con la idea de perderte.

Imogen sonrió por su idea para hacerla sentir mejor.

—Tú eres quien siempre puede rescatarme.

—Vamos adentro, que no podré hacer nada si tu padre decide castigarte de vuelta, recuérdalo.

Entraron al salón separándose del otro, cada uno con una sonrisa, uniéndose cada uno a un grupo diferente.

Cuando todos se retiraron a sus habitaciones, Stephen se acercó a uno de sus mozos de cuadra para darle indicaciones.

—Cambia el caballo banco por otro igual, que el otro lleve la misma silla.

—Sí, milord —respondió el mozo cumpliendo la orden de su patrón.

Stephen iba a probar su teoría, si alguien quería matar a Imogen, iba a fallar terriblemente.

Por la mañana, las damas ya estaban listas y también los caballeros para salir a montar.

—Lady Cecilia, pediré un caballo igual que el de Imogen para usted —murmuró Stephen acercándose a ella.

—Es muy amable, milord —manifestó esperando ese día como ningún otro.

—Peter, ¿dónde está Damon? —preguntó Stephen al no ver a su ayudante de la noche anterior.

—Él se sintió mal anoche, milord, yo lo reemplazaré.

—Bien, trae un caballo igual al blanco con la silla para lady Cecilia.

—Sí, milord.

Era un grupo bastante grande de damas y caballeros en las caballerizas del duque de Norfolk. Imogen miraba con recelo al caballo blanco.

—Querida, sube, ¿no recuerdas que milord dijo que era manso? —musitó Cecilia melosamente—. Mira como subo...

Bradley se acercó a Imogen y la levantó hasta la silla, y le dijo:

—Yo sostendré a Imogen.

Ella lo miró con una sonrisa llena de orgullo mientras Cecilia se consumía de los celos.

Todos salieron a un trote lento para empezar, pero Cecilia ya quería que todo terminara.

—Ya veo que puedes montar bien, Imogen —felicitó Cecilia.

—Tengo un excelente maestro. —Le sonrió a Bradley que la acompañaba desde su caballo.

—¿Qué te parece si hacemos una carrera?

—No —dijo tajante Bradley en tono autoritario.

—A mí me encantan los desafíos —dijo lady Violet acercándose a Cecilia—. Tengamos una pequeña carrera.

—Quería jugar con mi hermana —dijo molesta Cecilia.

—Me parece que no sería justo. Ella es muy nueva en el arte de montar, ¿quiere usted sacar ventaja de su inexperiencia y presumir una victoria a costa de la poco experimentada hermana? —cuestionó Violet, provocando a Cecilia.

—Pues acepto el reto —expresó airosa.

—Empecemos entonces —mandó la belleza en el caballo rubio.

Stephen gritó la salida y ambas se pusieron a cabalgar. Violet era toda una amazona experimentada, rápidamente dejó rezagada a Cecilia quien no quería perder, cuando agitó muy fuerte las riendas, las mismas se soltaron.

Imogen vio lentamente cómo Cecilia caía estrepitosamente del caballo.

—¡Cecilia! —emitió tirándose del caballo.

Brian fue el primero en llegar, mientras todos se acercaban, Cecilia estaba inmóvil.

Brian le tocó el cuello y miró hacia Bradley en señal negativa.

—Dígame, doctor, ¿qué le pasó? —preguntó Imogen entre lágrimas.

—Ella se rompió el cuello y murió, lady Imogen, lo siento mucho...

—¡No! ¡No! ¿Qué les diré a mis padres? ¡No lo soportarán! —dijo histérica cayendo desmayada en los brazos de Bradley.

—Tenemos que llevarnos el cuerpo —indicó Brian, mirando a los curiosos alrededor.

—Encárgate de ella, yo me llevo a Imogen.

Bradley se subió al caballo con ella a cuestas. ¿Cómo pudo pasar algo así? ¿Y si ese caballo hubiera sido el de Imogen? Bradley se horrorizó con esa idea y besó la frente de su amada.

(Ella: apodo de la protagonista de *Entre las sombras*).

## Capítulo 29

Todo sucedió con mucha rapidez. Los Woods quedaron devastados ante la muerte de su querida Cecilia, ya solo les quedaba Imogen, quien aun estaba inconsciente.

El fin de semana en la mansión campestre terminó ese mismo día, nadie creía en lo acontecido. Stephen revisó el caballo en que había estado lady Cecilia, era el mismo que él le había ofrecido el día anterior a Imogen, el asiento también era el mismo, las riendas...

—¡Diablos! —espetó y corrió dentro de la casa buscando a Bradley.

Fue directamente a la habitación de Imogen, donde estaba él a su lado, velando su inconsciencia.

—¿Bradley?

—Dime, Stephen.

—Necesito decirte algo muy importante.

—¿No puede esperar?

—¿Te preocupa la vida de ella? —dijo señalando a la dormida Imogen.

—Si lo pones así, entonces es de vida o muerte. Vamos afuera.

Salieron y se sentaron a beber un poco de brandy.

—Bien... mi teoría está más que confirmada, alguien quiere muerta a tu amada Imogen, solo que esta vez le falló terriblemente el objetivo.

—Pero si el caballo que le diste a Imogen era el mismo de ayer.

—No, mi buen Bradley. Después que terminamos la cena, pasé a las

caballerizas donde le pedí a un mozo que cambie el caballo y la silla para lady Imogen, y que el otro caballo lo colocara con su silla en otro lugar.

—¿Ese entonces era el caballo que estaba destinado para ella? —preguntó horrorizado Bradley.

—Sí, y en algún momento de la cena alguien fue a cortar las riendas porque sabía que ese caballo se lo habíamos reservado a ella. El asesino se encuentra entre nosotros.

—¿Quién diablos puede ser? No conozco a nadie que quiera hacerle daño, solo Cecilia, pero ya descansa en paz.

—No debes escatimar cuidados, querido Bradley, en cualquier momento puede volver a atacar.

—Lo que me dices me intranquiliza tanto, que no sé qué hacer...

—Cásate, aléjala de todos, debe ser ahora.

—Sus padres más que nunca la querrán tener cerca.

—Pueden ser ellos los asesinos.

—No... Jamás se me ocurriría pensar en ellos de esa forma.

—Yo sospecharía hasta de mi sombra.

—Stephen, tú y tus complejos psicóticos.

—Ya ves lo que descubrió mi complejo psicótico —replicó sarcástico.

—Iré de vuelta junto a Imogen.

El entierro lo hicieron rápidamente en Londres, los Woods no paraban de llorar por Cecilia, el dolor de perderla era muy fuerte. Ya habían perdido a Anne en el pasado, después a Cecilia y solo les quedaba Imogen.

—No puedo creerlo, nuestra Cecilia. —Lloraba lady Vitoria en brazos de su esposo.

—No comprendo por qué la vida nos castiga de esta forma.

Bradley no se despegaba de Imogen y miraba a todos con absoluta desconfianza.

—Querido, no creo que sea prudente casarnos esta semana —pronunció llorosa Imogen—, quizá si espe...



—No...

—Pero Bradley, estamos de luto.

—Mira Imogen, es la última vez que te digo que el matrimonio no se cancela, ya está todo listo.

—Pero la sociedad no lo vería bien

—La sociedad me importa un rábano, me importas tú y tu seguridad, ¿crees que lo de Cecilia fue un accidente? Pues no. Hemos confirmado con Stephen que el ataque iba para ti.

Imogen no podía creerlo. Cecilia había muerto por su culpa.

—¿Murió por mi culpa?

—No por tu culpa, sino de quien quería que murieras. A ti es a quien deberíamos estar enterrando si los planes hubieran salido bien, pero resulta que nada salió como se esperaba.

—¿Entonces qué hacemos?

—Nos casamos y nos iremos a Escocia.

—¿Pero y mis padres? Están deshechos.

—Lo siento, pero si quieren conservar a su última hija con vida, dejarán que te cases y vengas conmigo.

—Está bien, pero habla tú con ellos, yo no podré mirarlos a la cara.

—Pues yo sí.

Él se levantó del asiento y fue hacia los padres de Imogen, no iba a esperar un minuto más, cada minuto que pasaba era una nueva amenaza en puerta.

—Milord, milady —pronunció haciendo un saludo con la cabeza—. Mis más sentidas condolencias por lady Cecilia.

—Gracias, señoría —respondió el conde.

—Quisiera hablar con ustedes sobre algo delicado.

—Díganos.

—La boda con Imogen se celebrará esta semana como estaba previsto.

—Pero no podemos hacerlo, Cecilia acaba de fallecer —manifestó casi indignado el conde.

—Les daré una buena razón. Quien debía haber muerto ayer era Imogen y no Cecilia. El asesino se equivocó y no sabemos quién es, hace un tiempo hemos notado que sucesos extraños amenazan la vida de Imogen, y yo no me quedaré con los brazos cruzados a ver como alguien viene y la mata. Lo que no pude hacer por Anne, lo haré por Imogen, quiero salvarla. Espero lo entiendan y no lo tomen como una falta de respeto a la memoria de Cecilia.

Ambos quedaron impactados ante semejante confesión, su única y última hija estaba en riesgo.

—Haga lo que deba hacer, pero sálvela... —ordenó el conde con lágrimas en los ojos.

—Así lo haré, milord, con permiso. —Se retiró Bradley.

Una semana después...

Había llegado el día de la boda y lady Imogen se preparaba en su casa, cuando tocaron a su puerta.

—Adelante —musitó Imogen.

—Disculpe, milady, me preguntaba si no necesitaba ayuda con el vestido —dijo Rita.

—Sí, gracias. —Le sonrió mientras se arreglaba.

—Milady, lléveme con usted por favor, seré su doncella.

—No, no necesito una doncella. Sabes que siempre me he manejado sola, Rita.

—Por favor, milady —dijo llorando—, por su hermana Cecilia.

Imogen lo pensó y no podía evitar sentirse culpable de que esa mujer pudiera quedar desempleada.

—Está bien, prepara tus cosas. Viviremos unos días en la casa del duque de Malborough, y luego partiremos a Escocia.

—Sí, milady —aceptó Rita, terminando de colocarle el hermoso vestido a Imogen.

Ella estaba radiante, parecía una diosa de fuego al entrar en la capilla. Su familia, la familia de Bradley y todos los amigos estaban ahí reunidos para

celebrar su matrimonio con el hombre al que amaba con todo su corazón, solo el momento se opacaba por Cecilia, no se habían llevado bien, pero la quería mucho a su modo, y más en los últimos días que ella le había confesado a Imogen su cariño.

Su padre la llevaba al altar lentamente mientras ella miraba a todas esas personas cariñosas que estaban ahí apoyándolos en ese matrimonio, era hermoso y muy íntimo. Al llegar al altar, donde la depositó su padre, Bradley tomó sus manos y le manifestó:

—No tengas miedo, estás segura a mi lado.

Ella le creía, se sentía segura y feliz, por fin podía ser libre con él, ya no más prisiones ni doctores, pobre de sus padres, pensó en aquel momento en que más la necesitaban, ella debía partir.

La ceremonia fue corta, salieron de ahí siendo esposos. La recepción se iba a realizar en la mansión Malborough, que sería su casa cuando la heredara su esposo.

—¡Muchas felicidades a los recién casados! —felicitó Brian abrazado a Imogen.

—Brian —pronunció alejándolo de su esposa—. Estás muy pegado.

—No te preocupes, Bradley, lo nuestro jamás hubiera funcionado, si es que alguna vez existió “lo nuestro”.

—Brian, créeme que me pasó por la cabeza el “lo nuestro” —dijo Imogen con una sonrisa.

Rita se encontraba descargando los vestidos de lady Imogen en la habitación de su esposo, uno por uno los sacaba con rabia.

—Lo ha conseguido la maldita. Sí que terminó saliéndose con la suya, pero veremos cuánto dura su felicidad, se lo debo a mi pequeña Cecilia.

El odio que Cecilia sentía por Imogen quedó vivo en Rita, quien se sentía capaz de terminar con su trabajo y estar en paz para siempre con el recuerdo de Cecilia, su Cecilia. El dolor de su muerte era tan grande que no podía saciarlo con nada más que los deseos no cumplidos de ella.

## Capítulo 30

Se sentía dichosa. Habían pasado dos semanas de su hermoso matrimonio, su nueva familia era todo lo que ella estaba esperando, acogedores y cariñosos, los adoraba a todos, incluso a la terrible lady Violet, muy temeraria, pero adorable a su manera, sus ojos grises y su cabello rubio eran toda una delicia, solo que estaba muy cerca de convertirse en solterona.

—Imogen, querida, no sé cómo soportas a Bradley, es un troglodita como Brandon, y ni hablemos de mi otro querido primo —manifestó altanera lady Violet.

—Lo amo, esa es la razón y a los demás los quiero mucho.

—Oh, claro. El amor está muy sobrevalorado —dijo tomándose un té.

—Esposa mía, te sugiero que no hables mucho con esta solterona —se burló Bradley.

—¿Disculpa? ¿Cómo me llamaste? ¡Estoy llorando de dolor por no tener un idiota a mi lado o que se parezca a mi primo! ¡Oh, qué sufrimiento! —se burló llevándose las manos al pecho.

—Es mejor que te cases pronto, Violet, no queremos que seas una carga para Brian.

—¿Pues quién le dice que seré una carga? Tengo suficiente dinero para no necesitar de él cuando mi padre muera, mi madre era rica y mi padre también lo es, ¿cuál es el problema?

—Necesitas el amor —dijo Imogen con emoción—, es lo más bello que

existe.

—Mentiras completas y verdades a medias, mi querida Imogen —pronunció con seguridad Violet—. Eso es el amor.

Violet se había convertido en su amiga, tenían cierta afinidad rebelde que las hizo complementarse rápidamente.

—Imogen, vendré en estos días a tomar el té de nuevo —anunció Violet despidiéndose.

—Te estaré esperando ansiosa —replicó sonriente.

Imogen ya quería retirarse para recostarse, sentía mareos y un dolor de cabeza horrible. Se levantó del sillón, pero se volvió a recostar.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó preocupado Bradley.

—Estoy bien, solo me duele la cabeza.

—Voy a llamar a Brian.

—No hace falta. Si sigo sintiéndome mal, mañana lo llamas, ¿de acuerdo?

—No quiero esperar tanto.

—Bradley Waldow, deja de cargar el peso del mundo en tus hombros, llévame a la habitación, por favor.

—Ves, tengo razón, no puedes siquiera ir sola.

—Te dije que me llevarás solo con la intención de abrazarnos un ratito...

—Te amo y lo sabes, te aprovechas de mí.

—Soy macabra, ¿no lo crees? Ahora llévame...

—Está bien.

Él la subió en brazos y la dejó en la cama.

—Rita, ¿puedes traerme un té para calmar mi dolor de cabeza?

—Por supuesto, milady. Con permiso.

Al fin se había presentado la oportunidad que había estado esperando para su venganza, solo debía darle las mismas dosis que Cecilia le había dado a lady Anne, y asunto solucionado, en una semana podría verse libre de esa peste pelirroja.

Al llegar a la cocina preparó un té y vertió en él unas gotas del veneno.

No podía hacerlo con tranquilidad porque Lía, el ama de llaves, era muy huraña, la vigilaba y no le tenía la más mínima estima.

Subió con el té y se lo pasó a Imogen.

—Gracias, Rita. —Se lo bebió lentamente.

La sonrisa en el rostro de Rita era de satisfacción, debía vigilar con cuidado que se lo tomara todo.

Durante la noche, su dolor de cabeza no había mejorado, tampoco el mareo y se le habían sumado náuseas, pero no alarmaría a Bradley con esas chiquilinas.

Al día siguiente se sentía peor y le pidió otro té a Rita. Se lo trajo, ese no contenía el veneno, debía dárselo cada día prácticamente a la misma hora.

—Me siento terriblemente mal, pero no se lo digas a su señoría, por favor, no quiero alarmarlo, ya ves que es muy sobreprotector.

—No se preocupe que no se lo diré, milady, ¿desea algo más?

—No, Rita, solo descansaré, si preguntan por mí solo diles que he decidido bajar más tarde.

—Claro, milady.

Imogen durmió toda la tarde, hasta que Rita la despertó para su segunda dosis.

—Milady, le traigo un té, quizás esto la mejore —pronunció en voz baja.

—Muchas gracias. —Se bebió todo el contenido de la taza.

Bradley y su familia comenzaban a sospechar por la indisposición de Imogen.

—Hijo, creo que ella debe estar embarazada...

—También lo creo, padre, llamaré a Brian para que venga mañana.

A la noche, todo se le hacía aun peor a Imogen, sus síntomas empeoraban.

—¿Imogen, estás bien? —indagó Bradley acercándole una palangana para que pudiera descargar su estómago.

—No... —respondió y devolvió todo el contenido de su estómago, más sangre.

—¡Por Dios, Imogen! —exclamó completamente consternado. Solo le venían a la mente los recuerdos de Anne en aquellos días—. Tú no... Tú no... no te vas a morir. ¿Oíste? ¿Me oíste? —manifestó antes de que ella pudiera replicar algo y se retiró de la habitación.

Bajó como un demente las escaleras y se quedó parado en el recibidor.

—¿Dónde demonios está Brian?! ¡Lo quiero aquí ahora mismo, que alguien vaya por él! ¡Ahora! —vociferó por todos los pasillos de la casa.

Un mozo fue corriendo a buscarlo, pero cuando estaba dando vuelta la esquina, lo encontró.

—¡Doctor, su señoría está desesperado, por favor, apúrese!

Brian pensaba que Bradley estaba exagerando y que el complejo de hipocondría de los Woods se le había quedado de herencia, pero cuando entró en la casa y subió hasta donde estaba Imogen, sí creyó que era grave.

—Haz algo, Brian —pidió su primo.

—Primero la examinaré, sal, por favor.

—Pero es mi esposa y puedo...

—Vete ahora —ordenó Imogen con gesto de dolor.

—Sí, querida —dijo resignado saliendo de la habitación.

—Imogen, dime, ¿desde hace cuánto tiempo te sientes mal o presentas síntomas?

—Desde hace tres días...

—¡Por Dios! Por qué dejaste que pasara tanto tiempo...

—No pensé que fuera grave, hasta que vomité sangre.

Brian la examinó, tocó su vientre y la observó reprobatorio.

—¿Sabes que estás embarazada?

—No, no lo había notado.

—Pues aun no se ve. Tu vientre se está endureciendo, aunque el vómito con sangre no es un síntoma de embarazo.

—Me voy a morir, como Anne, ¿no es así? —preguntó entre lágrimas Imogen.

—No, haremos todo...

—¿Tengo todos sus síntomas? Mi hijo no nacerá... —lo interrumpió pensando lo peor.

—No lo digas...

—Bradley se morirá si sabe que me voy a morir estando embarazada. ¡Por favor, Brian, no le digas que estoy embarazada, júramelo!

—No lo voy a hacer porque los salvaremos a ambos.

Ella no quería creer que la salvarían, ni tampoco a su preciado hijo, no había escapatoria, moriría como Anne y no sabría si Bradley lo soportaría esta vez.

—Por favor, Brian, no se lo digas...

—Lo siento, pero debo hacerlo...

Brian salió afectado de la habitación y se acercó a Bradley, no sabía cómo le daría tales noticias.

—Dime, ¿qué tiene?

—Tengo dos cosas que decirte y no seré suave, se nos muere y está embarazada.

La palidez ya parecía formar parte de su diario vivir, esta había sido la gota que colmó el vaso para Bradley, el golpe más duro que podía recibir.

—¡Dios bendito, por qué... no... qué vamos a hacer, mi esposa y mi hijo. ¡No los voy a perder! —exclamó desesperado y fue hacia a Imogen.

Ella ya escuchaba sus gritos mientras subía las escaleras, entró llorando y se lanzó a sus pies.

—¿Por qué me haces esto?! —la atacó.

—No sé... no tengo la culpa.

—Pero no te dejaré morir, no los dejaré. ¿Comprendes? —La zarandeo de los brazos mientras le seguía repitiendo esas tortuosas palabras.

Brian, Brandon y el duque entraron a la habitación para sacarlo, justo a tiempo cuando estaba enloqueciendo zarandeando a su esposa.

—¡Bradley, estás histérico, cálmate que no ayudas! —reprobó Brian.

—¿Histérico? ¿Te parece que debo estar tranquilo, esperando que se muera



en cuatro días? —Dio una sonrisa sarcástica.

—No, pero...

—Pero ¡lárguense! —gruñó enfurecido.

Brandon no soportó la crisis nerviosa de su hermano y, con un violento puñetazo, lo puso a dormir.

—Ya me tenía hartó. Disculpa, Imogen, pero debemos buscar una solución —se disculpó con una llorosa Imogen por haber golpeado a su esposo.

—Es una suerte que lo hayas golpeado, hijo, yo estaba a punto de dispararle.

—Discúlpanos, Imogen —dijo Brian mientras ayudaba a levantar a su enorme primo del suelo.

Violet había llegado cuando todo el escándalo se desató en la casa, su tía Darline y Emma estaban llorando.

—Dios, ¿qué sucede? ¿Se volvió esta la casa de las Magdalenas?

—Es Imogen, se va a morir —comunicó en medio de lágrimas.

—Eso no puede ser —se manifestó incrédula ante tal afirmación y subió también hasta la habitación.

Miró a Imogen que estaba muy pálida.

—Imogen, ¿qué sucede?

—Me voy a morir y voy a dejar a tu primo por eso. Lo amo tanto que no quiero morir, aparte que nuestro hijo está en camino.

—No te vas a morir —trataba de animarla.

—Pásame el secreter que está allí —dijo señalado un escritorio. Violet se lo pasó e Imogen quitó una carta de él y la leyó—, era de mi hermana, la escribió antes de morir.

Violet era curiosa y se la quitó de las manos, la leyó atentamente hasta que llegó Rita con su té.

—Milady, le traigo su té.

—Gracias —le dijo Imogen.

Con los ojos desconfiados, Violet observó a esa mujer y a su té.

## Capítulo 31

Esa mujer le causaba cierta desconfianza, le encargaría a Lía que esa doncella no le sirviera nada a Imogen.

Rita le pasó el té a Imogen, pero Violet lo agarró de sus manos.

—Gracias, Rita, puedes retirarte. Yo me encargo que se lo beba todo — aseguró Violet con una sonrisa.

—Pero milady...

—¿No fui clara, Rita? Retírese... —ordenó autoritaria Violet.

—Sí, milady —obedeció agachando la cabeza para salir de la habitación.

Violet olió el té, y ese hedor era de a pura porquería. Con la carta aun en la mano, la volvió a leer...

“No te fíes de nuestra hermana Cecilia, la quiero, pero estoy segura que algo se trae, pese a ser muy amable y traerme té por las tardes ahora que estoy enferma, igual hace que ya no confíe en ella, pues está interesada en Bradley”.

—Querida, ¿desde cuándo te trae té tu doncella?

—Hace tres días.

—¿Y cuántas veces te lo trae?

—Cuando se lo pido, pero el de la tarde me lo trae desde hace tres días.

—Este es el de la tarde —afirmó con el rostro afable—. Bien, querida, me llevo tu té. Te traeré uno que tenga mejor aroma que este.

—Pero...

—No se lo digas a tu doncella.

Ella salió de la habitación con la carta y el té en la mano, buscando a los hombres en la mansión, entró a la más barullenta habitación y los interrumpió.

—Buenas, mis queridos parientes. Creo que no debemos perder las esperanzas —habló Violet muy animada.

—No estamos de bromas, Violet —dijo Bradley, aun aturdido por el golpe.

—Tengo la solución al problema de mi querida prima, sean sensatos luego de esto, y aprecien que formo parte de esta familia.

Todos se quedaron con los ojos desorbitados.

—Explícate —pidió Alen.

—Aquí tengo una pista de lo que sucede —mostró la carta—, y aquí tengo la presunta prueba de lo que estoy diciendo. —Levantó la taza.

—Ahora no entendemos nada... —proclamó Brandon hablando por los rostros de su familia.

—Queridos míos, ella está siendo envenenada en nuestras narices.

—¿En qué te basas? ¿Quién podría estar haciendo eso? —cuestionó Bradley.

—Su doncella. Era la doncella de Cecilia, ella estaba obsesionada contigo, no entiendo el por qué desde luego, y ha sido su cómplice en todo esto. Esta carta la escribió Anne antes de morir y habla de los tés que le daba Cecilia por las tardes, muy coincidentemente su doncella está haciendo lo mismo. Hace tres días solo tenía dolor de cabeza y mareos por el embarazo, ¿y ahora sangre? La doncella lleva dándole este té desde ese día.

—¡Maldita sea! Ahora mismo la mataré —gruñó Bradley cargado de ira al enterarse de eso.

—No... —impidió Brian—, debemos comprobar lo que dice Violet.

—Huele este té, primo, y dime qué opinas.

Brian lo olfateó y sintió que podían presentársele arcadas.

—Diablos, no es un té normal, debemos comprobar cómo y qué le está poniendo.

—Ahora lo que debemos hacer es espiar a nuestra asesina en sus actividades y ya sé quién es la indicada: Lía —indicó.

—Perfecto, pero ¿cómo haremos para que no se beba el té? —preguntó Brandon.

—Alguien de nosotros lo recibirá y luego tirará su contenido en una plantera que pondremos dentro de la habitación, si Imogen mejora con esto, estábamos en lo correcto.

—¡Eres un genio, Violet, nunca me alegré tanto de que fueras mi prima! —dijo Bradley abrazándola y dándole vueltas.

—Bájame, me arrugas la ropa. Veremos, si todo sale bien, te cobraré este favor que te estoy haciendo primo —enunció y se fue hacia la cocina.

Ella ya había trazado el camino y no se iría hasta que todo se resolviera.

—Milady, ¿viene por un bocadillo a escondidas? —preguntó Lía con aire cómplice.

Violet se sonrojó y miró a los alrededores.

—¡Dios, calla Lía! No quiero que sepan esos hábitos, por favor.

—Sí, milady, ¿entonces qué la trae por aquí?

—Escúchame atentamente, Lía, queremos que no te despegues de la doncella de lady Imogen, creemos que ella la está envenenando en el té que le lleva por las tardes. Cuando veas algo sospechoso, recurrirás a cualquiera dentro de la casa, en especial si estoy yo, y en caso de que no, dile a alguien que sea más consciente, ¿sí? Bradley está un poco perturbado, podría volverse loco...

—Entendido, milady. Esa mujer es mala, estoy segura, quiero que se largue de aquí.

—Pronto, querida Lía, muy pronto. Ahora, ¿dónde están esos dulces de los que me hablaste?

—Es una pilla, mi niña. —Sonrió buscando las galletas que había hecho recientemente.

—Es tu culpa por consentirme desde que nací y esas galletas diabólicas que preparas.

Al día siguiente Imogen seguía indispuesta, pero había mejorado. Se turnaban en la casa para cuidarla.

—Milady, le traigo un té —indicó Rita.

—Déjame eso —respondió Darline que cuidaba de su nuera con esmero.

—Déjeme cuidarla, milady, soy su doncella.

—Y yo su suegra. Vete a la cocina a ayudar Lía.

—Sí, excelencia —obedeció con la cabeza baja.

Darline agarró la taza y vertió su contenido en la plantera.

—Lady Darline, ¿qué hace? —cuestionó Imogen.

—Esto lo hago por el bien de ustedes, querida, te beberás solo lo que Lía te prepare. Nada de esta víbora.

—Pero...

—Nada, no nos inspira confianza, ese era un té ocasional, cuando llegue el de la tarde ya comprobaremos nuestras sospechas, ahora duerme.

—Sí, milady.

Lía no despegaba el ojo de Rita, hasta que llegó la hora del té de la tarde y vio que colocaba unas gotas de un frasco.

—¿Qué le pones al té de la marquesa?

—La medicina que le dejó el doctor Lowel —explicó con naturalidad y se llevó el té.

La tenían. El doctor Brian nunca prescribió nada para lady Imogen, iría directamente hacia a lady Violet que estaba en la casa.

—¡Milady! —la llamó y todos estaban en la sala, salvo Emma que estaba en la habitación con Imogen—. ¡Tenemos a la desgraciada! La vi con estos ojos y le pregunté qué le ponía al té y me contestó que era una medicación suya, doctor.

—¿Mía? No le he dado ninguna medicación, nada, pueden estar seguros.

—Pues ahora mismo vayamos a sacarla de esta casa —anunció Alen.

En la habitación Emma le estaba leyendo una novela romántica por la que ambas suspiraban, cuando entró Rita con su dichoso té.

—Lady Imogen, le traigo su té.

Emma la miró con evidente recelo y agarró la taza.

—Se lo doy, vaya a la cocina, Rita —dijo amable.

Cuando toda la familia entró, Bradley le arrebató la taza de las manos a Emma.

—Bébetelo —le ordenó a Rita que lo miraba espantada—. ¡Qué te lo bebas he dicho!

La habían descubierto, ya no quedaba salida más que escapar, entonces sacó un arma del delantal y tomó a lady Emma del cuello y le apuntó a la panza prominente.

—¡Emma! —pronunció Brandon.

—No se mueva, señorita, o su bebé y su esposa van a morir.

Todos quedaron espantados, salvo Violet que se escurrió para buscar a ayuda antes de que todos entraran enloquecidos a la habitación.

—Suelta esa arma, Rita —pidió Imogen.

—Usted cállese, está viviendo más de lo que debería.

—¿Por qué haces esto, Rita? Te he dado trabajo para que no te echaran, lo hice por Cecilia.

—No diga el nombre de mi Cecilia, ¿por qué? ¿Sabe por qué? Porque por su culpa, mi hija murió. Sí, Cecilia era mi hija. El hermano del conde y su esposa no tenían hijos porque ella era estéril, y me pidieron que los ayudara a tener un bebé. Me acosté con milord y nació Cecilia. La promesa había sido que yo sería su niñera, pero nada más al nacer me la sacaron y me echaron a la calle, nunca me rendí y busqué mi venganza, incendié su mansión y salvé a mi hija años después. Luego me di cuenta que no tendría recursos para hacerla una dama y le envíe una carta anónima al conde de Torrington para que la tuviera con ellos y así la acogiera en su familia. —Lloró al recordarlo—. Ella no necesitaba una doncella hasta que yo aparecí en el mercado como vendedora de hierbas y le di el brebaje que mató a lady Anne. En agradecimiento me contrató como su doncella, desde entonces la he apoyado en todos sus planes.

—¿Planes? —preguntó Bradley. Quería que confesara y le diera más tiempo para salvar a su cuñada.

## Epílogo

—Pensaron que la pobre lady Imogen era solo una joven con suerte. Se había vuelto rebelde porque Cecilia conspiraba ideas en la cabeza de sus padres, y ellos, inocentes, creían las calumnias hacia su hija, todo era con la intención de sacarla de su camino, ser la única en la vida de los condes y en su señoría, hasta que ella se entrometió. Intentamos sacarla del camino varias veces, casándola con el conde de Coventry, el escorpión, la laguna, el caballo. ¡El tan desafortunado caballo! —Lloró con amargura—. Yo misma corté las riendas que mataron a Cecilia, usted debería haber muerto —señaló con la pistola hacia Imogen, momento en que Bradley estiró a su cuñada entre sus brazos y se la pasó a su hermano.

Imogen, en un esfuerzo desesperado, se arrojó para forcejear con el arma y quedó en medio de las dos, cuando se oyó un disparo.

—¡Imogen! —gritó Bradley horrorizado viendo su camisa ensangrentada, pero la sangre no era suya, era de Rita quien cayó en el piso. Brian se acercó y le tocó el pulso unos minutos después.

—Está muerta.

Los agentes llegaron tiempo después para recoger el cuerpo y verificar la escena.

Dos días después, nació el pequeño lord Bruce Waldow, el parto se había adelantado por el susto quizás, pensaron.

Mientras tanto Imogen iba recuperando su salud y también su vida con

Bradley, ya no existían peligros de perderse el uno al otro, eran realmente felices. Pese a su embarazo y los malestares propios de él, fueron de paseo un día a Hyde Park.

—Bradley, y pensar que casi muero ahogada aquí —recordó mirando la laguna.

—No más malos recuerdos, Imogen.

—Vivía bajo nuestro techo, comía nuestra comida. No puedo creer lo que nos hizo... mató a Anne y me iba a matar a mí también.

—Pero no ocurrió, pudimos descubrirla a tiempo.

—Tienes razón.

—Ahora seremos muy felices con nuestro pequeño.

—¿Cómo sabes si es una niña o un niño?

—Será un Waldow en toda su ley, un heredero para el heredero, Imogen.

—Será una niña, te lo aseguro —dijo sonriente.

—Te amo, Imogen...

—Y yo a ti.

Ambos se dieron un cortó beso, pues estaban en público.

—¡Lady Imogen, lady Imogen! —gritaba una voz de niña que ella conocía, se giró y encontró a...

—¡Lady Melody! —La abrazó.

—La he extrañado tanto —mencionó la pequeña correspondiendo a su abrazo.

—Querida, y yo a ti.

—En verdad que la extrañó mucho —interrumpió el duque de Montrose apareciendo un poco después de su hija.

—¡Excelencia! Qué sorpresa —dijo pasándole la mano para que la besara.

—La sorpresa es nuestra al encontrarlos aquí, señoría —saludó a Bradley con una inclinación de cabeza.

—Un placer verlo, excelencia. ¿Qué lo tiene tan lejos de casa?

—He venido a buscar un heredero.



—Ha venido a casarse entonces.

—En efecto, no sé por dónde empezar, me siento un poco perdido en Londres, después de Diana ya no volví por aquí.

—Excelencia, tengo unas cuantas candidatas. —Sonrió pilla Imogen a su esposo. Ambos habían pensado en la misma persona.

Meses después...

—¡Imogen, debes calmarte! —pedía Brian.

—¡Cómo quieres que me calme, me siento morir!

—Culpa a mi primo, no a mí, ahora puja...

Fuera de la habitación toda la familia estaba reunida en el corredor.

—¿Qué se siente, hermano? —preguntó burlón Brandon.

—Voy a cerrarte la boca de una patada, Brandon.

Imogen emitió un fuerte grito que casi hizo temblar la casa.

—Escúchenla, la están degollando —murmuró escandalizado.

—Es eso lo que se siente —dijo Emma con el pequeño Bruce en sus brazos.

—Y yo te lo vuelvo a recalcar, he tenido dos partos también —contó Angeline con el pequeño Damian en sus brazos, había nacido el heredero que tanto ansiaban para el marqués de Huntly.

—Está bien, cada quien con su retoño, yo espero al mío.

Al terminar de decir aquellas palabras se escuchó el llanto de su hijo o hija, no importaba lo que fuera, quería verlo.

Minutos más tarde Brian abrió la puerta.

—Querido Bradley, puedes pasar —lo invitó Brian.

Él se acercó a Imogen y al pequeño bulto entre sus brazos.

—Tenías razón, sería un Waldow de pies a cabeza. —Le mostró al hermoso niño rubio de ojos azules.

—Bienvenido, pequeño lord Bart Waldow. Eres igual a tu padre, de tu madre nada —agregó con humor.

—Gracias por este regalo, Bradley...

—Gracias a ti por llevar a cabo este milagro, te amo para siempre, Imogen.

—Y yo más a ti, mi amado Bradley.

Fin...

Próximamente...

*Entre las sombras*

Libro 4 de la serie *Rosa blanca*

Tres meses antes.

—Ya estamos aquí —indicó Brian mirando a su prima Violet.

—¿Quién te dijo que me trajeras aquí, Brian? Espera, déjame adivinar, mi delirante padre con la intención de que me case.

—Sí, también él quiere que te cases.

—¿Casarme yo? ¿Con uno de estos innombrables? —cuestionó señalando circularmente a todo el salón de los vizcondes de Middlethope.

—No seas así, Violet. Mira, Lucy ya está entre la gente bailando, anda, ve tú también.

—Vete al infierno, Brian, ya casi son cuatro temporadas que me conozco a todos esos ineptos, todos y cada uno de ellos saben pisar de maravilla antes que bailar.

—Entonces busca llamar la atención de alguien nuevo, por ningún motivo quiero encontrarte escondida en el jardín. ¿Comprendes? —advirtió Brian en un tono severo—. Y otra cosa, cuidado con esa linda boca, Violet, no quiero que estén diciendo que profieres insultos a la buena sociedad.

—Ahora decir la verdad es un insulto —pronunció soberbia.

—No, Violet, pero debes tener tacto.

—¿Y si no quiero?

—No nos obligues, Violet.

—No me das miedo, primo, ¿casarme a la fuerza? Háganlo y saldré huyendo  
—masculló y se perdió entre la multitud.

Era tan difícil encontrarle un pretendiente a Violet. Su carácter duro e insensible la hacía despreciable para cualquier caballero en su sano juicio.

Brian también debía buscar esposa, solo que no sabía por dónde empezar, aunque ya sabía lo que no quería, algo así como su prima era un no rotundo dentro su lista mental. Su tío le había dicho que ya empezara a preocuparse por sus futuros deberes como conde y eso era lo que intentaba hacer.

El calor dentro de la mansión Middlethope era insoportable, salió al balcón y se encontró con un fantasma, un fantasma del pasado. La mujer a la que él había lastimado profundamente estaba acariciando el rostro de un hombre.

—¡Ella! —exclamó Brian y ella se pegó más al hombre.

—¿Se le ofrece algo, doctor Lowel?

—Pero ¿usted que hace con ella? ¿Y Lucy?

Si te ha gustado

*Amor y dolor*

te recomendamos comenzar a leer

*Un lord con wifi*

de *Isabel Jenner*



## Capítulo 1

*En un Hampshire del siglo XIX...*

El carruaje avanzaba a trompicones por el camino enlodado. No había dejado de diluviar desde que *lady* Mary Bale, hermana del sexto vizconde Bale, abandonase Londres. Aunque «ser desterrada» le parecía un término mucho más apropiado para su situación.

Se encontraban en plena temporada social cuando saltó el escándalo de la boda clandestina entre su hermano, el vizconde, y Flossie Easter, su mejor amiga desde la infancia. A pesar de ser un viaje organizado en contra de su voluntad, la madre de Mary había decidido que lo más conveniente para su casta hija era refugiarse en Hampshire hasta que las aguas se calmasen. Más concretamente, en la pequeña casita de campo de su tía abuela Louisa. Y allí estaba ella. Temblando de frío en el gélido mes de febrero y rodeada por la negrura más absoluta. En dirección a una negrura aun mayor.

Si ellos supieran que llevaba un tiempo caminando al filo de la deshonra y que un solo paso en falso la haría caer...

—Flossie, ya puedes pedir clemencia cuando regrese a Londres. Y avisa a mi hermano de que con él tendré todavía menos piedad que contigo. ¡Si estoy en este paraje olvidado de la mano del Señor es por vuestra culpa!

Soltó el micrófono del teléfono para que se enviase el audio pero, para su frustración, un relojito no paraba de dar vueltas sin mandar su mensaje.

Mary fue entonces consciente por completo de que se hallaba en medio de ninguna parte. Sin datos. Sin cobertura. Y, lo peor de todo, sin una sola red *wifi* a la que poder conectarse.

Un ruido a su izquierda le hizo desviar la vista del móvil hacia el otro ocupante del carruaje, que había permanecido muy quieto hasta ese momento,

adormilado.

—Sé que a ti tampoco te agrada nada esta situación. Pero al menos tengo el consuelo de que me acompañes en el destierro.

Mary estiró la mano para dispensar una suave caricia a su acompañante y recibió un resignado suspiro por toda respuesta, del que ella se hizo eco. Se sentía igual de desamparada.

Después, la joven apoyó la cabeza en el asiento, sin preocuparse por un peinado que ya nadie más vería, y pensó en sus opciones. Conocía bien a su madre, así que debía hacerse a la idea de que pasarían unas semanas hasta que lograra convencerla de que podía volver a Londres sin temor a sufrir un trato ofensivo por la conducta de su hermano.

Eso le dejaba, como mínimo, quince días, trescientas sesenta horas o, lo que era lo mismo, veintiún mil seiscientos minutos de puro tedio. Su tía Louisa, hermana menor de su abuela por parte de padre, era entrañable, pero estaba más cerca de los setenta años que de los sesenta y no encontraba ningún placer en las nuevas tecnologías. Por lo que, una vez traspasado el umbral de su casa, Mary llevaría una vida anclada en el pasado, sin acceso a Internet y sin... Sus pensamientos se interrumpieron y se incorporó con brusquedad, con lo que sobresaltó a su compañero de viaje, a quien miró con los ojos muy abiertos por el horror.

—Sin Internet no puedo enviar *e-mails*. Y, si no puedo enviar *e-mails*, no podré cumplir los plazos. Y, si no puedo cumplir los plazos, todos mis esfuerzos no servirán para nada...

Esa vez, pegó la frente al vidrio congelado de la ventana del carruaje y se cubrió el rostro con las manos. No las apartaría hasta llegar a Cheriton Cottage, por si todo se trataba de un mal sueño.

Tal vez ni siquiera las apartaría entonces.

La tormenta pareció apiadarse de Mary y les dio una pequeña tregua justo cuando la construcción de doble planta de ladrillo rojo y con tres chimeneas

se dejaba ver entre los árboles. Las dos ventanas rectangulares de la buhardilla la miraban como si fueran unos ojillos entrecerrados que intentasen recordarla, curiosos aunque acogedores, y la nostalgia se hizo un pequeño hueco en la desazón de la joven. No había pasado tanto desde la última vez que había puesto los pies en esa casa para visitar a su tía, puede que un par de veranos, pero la sensación siempre era la misma. Le hacía rememorar tiempos mejores, cuando su padre estaba vivo y Anthony y ella jugaban con total libertad por la campiña. «Casi con total libertad, en realidad», pensó. Nunca habían podido acercarse a los terrenos que colindaban con Cheriton Cottage por el Sur, donde vivía el desconocido y esquivo marqués de Roxbury, en su desconocida e intimidante mansión.

El vehículo se detuvo con suavidad frente a la puerta de madera pintada de blanco, y esta se abrió para dejar paso a una dama de porte elegante, cabellos canos y rostro muy dulce, que se iluminó al verlos llegar.

—¡Mary!

A la tía abuela Louisa no pareció importarle en absoluto el barro que había dejado la lluvia en los escalones de entrada y, al bajarlos apresuradamente con la ayuda de un bastón, el ruedo de su vestido se manchó de un tono parduzco que Mary decidió ignorar también cuando bajó de un salto del carruaje para abrazarla.

—Te he extrañado muchísimo, querida. No sabes cuánto me alegró recibir la carta de tu madre para anunciarme tu visita.

Mary aprovechó que seguían abrazadas y su tía no la vería para hacer una mueca. Comunicarse por carta le resultaba tan... primitivo. Pero Louisa Cheriton ni siquiera sabía lo que era un *wasap*.

—Yo también me alegro mucho de verte, tía. Supongo que mi madre te ha puesto al corriente de la causa por la que estoy aquí en plena temporada londinense —dijo, mientras se apartaba para contemplar los iris azules de su tía, tan diferentes a sus ojos castaños. Para hacerlo tuvo que mirar hacia arriba, ya que la mujer era bastante alta, espigada incluso, un rasgo de la



familia paterna que solo había heredado su hermano Anthony.

—Me lo explicó con todo detalle, querida. Ya era hora de que Anthony sentara cabeza. Aunque no fue la forma más apropiada de hacerlo. No, desde luego que no. Pero tu hermano es incapaz de resistirse a un buen revuelo — refunfuñó para sí, antes de apretar la mano de Mary con suavidad—. Sin embargo, no tienes nada por lo que inquietarte. Tu madre, a quien he querido como a una hija desde el mismo momento en el que se casó con mi sobrino, te ha enviado al sitio adecuado. En ningún otro lugar hallarás tanta paz como aquí, en el campo.

Aquello no era algo que pudiera discutirse. No conocía a nadie de la zona; Winchester, la ciudad más poblada de Hampshire, estaba a kilómetros de distancia, y tampoco tendría acceso a artículos, críticas o burlas sobre la boda de lord Anthony Bale y *lady* Florence Easter en Internet. Era tanto una condena como una bendición.

—¡Has traído a ese adorable sinvergüenza!

El grito de júbilo de su tía consiguió que el ceño fruncido de Mary se transformara en una sonrisa. Se giró a medias para ver cómo su leal acompañante movía con frenesí el rabito enroscado y la contemplaba con desesperación desde el asiento, a la espera de que fuera a buscarlo. El reproche también asomó a los grandes ojos marrones del pug, redondos y brillantes, al tomarlo en brazos.

—No me había olvidado de ti, señor mío. Solo estaba saludando a la tía abuela Louisa.

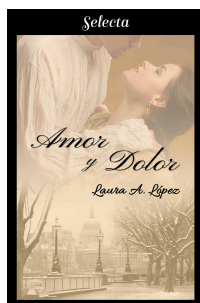
La aludida le arrebató a su perro con una facilidad asombrosa, teniendo en cuenta que con una mano sostenía el bastón, y lo estrechó contra su costado con suavidad para hacerle carantoñas mientras se encaminaba de vuelta a la casa.

—Hace un tiempo terrible para que una criaturita como tú esté a la intemperie. ¿No es así, Mary? —Lanzó la pregunta al aire, sin volverse y sin esperar una respuesta—. Vamos, queridos, el calor de un buen fuego nos

aguarda.

Mary tan solo se encogió de hombros y siguió a aquel dúo tan peculiar antes de que los criados cargasen con sus baúles. No pudo evitar preguntarse por qué su tía, que no había tenido hijos con el señor Cheriton y que se había quedado viuda tantos años atrás, no había optado por tener una mascota. Quizá tan solo era que se había habituado a la soledad. Al menos, mientras durase su estancia en Hampshire, la joven estaría feliz de hacerle compañía. A lo mejor no sería tan malo estar desconectada de las redes durante un tiempo...

## **Amar de nuevo superando el pasado y los miedos del presente.**



Bradley Waldow, marqués de Blanford, aun extraña a su amada lady Anne Woods, que falleció a causa de una extraña enfermedad y a él lo dejó sumido en una profunda tristeza.

Años después, al ver la felicidad de su hermano gemelo, decide volver a empezar. Es entonces cuando a la hermosa, no muy tímida y misteriosa lady Imogen Woods, la hermana pequeña de lady Anne, viéndolo como su protector, le pide que la proteja de un infeliz destino. Sin darle mucha importancia a la enigmática dama, y ante su insistencia, termina convirtiéndose en su salvador... y su gran amor.

Ambos habrán de enfrentarse a situaciones muy complicadas hasta descubrir al causante de todas las miserias de la familia Woods... Alguien mucho más cercano a ellos de lo que imaginan.

**Laura A. López.** Nací en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente resido en la misma ciudad. Me gradué en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, estoy casada y tengo una hija.

Me inicié en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente *El ente de Frank De Felitta* y luego *Juan Salvador Gaviota*. Hace unos años encontré una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leí todos los del género romance de época, por lo que decidí participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuento con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género chick – lit.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Laura A. López

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-03-6

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Amor y dolor

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Próximamente

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Laura A. López

Créditos